

IMAGINARIOS SOCIALES EN LA REELECCIÓN DE ÁLVARO URIBE VÉLEZ

Julián David Castañeda Muñoz, Jaime Andrés Quintero Gaviria

IMAGINARIOS SOCIALES EN LA REELECCIÓN DE
ÁLVARO URIBE VÉLEZ



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Sede Bogotá Sur y Nuevas Regionales



Bogotá D.C. Calle 81B No. 72B-70
Teléfono: +(57)1-2916520
www.uniminuto.edu



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos

IMAGINARIOS SOCIALES EN LA REELECCIÓN DE ÁLVARO URIBE VÉLEZ

Investigación documental
a través de medios escritos de
comunicación y hermenéutica simbólica

Julián David Castañeda Muñoz
Jaime Andrés Quintero Gaviria

2015





Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO

Presidente Consejo de Fundadores

Diego Jaramillo Cuartas, cjm

Rector General

Leonidas López Herrán

Rector Sede Bogotá Sur y Nuevas Regionales

Santiago Alberto Vélez Álvarez

Vicerrector General Académico

Luis Hernando Rodríguez Rodríguez

Directora General de Investigaciones

Amparo Vélez Ramírez

Director del Centro Regional

Orlando Parga Rivas

Directora de Investigaciones Bogotá sur y nuevas regionales

Astrid - Ximena Cortés - Lozano

Coordinador de Investigaciones Centro Regional Neiva

Julián David Castañeda Muñoz

Coordinadora general de publicaciones

Rocío del Pilar Montoya Chacón

Castañeda Muñoz, Julián David
Imaginarios sociales en la reelección de Álvaro Uribe Vélez: investigación documental a través de medios escritos de comunicación y hermenéutica simbólica/ Julián-David-Castañeda-Muñoz y Jaime-Andrés-Quintero-Gaviria — Neiva: Corporación Universitaria Minuto de Dios -UNIMINUTO. Vicerrectoría Regional Tolima- Huila, 2015.

206 p.: il.

ISBN 978-958-763-134-0

1. Uribe Vélez, Álvaro – Vida política 2. Reelección presidencial – Opinión pública – Colombia 3. Hermenutica – Aspectos sociales – Colombia 4. Política y medios de comunicación de masas – Colombia i. Quintero Gaviria, Jaime Andrés
CDD: 352.2309861 C17i BRGH

Título:

Imaginarios sociales en la reelección de Alvaro Uribe Vélez

Autores:

Julián-David Castañeda-Muñoz

Jaime-Andrés Quintero-Gaviria

Editado por:

Corporación Universitaria Minuto de Dios –UNIMINUTO

Corrección de estilo:

Juan Carlos Buitrago Sanabria

Diseño y diagramación:

Andrea Sarmiento Bohórquez

Impreso por:

Panamericana Formas e Impresos S.A.

Primera edición:

Bogotá, D. C., agosto de 2015

500 ejemplares

Corporación Universitaria Minuto de Dios -UNIMINUTO

Centro Editorial UNIMINUTO, Calle 81B 72B-70 Edificio B, piso 7, Bogotá, D.C.

Teléfono: (57 1) 291 6520, extensión 6012

Esta publicación es el resultado de la investigación, *Imaginarios sociales del acontecimiento político de la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez: Investigación documental a través de medios escritos de comunicación y hermenéutica simbólica*, realizada como tesis para optar al título de Maestría en Educación y Desarrollo Humano, otorgado por la Universidad de Manizales y el Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano -CINDE-.

Corporación Universitaria Minuto de Dios –UNIMINUTO. Todos los capítulos publicados en este libro son seleccionados por el Comité Editorial de acuerdo con criterios establecidos. Está protegido por el Registro de Propiedad Intelectual. Los conceptos expresados en los capítulos competen a sus autores, son su responsabilidad y no comprometen la opinión de UNIMINUTO. Se autoriza su reproducción parcial en cualquier medio, incluido electrónico, con la condición de ser citada clara y completamente la fuente, siempre y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales.

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	7
INTRODUCCIÓN	9
PRIMERA PARTE.	13
Capítulo 1. Colombia entre su independencia y su nacimiento como República: historia de desencuentros y destiempos	13
Capítulo 2. Características de la naciente República de Colombia y su transición al siglo XX	23
Capítulo 3. Acontecimiento político: la reelección presidencial	27
Capítulo 4. Uribe 2002	30
Capítulo 5. La imagen de Uribe: una imagen que alimenta el consumo ideológico	32
Capítulo 6. La recreación de la imagen de Uribe a través de los medios de comunicación	38
SEGUNDA PARTE.	
Imaginario sociales	45
Capítulo 1. Sirenas y bastiones	45
Capítulo 2. Política y acontecimiento político	54

TERCERA PARTE.	
La reelección como acontecimiento político	69
Capítulo 1. La reelección como acontecimiento político	71
Capítulo 2. Colombia: entre la religión –católica– y la política	116
Capítulo 3. Trasfondo imaginal	150
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	194

AGRADECIMIENTOS

A nuestros padres, que en el tiempo brindaron comprensión y apoyo en las dificultades, fuente de sentido en nuestro caminar en este mundo. A ti que ya no estás físicamente, pero tu ánimo y sonrisa aún acompañan mi andar.

A nuestros hermanos, críticos, sombras, compañía en momentos inolvidables, que han vivido el proceso, la construcción, la disolución y, aun así, continúan apoyando: gracias.

Familia sentida, compañía entrañable, con la mirada sigilosa y en espera, acá una primera respuesta.

Betty, provocadora de sueños e ilusiones que hoy comienzan a tomar forma real; Gracias por el apoyo, la comprensión, el estar ahí; ¡por el aliento, las reflexiones, las pausas, los momentos, los encuentros y la vida!

Fanny, gracias por la compañía, el empeño, la fortaleza y las ganas de seguir adelante; la comprensión y la espera, constante apoyo para crecer y siempre atenta. Gracias por ser el soporte de esta ilusión y de la reflexión. Lucía, motor de la vida, la sonrisa más divina, nuestra luz. Gran fortaleza es tenerlas.

Amigos, afectiva y efectiva compañía de reflexión, duda, sentido de ser.

A Vicky; sin su compañía y apoyo esta empresa no hubiese visto el amanecer; por la reflexión, la escucha, la sinceridad, la energía, por movilizarnos e interesarse de manera profunda en estas dudas existenciales que tocaron el alma.



INTRODUCCIÓN

Durante el lapso comprendido entre 2002 y 2006, el país fue gobernado por Álvaro Uribe Vélez. En este periodo presidencial se aprobó, por parte del Congreso de la República y de la Corte Constitucional, la iniciativa de la reelección presidencial inmediata, que a la postre tuvo como candidato y como ganador al mismo Uribe Vélez. Dicha iniciativa generó diferentes tipos de manifestaciones, a favor y en contra, desde diferentes sectores políticos y sociales, lo que revelaba el grado de importancia de tal acontecimiento.

Además de ser llamativa en sí misma esta iniciativa, el hecho de que estuviera en juego la posible reelección de Uribe Vélez intensificaba dichas manifestaciones. Uribe Vélez, con su manera de ser y con su manera de gobernar, además del tipo de políticas que representaba, era un condicionante significativo de dicha propuesta. Adicionalmente, que esto pudiese suceder en un país con las particularidades históricas, sociales, políticas, económicas y culturales de Colombia, hacían de este un acontecimiento digno de atención.

Dada la importancia que este evento tuvo para el país, surgió el interés de realizar una investigación que permitiera comprender su sentido; no obstante, el abordaje realizado de dicha cuestión parte de un interés que va más allá de las comprensiones desde la política, para proponer otros marcos de referencia que involucran lo psicológico, lo sociológico y lo antropológico, a partir de una categoría como es la de *imaginarios sociales*; además de esta, también sirven como punto de referencia teórico las categorías de *política*, *acontecimiento político*, y *lenguaje como forma simbólica*. Este proyecto se desarrolló a partir de una investigación documental de corte hermenéutico, en la que se analizaron artículos de prensa y discursos del presidente Uribe.

El libro, *Imaginarios sociales sobre la reelección de Álvaro Uribe Vélez*, es un aporte para el conocimiento de tales imaginarios, que se materializan en el lenguaje a través de los textos de diferentes medios de comunicación escritos; una pregunta por las imágenes fundamentales sobre las cuales se significan y se les da sentido a los acontecimientos de la vida de los seres humanos.

El presente documento se desarrolla en tres partes, cada una subdividida en capítulos. En la primera, el lector encontrará una explicación sobre cómo se ha construido la sociedad colombiana a través de los imaginarios sociales y, en ese marco, sobre los procesos de diferenciación y de autorreferencia de su propia historia, que se dieron con el surgimiento del Estado-nación. Para este fin, se tendrán en cuenta las diferencias étnicas, culturales e individuales que se reconocieron en el territorio nacional y, con estas, las diversas visiones que se presentaron, generadas entre los tres troncos étnicos que se ubicaron en el Colombia. Se abordará la historia de los desencuentros históricos y las contradicciones que surgieron en el curso y materialización del Estado-nación, después de la independencia, y que se han visto reflejadas en el orden social hasta nuestros días, en el sentido de una memoria colectiva de carácter afectivo y emocional.

El acontecimiento político de la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez no pudo pasar desapercibido, ya que la historia de Colombia mostraba una tendencia antirreeleccionista; este hecho marca un momento coyuntural por las transformaciones que generó a nivel político, social y psicológico. Pero, ¿qué representaba la imagen de Uribe como persona y presidente de los colombianos para que pudiese lograr tal fin?

En la segunda parte se describe cómo se construyen los imaginarios sociales según la propuesta teórica de Cornelius Castoriadis; cómo estos son producto de la creación humana y, a su vez, son referentes y mediadores; allí se determina cómo estos imaginarios son, al mismo tiempo, referentes preformados, pero también creaciones. Se describe la importancia del *imaginario radical*, del *imaginario social instituyente* y de *los imaginarios sociales instituidos*. Así, se evidencia el devenir de la creación en su tránsito constante entre lo verás y lo posible, y

se propone ver al ser humano, entonces, como animal simbólico que se busca a sí mismo en las múltiples interpretaciones de su existencia.

En la tercera parte se recogen las interpretaciones a partir de la comprensión del acontecimiento político de la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez. Estos hallazgos están organizados en tres categorías: *la reelección como acontecimiento político; Colombia: entre la religión –católica– y la política, y trasfondo imaginal.*

Teniendo como origen el análisis de algunas generalidades del Gobierno de Uribe Vélez, especialmente en lo que toca a su *política de seguridad democrática* y cómo, con base en esta, se justificó la reelección presidencial inmediata, se realiza una revisión en términos de la relación histórica y sociocultural en Colombia de la religión –católica– y la política.

Con base en el concepto de *ciudadanía colombiana*, se identificará una especie de matriz sociocultural y psicológica que se origina y se configura a partir de unos *imaginarios sociales*.



PRIMERA PARTE

Cuando se habla de sociedad, se piensa en atributos tales como unidad, cohesión, continuidad, identidad y perspectiva; y cuando se evoca alguna imagen para esta palabra aparece, por ejemplo, la de una urdimbre. Ahora bien, ¿gracias a qué o con base en qué es que una sociedad se constituye como urdimbre, esto es, como unidad, cohesión, continuidad, identidad y perspectiva? Cornelius Castoriadis (2006b) propone que una sociedad se crea y se instituye a sí misma a través de los imaginarios sociales.

Toda sociedad tiene historia, y su historia se soporta en sus *imaginarios sociales*; por eso, comprender el modo particular de existencia de una sociedad desde el influjo del pasado, las manifestaciones del presente y sus posibilidades de cara al porvenir, supone comprender la constitución de esa urdimbre imaginaria que es. Es este el caso de la sociedad colombiana, con la cual podríamos preguntarnos por los *imaginarios sociales* a partir y a través de los cuales esta sociedad se ha diferenciado, autorreferenciado e instituido en el transcurso de su propia historia.

La sociedad colombiana¹ está imbricada en la historia, específicamente aquella que se comenzó a crear (y a instituirse imaginariamente) con el surgimiento del Estado-nación; no obstante, cabe aclarar que sociedad y Estado-nación² no son equivalentes,

-
- 1 El límite de tiempo histórico establecido para hablar de Colombia como sociedad es el de su fundación como República, lo cual remite a los tiempos de la independencia y al proceso de organización de las comunidades y pueblos que comenzaron a formar parte de este proyecto de Estado-nación.
 - 2 Este concepto de Estado-nación se entiende básicamente como una forma de organización social y jurídica conformada por instituciones y diferentes fuerzas de tipo político y económico. Por su parte, el concepto de *nación* se puede concebir de dos maneras: desde su acepción jurídico-política se entiende la *nación política*

teniendo en cuenta las diferencias étnicas, culturales e individuales que se reconocen en el territorio nacional y, con ellas, las distintas perspectivas, significaciones y sentidos que detentan. Hablar, pues, de una identidad nacional en Colombia de manera absoluta es pretender la homogeneidad de un pueblo signado por las diferencias, expresadas desde modos de pensamiento hasta prácticas culturales diversas. Entonces, podrá hablarse de Colombia como referente en cuanto sociedad –mundo–³ pero no como identidad en sí misma que corresponda a una totalidad cultural originaria.

El conjunto de las diferencias organizadas en función de patrones que surgen como síntesis o, más precisamente, como nuevas creaciones, debe ser entendido como unidad. Podría decirse que las diferencias no se suprimen, pero sí dan paso a la creación de *imaginarios sociales* que, sin superar estas, las contiene pero significándolas de otros modos y abriendo o actualizando otros sentidos. Hablar, pues, de Colombia implica unos *imaginarios sociales* en cuanto que es una creación social e histórica que reúne diferentes miradas sobre el mundo y sobre la vida.

Dicha transformación conlleva una organización nueva que contiene lo anterior en formas inéditas, implicando sentidos pasados

como titular de la soberanía (Sièyes, s. f.) y, desde su acepción sociológica (*nación-cultural*), se ve como un cuerpo ético-político diferenciado en el que se comparten determinadas características culturales, que son asumidas conscientemente por sus miembros. Así pues, en el asunto de la nacionalidad no necesariamente debe existir un Estado para que se dé esta condición; un ejemplo son los kurdos o los gitanos. En el caso de Colombia, podemos denominarnos nación, pero lo cierto es que somos un Estado con diferentes nacionalidades –indígenas, afrocolombianos, entre otras–, aunque sí somos Estado al compartir territorio, población y Gobierno. Para mayor claridad, en el desarrollo del texto cuando se haga referencia a *Estado* o *nación* se estará aludiendo al *Estado-nación*.

- 3 Colombia es una sociedad que se concibe como urdimbre (unidad y cohesión) y está imbricada en una historia. Su unidad y su historia son una creación humana que se expresa y organiza a través de los *imaginarios sociales*; estos instituyen un mundo, una manera de ver y hacer las cosas. Cuando se habla de Colombia como sociedad se está haciendo alusión a la idea de mundo; un mundo imaginario y social en el cual se entretienen, toman forma y sentido ideas como la de *nación* y *Estado*.

y creando otros.⁴ En este proceso de transformación social, cultural y psíquica Colombia⁵ se configura como un conjunto de *imaginarios sociales* que deviene en una unidad histórica y actual que instituye una sociedad en su nombre; esto es, un mundo. Y si el imaginario es indeterminado, como lo plantea Castoriadis (2006b), sugiere ello que no está clausurado en el pasado; se actualiza en el presente a través de las significaciones imaginarias sociales y los sentidos que circulan yacen ocultos y se crean en una sociedad que es ante todo un mundo en movimiento.

En este orden de ideas, los *imaginarios sociales* que entretienen a Colombia se remontan a la Época Precolombina, a la época de La Conquista y La Colonia, a La Independencia y a sus comienzos como República, pasando por las vicisitudes de los siglos XIX y XX, hasta llegar a nuestros días. Este transcurso histórico se caracterizó por las particularidades de sus protagonistas, que con sus propios pensamientos y comportamientos, enmarcados en los *imaginarios sociales* inscritos en sus marcos culturales, confluyeron en el deseo de fundar, o no, un Estado-nación que como se ve hasta nuestros días ha sido un proyecto complejo e inconcluso.

4 Los elementos de la vida sociohistórica son creados, cada vez, en cuanto elementos en su pertinencia, su significación, sus conexiones, etc., en el seno de la institución particular de la sociedad a la cual pertenecen y a través de ella. Así, cada forma sociohistórica es verdadera y auténticamente singular, posee una singularidad esencial, no numérica ni combinatoria (Castoriadis, 2001, p. 261).

5 Colombia no sería una suerte de sustancia que repose en cada colombiano y colombiana. Colombia, valga la repetición, se concibe como una matriz, como un orden, como un conjunto de significaciones imaginarias sociales que se han creado en el transcurso de su propia historia y que deviene en un mundo. La idea de mundo, por su parte, no supone tampoco un anclaje a un territorio o a un plano físico; podría metaforizarse en términos de un cuadro o pintura, de una creación, de una *poiesis*. En otras palabras, *mundo* es la imagen que tenemos, las ideas y los sentimientos particulares con los cuales se diferencian y organizan una serie de elementos, sean estas experiencias y sensaciones, para enmarcarse en una unidad y en una continuidad que se constituye en un sostén y en una plataforma de la realidad a nivel individual y social.

Colombia entre su independencia y su nacimiento como República: historia de desencuentros y destiempos

Los tres troncos étnicos que coexistieron por más de trescientos años en el territorio de lo que es hoy Colombia no lograron amalgamarse en un pueblo que fuese el resultado cultural de las confrontaciones, complementariedades y antagonismos de muchos lustros de historia colonial colectivamente vivida; el mestizaje biológico no tuvo correlato en el espacio cultural y el *pueblo soberano*, que se autodeterminó a través de la emancipación y de la fundación del Estado, sólo estuvo constituido por la etnia dominante, la etnia blanca y *blanqueada*. Se fundó, entonces, la patria del criollo, identificado con los elementos nacionalitarios del tronco étnico europeo-americano: la lengua, la religión, la hispanidad y el derecho (Uribe de Hincapié, 2001, p. 51).

Desde sus comienzos, este proyecto de nación se basó en esquemas a través de los cuales se buscó unificar lo diverso y lo disperso. Sin embargo, dichos esquemas, al privilegiar y legitimar ciertas perspectivas, acallaron otras, caracterizando así el origen y curso del Estado-nación y por consiguiente el de la Identidad.

Este nuevo orden tiene como antecedente el orden colonial⁶, que como lo señala Uribe de Hincapié (2001), mostraba la confrontación violenta de estos tres troncos étnicos que, a pesar de sus arraigadas cosmovisiones, terminaron agrupándose –a sangre y fuego– en torno al *ethos* cultural de los dominadores, centrado en el imaginario del catolicismo y el hispanismo que funda la comunidad cristiana. El orden colonial –en esta sociedad mestiza y blanqueada–, el catolicismo y la hispanidad instituyeron de sentido este mundo.

(...) Y se impusieron como matriz primordial del orden económico, moral e identitario del Virreinato de la Nueva Granada, excluyendo

6 La dominación colonial no dio lugar a una historia común sino a varios procesos históricos particularmente vividos sobre los cuales se consolidaron regionalidades, unificadas artificialmente por el momento de la guerra de independencia pero profundamente escindidas en su forma particular de ejercer la propiedad económica (o sea, el poder) y con dificultades objetivas para gestar un proyecto político nacional (Uribe de Hincapié, 2001, p. 82).

de su entorno societal y territorial a las etnias y a los grupos que no se integraron a ese *corpus*, dejándolas libradas a sus propias fuerzas (Uribe de Hincapié, 2001, p. 212).

Este mundo colonial, liberado del dominio y el control institucional español, se ve en la necesidad de tomar su propio rumbo, lo que requería de un nuevo tipo de control y organización⁷ en muchos planos: institucional, político, ético, social y económico. Es, entonces, cuando aparece una clase dirigente conformada por políticos e intelectuales criollos formados en Europa, que traían ideas de cómo tendría que ser este nuevo mundo que hoy conocemos como Colombia. De esta manera, lo político, lo cultural y lo social del mundo colonial se fue organizando alrededor de las ideas de la República y de las ideas jurídicas y políticas que esta representaba y que se referían a los conceptos de Estado-nación, democracia y Constitución. Sin embargo:

(...) En Colombia, la nación fue ante todo una creación intelectual y jurídica que no se correspondió con los referentes materiales de la vida social. Estado y nación surgieron al mismo tiempo pero en un destiempo histórico y fueron el resultado de una ruptura súbita y radical con el orden social y estamental colonial; así, pues, ambas nacieron como producto de un hecho revolucionario que les otorgó un acta de fundación que ha servido como referente identificatorio para gestar, sin mucho éxito, por lo demás, alguna forma de conciencia nacional, más mítica e imaginaria –referida a un origen común– que racional o consensual (Uribe de Hincapié, 2001, p. 48).

Fue esta, pues, la historia de los desencuentros históricos, de los destiempos, de las contradicciones, condiciones que a su vez fueron las que determinaron el curso y materialización del naciente Estado-nación

⁷ La sociedad emancipada a través de un acto de guerra enfrentó, pues, el múltiple reto de gestar el Estado y la nación; de integrar el espacio territorial interno y de generar una identidad nacional mediante la cual se legitimase la nueva forma de dominación, otorgándole al Estado mecanismos institucionalizados, consagrados en la Ley y en la Constitución, para fundar ese poder; es decir, a más de legitimidad se requería legalidad (Uribe de Hincapié, 2001, p. 48).

de Colombia después de su independencia. El vasto territorio⁸ y la diversidad cultural, además de las condiciones materiales y existenciales de cada uno de estos pueblos históricos, no fueron considerados por el proyecto republicano que buscaba darle origen, forma, sustento y vida al Estado-nación similar al de los países europeos. Esto generó un proceso de organización alrededor de factores políticos, jurídicos, económicos y culturales que dieron lugar a elementos de identidad y de pertenencia, propiciando a su vez una historia de exclusión que, a la postre, se convirtió en el correlato de la historia moderna de Colombia.

El Estado en su ideal de nación, nació ausente en ciertos territorios ya que, o no se hizo presente a través de sus instituciones, o desconoció las características históricas y culturales de estos pueblos. Este proceso, como lo señala María Teresa Uribe (2001), fue tan restringido y tan precario que desató situaciones de exclusión y negación del otro, convirtiéndolo en potencial o, a la vez, realmente peligroso para los intereses nacionales.

Ante estas circunstancias, el ejercicio del poder por parte del Estado-nación requería de la legalidad y la legitimidad, lo que se convirtió en otro desencuentro ya que:

(...) Los soportes materiales reales de la vida social y colectiva no se correspondían con las determinaciones generalizantes y abstractas del Estado moderno así fundado; por tanto, la nueva forma de dominación resultó ilegítima y deslegitimante, sustentada más sobre la imposición y la violencia que sobre el consenso o el pacto

8 No es extraño que esos territorios vastos sean hoy los espacios controlados por los contrapoderes (las guerrillas), los parapoderes (autodefensas y paramilitares), y los de la negación de toda forma de poder (el narcotráfico); espacios definidos como de ausencia institucional, lo que no significa que el Estado carezca de presencia física; de hecho está y no solo como pura potencia a través de las fuerzas militares sino también mediante su rama ejecutiva y judicial, a más de algunas entidades descentralizadas que desarrollan la política social del Gobierno; mas la presencia física del Estado no quiere decir que los pobladores se enmarquen en relaciones sociales institucionalizadas, que se acojan a ese poder formal así sea pasivamente o por costumbre; la ausencia alude más bien a que los referentes simbólicos de la sociedad mayor no operan, no funcionan y los pobladores asumen su vida a través de referentes diferentes, de prácticas sociales y sistemas de cohesión que están aún por estudiar (Uribe de Hincapié, 2001, p. 26).

social: estuvo hecha de destiempos históricos y desencuentros regionales (Uribe de Hincapié, 2001, p. 48).

De este modo, surge una de las características más sobresalientes del Estado-nación colombiano y que se ha visto reflejada en el orden social hasta nuestros días, especialmente en ciertas regiones y en algunos sectores de la población. Dicha característica, que deviene como condición estructural, es la ausencia del Estado, que bien puede ser real o por falta de legitimidad⁹ y legalidad de sus instituciones representativas. En medio de esta ausencia, que se agudizaba por la transición de un mundo a otro –del mundo colonial al de la *República*–, aparecieron modos alternativos de organización política, económica y social.

De esta forma, las posibilidades del Estado-nación de consolidarse a lo largo y ancho del territorio dieron paso a una yuxtaposición artificiosa de pequeños territorios locales, desigualmente controlados por diferentes élites¹⁰ (Uribe de Hincapié, 2001). En aquellos lugares, además, eran otros los referentes, las prácticas, las relaciones, la dinámica, soportados en los *imaginarios sociales* que allí estructuraban la vida social e individual, lo que hacía más lejana la presencia de un Estado-nación en función de ejercer políticamente el poder.

Sus referentes reales y concretos remitían a la localidad o a la región; a la hacienda o a la mina; al comercio provincial o al intercambio externo y a las relaciones sociales constituidas a través de las parroquias, los vecindarios, las sociedades de negocios, los grupos parentales amplios, los circuitos mercantiles; en otras palabras, esos referentes reales se correspondían con los ámbitos

9 María Teresa Uribe (2001) propone entender el concepto de *legitimidad* como la capacidad que tiene un régimen para contar con apoyo y obediencia a sus leyes y sus mandatos específicos.

10 Cuando ocurrió la ruptura de los vínculos con la Monarquía Española, quienes aparecieron en el escenario público fueron las colectividades, las villas, las ciudades, las provincias y las etnias; es decir, los sujetos colectivos que asumieron, por la vía de la guerra, el derecho a la autodeterminación y la fundación de la República. Estos sujetos colectivos no estaban dispuestos a perder sus viejos derechos prebendarios ni a disolverse en una colectividad abstracta y general (Uribe de Hincapié, 2001, p. 201).

de las identidades primarias, con el espacio de lo vivido (Uribe de Hincapié, 2001, p. 53).

Se configuró, pues, un desfase entre el espacio político del Estado-nación y los espacios parentales, vecinales, locales y regionales, donde se legitimaba de forma fraccionada y dispersa el poder de los agentes políticos. Este desfase fue saldado durante todo el siglo XIX y buena parte del siglo XX por los gamonales, las clientelas, los cacicazgos y los caudillos, que más adelante se cohesionarían en torno a los dos partidos tradicionales: Liberal y Conservador (Uribe de Hincapié, 2001).

Estos dos partidos, con sus respectivas representaciones en cada uno de estos lugares, no hacían política precisamente en nombre de las filosofías que le dan su denominación a cada uno, sino que se articularon a los intereses económicos y, específicamente, de poder en estas regiones con el fin de mantener el control particular, independientemente de su función política, respecto al Estado, de proponer y desarrollar un proyecto ético y político de nación. Sin embargo, no eran estas las pretensiones de los intelectuales criollos que dieron origen a ambos partidos; más bien, se corrobora la condición de desencuentro histórico y material entre el proyecto republicano y moderno, y las realidades históricas de los diferentes pueblos.

Mientras que la brecha entre el Estado-nación y las regiones se ahondaba en el sentido de una nula materialización coherente y dinámica de este en el territorio nacional, ocurría que las fuerzas sociales y políticas que ejercían el poder bajo la forma de uno u otro partido y que actuaban en nombre de sus respectivos proyectos, terminaron convirtiéndose para sus partidarios en sinónimo de *nación*. Es decir, en tanto que los nacientes ciudadanos tenían una relación lejana con el ente estatal, por una parte, porque sus anclajes culturales e históricos se lo impedían y, por otra, porque el Estado-nación desde su origen no los incluyó, los cacicazgos, los gamonalismos y otros, en nombre del Partido Liberal o del partido conservador, se encargaron de llenar dicho espacio, convertido para entonces casi que en una necesidad propia de ese momento histórico y existencial que vivían los nuevos *ciudadanos*.

Si el referente de Estado-nación se encontraba a través de dichos partidos, las identidades emergentes en aquel momento histórico tuvieron que generarse alrededor de estos y a partir de lo cotidiano inmediato, y no en función de un proyecto moderno de nación basado en un esquema de valores seculares y laicos, fundamentado en el derecho racional y abstracto (Uribe de Hincapié, 2001). Por consiguiente, más que identidades de tipo político mediadas por una convicción ética determinada racionalmente, lo que se gestó fue una serie de identificaciones motivadas por intereses, costumbres y sentimientos particulares.

La consecuencia principal de lo anterior fue la constitución de una esfera pública escindida que, antes que facilitar la formación de universos simbólicos de cohesión e identidad ciudadana y nacional, propició la instauración de identidades partidistas...

(...) Como representantes de comunidades imaginadas que otorgaban sentido de pertenencia y representaciones colectivas de identidad a los sujetos y a las sociabilidades locales, vecinales, parentales y regionales, creando sentidos de nación y de patria que se confundían e imbricaban con los partidos (Uribe de Hincapié, 2001, p. 216).

En el lugar de lo público estaba entonces la representación partidista y todo lo que ella engendraba en términos de un proyecto político, económico y social, y, como tal, el lugar que cada *ciudadano* tenía respecto a la nación. Las mediaciones simbólicas que operaron en estas relaciones, es decir, las significaciones que dieron forma, color y sentido a lo público, fueron las que más se ajustaron al proyecto ético-político más consonante con los ecos del pasado, o sea, con aquello que daba sustancialidad¹¹ a la comunidad. Por tanto, como eje articulador de lo público con lo individual, a pesar del valor político

11 Las sociedades premodernas se articulan sobre un solo centro aglutinante y totalizador –lo sagrado– en torno al cual se desarrolla la vida social del grupo en cuestión y el metarrelato religioso o sacro es el que instituye de sentido las tramas culturales y provee un complejo sistema de representaciones a través del cual los hombres se ven a sí mismos y a su sociedad; allí encuentran respuestas a problemas prácticos y vitales, y un sistema de valores compartidos que favorece la integración cultural y la cohesión social (Uribe de Hincapié, 2001, p. 162).

del primero, apareció la religión, específicamente la católica, legado español que gran parte de los ciudadanos ya habían acogido durante el periodo colonial. De esta manera:

(...) Lo común y lo colectivo, el dominio de lo propiamente público, se imbricó con lo sagrado, se confundió con él. Fue la cosmovisión religiosa la que estructuró tanto el principio cognoscitivo –el saber– como el principio normativo –las reglas morales–, frente a las cuales los mandatos y leyes del Estado, y el Estado mismo, debían subordinarse. Lo público y lo privado fueron esferas indiferenciadas y convergentes hacia ese centro estructurador y totalizante de lo sagrado que impregnaba con su lógica todo el sistema social (Uribe de Hincapié, 2001, p. 165).

Entonces, la fundación de la patria, en su paso de ser una colonia a ser una república, significó un proceso social, ético, cultural y político caracterizado por la diferencia entre un ente abstracto surgido de la inspiración intelectual de los criollos ilustrados –el Estado–, y las realidades mundo-vitales de los pueblos históricos que se ubicaban a lo largo y ancho del territorio nacional y cuya forma de vida y de pensar, sus leyes y tradiciones, se organizaban alrededor de creencias religiosas principalmente.

Sin embargo, la necesidad de acercar el Estado y las diferentes comunidades del territorio nacional seguía prevaleciendo al igual que las diferencias históricas y mundo-vitales que alejaban al uno de las otras. Dadas estas dos condiciones –la necesidad y las diferencias– y el papel mediador de los partidos políticos, la alternativa más viable para configurar en la realidad ese ente abstracto que era el Estado, fue la del Partido Conservador, ya que gracias a sus ideas originarias fue posible una conexión directa con las creencias y prácticas sociales y culturales de carácter religioso –principalmente católico– que regían el *ethos* de estos pueblos.

Características de la naciente República de Colombia y su transición al siglo XX

Los años siguientes a La Independencia, pasando por el siglo XX y hasta llegar a nuestros días, evidencian ciertas transformaciones que dan cuenta de una mayor visibilización del Estado, producto de diversos procesos de modernización. No obstante, pareciese que aún se sienten los coletazos del pasado derivados del propio trayecto histórico de nuestro Estado-nación. A pesar del desarrollo de las formas democráticas en la vida política y social, de la elaboración de diferentes constituciones políticas y del fortalecimiento de algunas instituciones, en la mentalidad y en la realidad cotidiana de muchos territorios en Colombia aún sobrevive la diferencia y la tensión, en la medida en que se ha configurado a través de ideas y prácticas que evidencian la discrepancia entre el ideal moderno y la tradición.

El paso de los años siguió, por tanto, redundando en una condición histórica a la que se le agregaban elementos derivados del florecimiento de las ciudades como centros económicos, comerciales, sociales y culturales de primer orden que implicaron dinámicas y relaciones cotidianas diferentes a las vividas en los pueblos o en las zonas rurales del territorio nacional, donde hasta el siglo XIX se había escrito una parte significativa de toda esta historia.

Este devenir histórico sugiere una complejización de este condicionante histórico, cuyo centro dinamizador se radicaba en...

Las demandas de la intelectualidad política por instaurar un orden republicano, democrático y ciudadano y los requerimientos para gobernar y ejercer el poder político y el control territorial a sociabilidades segmentadas, fracturadas, dispersas, y sin elementos modernos de cohesión, es decir, sin sentido de lo público que otorgue a los sujetos –individual o colectivamente– algún grado de integración en torno al orden estatal y a la vigencia de la ley (Uribe de Hincapié, 2001, p. 239).

Pero, en el ámbito de la vida práctica, del mundo de la vida de los compatriotas de antaño, cuyas vicisitudes aún no logran ser asimiladas en este tiempo tan diferente pero a la vez tan fundamentalmente

similar, yace una tensión que se nutre del drama existencial que supone el cambio de los referentes, de los anclajes socio-culturales y psicológicos a los que se aferran las personas y que las dotan de identidad y de certezas.

En palabras de Uribe de Hincapié (2001), esto conlleva a la transformación del cronotopo, es decir, los cambios de época que, a su vez, conllevan cambios de los referentes territoriales –sin encontrar otros marcos de cohesión dando paso al desarraigo urbano–, y el cambio del discurso o de la guía de la vida práctica que no sea el equivalente al metarrelato religioso y sus respectivos universos simbólicos, sino aquella guía que se funda en los requerimientos de la producción y del consumo, de los flujos monetarios y de la comunicación de masas.

Así pues, en medio de la tensión entre el ideal moderno de Estado-nación y la tradición sacralizada, y del drama y la incertidumbre generada por la transformación del cronotopo agudizada por los cambios epocales, no ha logrado en Colombia constituirse una cultura política deliberante y propositiva que corresponda al imperativo ético y político, puesto que...

Los viejos valores se fueron definitivamente con la sociedad tradicional y los correspondientes a la modernidad (la soberanía popular, la ciudadanía, el orden producido, la secularización, la escisión entre el Estado y la sociedad civil, entre lo público y lo privado) existen solo como formulaciones abstractas que no logran instalarse en las mentalidades, en las cosmovisiones, en los imaginarios colectivos; no hacen parte del *ethos* sociocultural y por eso carecemos de representaciones colectivas acordes con el mundo de hoy (Uribe de Hincapié, 2001, p. 176).

De esta manera, el sujeto social y político en Colombia, engendrado y gestado en estas condiciones, que adolece además de una deficiente cultura política, concibe la vida pública y el Estado-nación desde una lógica de intereses particulares sustentada en una conciencia sacralizada que, a pesar de cierto grado de desligamiento de la tutela católica, sigue girando en un centro mítico, imaginario, totalizante y mesiánico (Uribe de Hincapié, 2001). Es decir, "(...) En el mundo del *ethos* sociocultural, la esfera de la política no se ha descentrado ni

separado de su núcleo primordial sagrado y aún soporta una carga religiosa inmensa” (Uribe de Hincapié, 2001, p. 58).

Según lo dicho hasta acá:

¿Qué sentido de unidad tiene la nación colombiana con relación a una historia de independencia y de fundación del Estado-nación en el marco de un Estado-nación con este trasfondo histórico¹² y con estas características? ¿Cómo concebimos los colombianos actualmente el Estado-nación, la democracia y en general la política y cómo actuamos en consonancia o no con estas concepciones?

Los anteriores interrogantes implican partir de la idea de que habitar en Colombia no significa solo ocupar un territorio; es vivir en un mundo fundado en una historia cuyas coordenadas son algunas de las que hemos considerado aquí; una historia que deviene en unos *imaginarios sociales* activos y determinantes de la realidad, en el sentido de una memoria colectiva de carácter afectivo y emocional que está presente en los colombianos. En este orden de ideas, a las crisis, los problemas o los acontecimientos sociales y políticos que ha vivido Colombia, puede intentar comprendérselos desde sus imaginarios sociales en cuanto fuente de sentido de estos. Visto así, los análisis políticos y sociológicos pueden complementarse desde perspectivas comprensivas cuyas miradas se enfocan en este acervo simbólico e imaginario, que condensa las motivaciones irracionales de realidades históricas y actuales no suficientemente explicadas desde marcos lógicos o racionales.

12 La experiencia histórica de la sociedad colombiana acusa una debilidad profunda de comunidad política, de pueblo soberano, de *demos*, de identidades modernas y secularizadas, una ausencia de sentido de lo público que otorgue a los sujetos algún grado de cohesión e integración. En su defecto, posee una pluralidad de comunidades fragmentadas, identificadas por lo vivido, algunas de origen premoderno y tradicional (étnicas, regionales, pueblerinas, locales), otras surgidas como efecto de la racionalidad instrumental, del mercado, de la burocracia o del mundo urbano (identidades postradicionales) que coexisten conflictiva y violentamente sin encontrar una esfera en la cual construir una identidad política moderna (Uribe de Hincapié, 2001, p. 141).

Es el caso, por ejemplo, de la autora que ya hemos mencionado, María Teresa Uribe de Hincapié, quien en su análisis político del país concluye lo siguiente:

Se trata de pensar las representaciones políticas en el marco de tradiciones culturales de larga duración y de centrarse básicamente en la interpretación y la comprensión de prácticas, modos de ver el mundo, sociabilidades, estrategias culturales de participación, resistencia y supervivencia que no podrían leerse desde la institucionalidad formal, desde la razón instrumental o desde las decisiones tomadas en torno a fines, a valores o intereses (a la manera weberiana y kantiana), sino desde una matriz sociocultural, subjetiva, afectiva que decide, actúa, se manifiesta en torno a deseos, miedos, esperanzas y frustraciones; es decir, en torno a representaciones simbólicas que están en la raíz de los múltiples sentidos con los cuales los ciudadanos viven la política (2001, p. 155).

Y agrega:

Se trataría de hacer una lectura de lo político institucional, de la ciudadanía y de lo público en clave cultural y a través de metodologías hermenéuticas e interpretativas que den cuenta de esos códigos implícitos que presiden las relaciones sociales, de esas prácticas y orientaciones desreguladas y disruptivas que parecen coexistir –sin excluirse– con modelos de orden cívico y republicano. Que den cuenta también de esas imágenes personalistas y paternas mediante las cuales se representa al Estado y a la democracia, de los hilos invisibles que sustentan los sistemas, usos y costumbres que terminan imprimiéndole su propia lógica o la formalidad de la ley y de las instituciones (Uribe de Hincapié, 2001, p. 156).

Así pues, podrá decirse que Colombia, entendida como sociedad, o sea como mundo instituido por unos *imaginarios sociales*, se ha creado históricamente dentro de su surgimiento como nación, lo que presupone elementos sociales, políticos, éticos, culturales y psicológicos aportados por los protagonistas de esta historia y que se anudan en sus *imaginarios sociales* y sus respectivas significaciones puestas en escena a través de ideas, discursos y prácticas.

Es por esto que surge la pregunta por las relaciones entre la política, la historia y los *imaginarios sociales* en el caso de Colombia en cuanto mundo creado y autoinstituido como sociedad. Para abordar esta cuestión de manera diacrónica desde un acontecimiento actual, se plantea la cuestión de la reelección presidencial, en cuanto que esta ha suscitado reacciones de tipo político, pero, de manera muy significativa, de tipo ético, que invitan a una reflexión y a un debate en torno a si la democracia colombiana es lo suficientemente madura para experimentar un cambio de estos o, de otra manera, si en Colombia es conveniente o no, dados sus antecedentes históricos y sus características sociales, que ocurra la reelección inmediata de este o de cualquier otro presidente.

Acontecimiento político: la reelección presidencial

Durante los periodos presidenciales 2002-2006 y 2006-2010, el país fue gobernado por el presidente Álvaro Uribe Vélez. Este hecho, el de gobernar por dos periodos consecutivos, no pasa desapercibido si se tiene en cuenta que la historia de Colombia muestra una tendencia antirreeleccionista. Que haya sido posible, a pesar de este antecedente, sugiere entonces que este cambio tiene dimensiones no solo políticas, sino también sociales, culturales y psicológicas que hacen de la reelección todo un acontecimiento¹³.

Pero, para demarcar lo que ha implicado Álvaro Uribe Vélez y su reelección, vale la pena hacer un recuento de la historia de la reelección en Colombia para significar lo que diferenció a este presidente de los anteriores. Como antecedentes reeleccionistas (Castro, 2005), encontramos los casos de Simón Bolívar, Tomas Cipriano de Mosquera, Rafael Núñez y Rafael Reyes, quienes lograron que sus mandatos se ampliaran y prorrogaran por medios diferentes de los que preveía el ordenamiento vigente, cambiando a su acomodo principios y reglas; situaciones comparables a los desarrollos políticos y jurídicos de

13 El termino *acontecimiento* hace alusión a una categoría central de este trabajo y será ampliada en la segunda parte de este libro. Por lo pronto, puede decirse que los hechos o sucesos que producen cambios en la sensibilidad, en la manera de pensar y en los comportamientos de ciertos grupos sociales o individuos, se consideran acontecimientos debido a estos impactos y consecuencias.

Rojas Pinilla.¹⁴ De igual manera, en 1923 se buscó la reelección del General Pedro Nel Ospina quien venía adelantando una aceptable gestión gracias a la inversión de los dólares que el país recibió como indemnización por la pérdida de Panamá.

Pero para que estos intentos se concretaran fue necesaria la modificación de la Constitución política vigente en cada uno de estos casos. Al respecto, vale decir que desde las primeras cartas políticas que normativizaron el orden político y social del país, se destacó una posición en contra de la reelección inmediata o de la reelección tras algunos periodos presidenciales de por medio. Así es como desde las épocas del Virreinato de la Nueva Granada, cuando las Provincias – gracias a las constituciones expedidas entre 1811 y 1815– constituidas en Estados o Repúblicas con un embrión o principio de poder ejecutivo en cabeza del presidente, gobernador, gobernador de provincia o presidente de Estado, se prohibía o autorizaba de manera inmediata o diferida la reelección (Castro, 2005).

En este recuento, siguiendo con Castro (2005), nos encontramos con la Constitución de 1830, en la que se establece por primera vez que quienes hubieren ejercido el poder ejecutivo a cualquier título, por dos años por lo menos, inmediatamente antes de la elección ordinaria, no podrían ser elegidos nuevamente presidentes en el periodo inmediato. De esta manera comienza a darse un fuerte régimen de inhabilidades que buscaba evitar el abuso del poder con fines electorales. Por su parte, la Constitución de 1843 –que reemplazó la de 1832– organizó una forma de gobierno decididamente centralista y presidencialista y dispuso que el presidente de la Nueva Granada sería el primer jefe de la nación y duraría cuatro años en el cargo sin el beneficio de poder ejercer el mismo destino dentro de los cuatro años siguientes.

Años más adelante, el Consejo Nacional de Delegatarios de 1885 –precedente de la Constitución de 1886– estudió a fondo el tema

14 Apoyado en el cuerpo constituyente de la época, "legitimó" el golpe de Estado que había dado, ejerció la presidencia cuatro años y quiso ejercerla cinco más, con el apoyo de la fuerza pública que intervino abiertamente en política, y que se volvió uno de sus actores principales, el más importante factor decisorio, responsable de las determinaciones que se tomaron (Castro, 2005).

de la reelección. Allí se expusieron inquietudes que siguen siendo pertinentes y se adoptaron principios que, ajustados por el paso del tiempo, también continúan siendo válidos. Caro (mencionado por Castro), por ejemplo, planteó que el Estado, además de ser una entidad política, lo es también moral; por eso tuvieron claro que debía prohibirse la reelección para el periodo subsiguiente (Castro, 2005).

Remitiéndonos a los tiempos más modernos, en la Constituyente de 1991, la Asamblea decidió: "No podrá ser elegido presidente de la República el ciudadano que a cualquier título hubiere ejercido la Presidencia". Las razones que tuvo la Asamblea para prohibir la reelección fueron: inmunizar al país de dictaduras personalistas o la prolongación inconveniente del mandato democrático; permitir y facilitar la participación y rotación de las diferentes fuerzas políticas en el ejercicio del poder y evitar la propagación del cáncer del clientelismo (Colombia, 1991, Art. 197).

Pero, en 2004, gracias a la iniciativa de algunos parlamentarios al presentar un Proyecto de Ley al congreso que, luego de ser aprobado, llegó a la Corte Constitucional, después de muchos debates y votaciones, al término de aproximadamente seis meses, esta última, en el mes de febrero de 2006, declaró constitucional la reelección presidencial inmediata, habilitando al presidente Álvaro Uribe Vélez a participar en las elecciones presidenciales del mes de mayo de ese mismo año.

Con los ánimos e ideas agitado en el ámbito político y académico, entre los mismos ciudadanos, las explicaciones de lo que este acontecimiento implicaba para el país no podían buscarse solamente en las Ciencias Políticas, teniendo en cuenta que lindaba con fenómenos sociales, culturales y psicológicos que de *algún modo* lo posibilitaban. Precisamente, ese *modo* plantea varias inquietudes: en primera instancia, respecto a lo que fue el primer periodo presidencial de Uribe Vélez, remontándose incluso a los motivos que tuvieron los votantes para elegirlo, pasando por su estilo de gobernar y por el impacto de este sobre el pueblo –tanto en sus seguidores como en sus detractores– y por los factores que jugaron a favor de su gestión de gobierno.

Uribe 2002

¿Qué motivos o razones tienen las personas en unas elecciones para votar por uno u otro candidato? Este interrogante surge ante la cuestión de la intención de voto y, quizás más en el caso de las elecciones presidenciales del año 2002, en las que llama la atención la elección como presidente de un candidato, que si bien había nacido en el seno del Partido Liberal en el departamento de Antioquia, se presentó en calidad de independiente venciendo incluso al propio candidato de este partido.

Los estudios electorales han considerado tradicionalmente diferentes variables, sin tener en cuenta las particularidades de contextos y antecedentes históricos en términos de tensiones y crisis, que sugieren que los análisis de intención de voto no pueden sustentarse en las mismas tendencias teóricas y metodológicas que se aplican para estudiar democracias con un alto grado de estabilidad política (Galvis, Hoskins y Masías, 2005).

Según lo anterior, la intención de voto de los colombianos, especialmente para las elecciones presidenciales de 2002, estuvo influenciada de manera más significativa por factores que generalmente no operan de la misma manera en otros contextos ni en otros momentos históricos.

Esta hipótesis es desarrollada y demostrada en la investigación *Modelos de decisión electoral y perfiles de votantes en Colombia: elecciones presidenciales 2002*, con la cual se pone en entredicho el influjo de las variables que se suelen utilizar en ese tipo de análisis tales como “*las sociodemográficas, las percepciones del contexto económico, la identificación partidista y la ideología de los votantes*”. En contraste, son fundamentales la percepción que se tiene de los candidatos y la importancia de los temas de debate electoral” (Galvis, Hoskins y Masías, 2005, p. 61).

Así, si el factor preponderante es el subjetivo, en el sentido de la calificación que se hace del candidato en función de lo que encarna o representa más que de lo que propone, ¿de qué depende o cómo es posible que un candidato sea percibido como mejor que otro?; y, en

cuanto a las personas, ¿qué es lo que reflejan, encarnan o representan?, ¿de qué manera logran catalizar ese factor subjetivo en beneficio de sus propias campañas y, posteriormente, de sus eventuales gobiernos?

Tal vez, razonar en el lenguaje del mercadeo político pueda ayudar a explicar qué hace que un candidato tenga mayores posibilidades de triunfo en el ámbito colombiano. Sobre esto, el análisis precedente deja varias lecciones. El tema de la imagen y, por ende, de las consideraciones subjetivas de los ciudadanos se ha hecho determinante. Estas consideraciones comprenden valoraciones y sentimientos originados menos en la ideología y la política, en desmedro de elementos “objetivos” como las ideas plasmadas en las propuestas de gobierno, el estrato social o las condiciones laborales. Se ganaría más, en este sentido, con campañas, ya premunidas de estas circunstancias, que muestren candidatos virtuosos por honestos, capaces personalmente, decididos y convergentes políticamente. Al menos, en las últimas elecciones, este parece haber sido el arreglo de las consideraciones de los votantes que hace a la fórmula del triunfo (Galvis, Hoskins y Masías, 2005, p. 73).

Varias conclusiones se derivan de estos hallazgos. Primero: las tensiones, las crisis y los aspectos estructurales históricos y contextuales de un país como Colombia guardan algún tipo de relación¹⁵ con los factores decisivos en la elección de Uribe Vélez en 2002. Segundo: el factor que más incidió en dicha elección fue el subjetivo, en términos de la percepción y de la imagen proyectada. Tercero: la imagen proyectada refleja y anuda necesidades o expectativas de otro orden que no pueden ser procesadas ni asimiladas únicamente de forma racional. Cuarto: el conocimiento de la influencia de la imagen y del

15 Respecto a este desenlace en el que un presidente como Uribe, que encarna en su imagen virtud, coherencia y determinación, llegase a ser elegido –y reelegido– en un país que históricamente, por sus orígenes y desarrollos, ha adolecido de una pobre cultura política y de una esfera pública enquistada por lógicas de lo sacro y de lo particular, se presume un significativo grado de relación en tanto que una figura aderezada por estos dotes viene a llenar un vacío democrático creado con el nacimiento de la República de Colombia de la manera en que nació.

papel de las percepciones en la toma de decisiones en los votantes¹⁶ pudo ser utilizado de manera estratégica para fortalecer la campaña de los candidatos, especialmente en el caso de Uribe y, posteriormente, para fortalecer su Gobierno y su imagen como gobernante.

La imagen de Uribe: una imagen que alimenta el consumo ideológico

El 26 de mayo de 2002, con un porcentaje cercano al 53,2 % del total de votos, Álvaro Uribe Vélez fue electo como presidente de Colombia. Los exitosos resultados obtenidos en los comicios se explicaban fundamentalmente por la expectativa generada en diferentes sectores de la sociedad civil alrededor de una “política de mano dura”, tendiente a la resolución del conflicto armado que afectaba al país desde hacía más de cincuenta años. En contraste con la administración inmediatamente anterior de Andrés Pastrana (en la que se realizaron infructuosas concesiones a los grupos subversivos –especialmente a las FARC– en aras de una solución negociada al conflicto), el Programa de Gobierno planteado por Uribe, durante su campaña electoral, tenía a la *seguridad* como su pilar fundamental, a través de una nueva orientación en el tratamiento dado a los “enemigos internos” y a un fortalecimiento del autoritarismo de Estado en aras de la recuperación de la soberanía perdida en una buena parte del territorio del país (Galindo, 2006, p. 151).

Uribe llega al poder esgrimiendo un fuerte discurso antiterrorista que llamó la atención de una gran parte de la población. Dicha aceptación, e incluso el entusiasmo despertado en esta parte del pueblo, no se explica solamente por sus palabras y acciones; se debe también a su estilo político y a su forma de ser, que han marcado una diferencia significativa con los gobernantes que lo antecedieron. Más allá de estas características de su forma de gobernar, pareciese que

16 Ciertamente, todo esto deja oscuro el asunto relativo al cómo estos votantes construyen sus percepciones, si lo hacen de fuentes directas o a través de los medios de comunicación; si evalúan a los candidatos mediante las imágenes que las estrategias de campaña emiten o si logran más independientemente hacerlo (Galvis, Hoskins y Masías, 2005, p. 74)

Uribe fuese depositario de sentimientos e ilusiones que rayan con el paroxismo, fenómeno este que empezó a labrarse desde su misma campaña presidencial con la que se dio inicio a su imagen de *protector* con la misión de restablecer la seguridad del país:

Será desde la campaña del año 2001 en la que apelara a toda una serie de recursos mediáticos tendientes a presentar un proyecto de unidad nacional en torno a la “lucha contra el terrorismo” y una resolución eficaz del conflicto armado (Galindo, 2006, p. 156).

El asunto de la imagen, de la percepción y de los sentimientos despertados en los ciudadanos, se corrobora como factor determinante, primero, en lo que fue su éxito electoral, y, segundo, en lo que fueron sus años de mandato. Surgen así algunos interrogantes: ¿en qué radica el poder de las imágenes?, ¿cómo estas colonizan la vida cotidiana? y ¿de qué manera se conectan y activan las emociones y afectos de los ciudadanos? Frente a estos, en el caso específico del acontecimiento político del presidente Uribe, podría decirse que el valor de la imagen radica en su poder para sintonizarse con las creencias, los anhelos y los temores de una ciudadanía que influye en la vida política del país.

Sin embargo, habría que hacer un análisis de los modos en que la imagen y los demás atributos de Uribe, y su forma de gobernar, fueron un factor determinante de carácter subjetivo que funcionó en mayor medida con relación a una racionalidad política que, tal y como lo mostró Galvis, Hoskins y Masías (2005), opera de manera muy mínima en los ciudadanos colombianos. Este factor subjetivo en términos de creencias, afectos y emociones, si bien plantea elementos constitutivos de estructuras y dinámicas psíquicas individuales, constituye un fenómeno sociocultural en cuanto que funciona como soporte de las denominadas ideologías políticas.

En el caso de nuestro país, estas ideologías, miradas desde los partidos tradicionales, hunden profundamente sus raíces en estos tres términos (creencias, afectos y emociones), provistos de contenido y de forma por unos imaginarios sociales. La ideología, matizada de esta manera, opera como una especie de punto de vista o sentido común, que en el caso del Gobierno y de la figura de Uribe, responde a las expectativas implícitas en este marco de referencia.

El poder de la imagen dependerá entonces de su capacidad de afinidad, es decir, de sus posibilidades de conectarse con las ideologías, o sea, con las creencias, los afectos y las emociones de los ciudadanos. Pero, ¿de qué manera la imagen llega a los ciudadanos de tal modo que se conecta profundamente con el ser de estos? Las imágenes están dentro de cada uno, pero también circulan entre todos y al funcionar de esta manera crean realidades, razón por la cual se puede argumentar que las imágenes están impregnadas de *imaginarios sociales*, lo que equivale a decir que las imágenes se conectan con lo que se piensa y se siente socialmente. Las ideologías se compondrán, por consiguiente, de *imaginarios sociales*.

La conexión entre ideologías e imágenes en función de *imaginarios sociales*, implica esclarecer las condiciones de posibilidad para dicha conexión. Estas condiciones serían: contenido, forma y medio. El contenido se referirá a las similitudes significativas entre lo que la imagen propone y las expectativas o necesidades ideológicas; la forma se refiere a las expresiones que encarnan la imagen, sean estas actos o palabras, y el medio, a los ámbitos concretos donde se tiene acceso a la imagen. Al respecto, podrán tomarse como ejemplo los consejos comunitarios que realizaba el expresidente Uribe los fines de semana.

A través de la realización y transmisión de estos Consejos se ha logrado crear todo un imaginario alrededor de la figura del Presidente como un mandatario que accede directamente a las regiones, está atento a las necesidades de la población, toma nota de los problemas y exige soluciones inmediatas a sus subalternos a través de un atípico proceso de petición de cuentas en público (Galindo, 2006, p. 157).

La imagen del Presidente reúne características que, si bien son propias de un político en lo que se refiere a sus acciones y discursos, resaltan en él otras que resultan más afines a las personas, características que podrán incluso responder a expectativas anudadas a imágenes cotidianas y *familiares* para cualquier persona, como lo son imágenes con matices de paternidad. Visto así, Uribe no parece tanto un presidente lejano sino alguien cercano, familiar, por quien incluso se puede sentir afecto y respeto al nivel en que se le puede tener a una figura parental, y para ello no se hace necesaria la presencia física, es

justamente la imagen impregnada de estos matices o características la que lo hacen aparecer en la vida de las personas.

Su aparición se facilita, por un lado, por su forma de ser, de hablar y de hacer las cosas, y, por otro, por los mensajes que transmite, elementos que lo hacen memorable. Al respecto, afirma Galindo:

(...) Es importante señalar el uso de un lenguaje fuerte contra los grupos armados y de carácter paternalista al hacer referencia a los sectores de la población más vulnerables. Este estilo de lenguaje, caracterizado por el uso de diminutivos y calificativos despectivos, ha logrado generar una mayor aceptación de la figura del Presidente en la medida en que se presenta como un mandatario cercano al sentir de las necesidades y del *ethos* del pueblo colombiano (Galindo, 2006, p. 157).

En este orden de ideas, se tiene, pues, un presidente cuya forma de ser y de gobernar se constituye en una imagen que para la gente resulta significativa y memorable, en cuanto que es afín a su cotidianidad: a las costumbres, a los referentes existenciales y a las expectativas mundo-vitales. Respecto al valor de la imagen y lo que esta representa como punto de referencia e incluso como factor motivacional, cabe preguntarse de qué manera dicha imagen propició y aumentó la simpatía del pueblo hacia el presidente Uribe más allá de las razones netamente políticas o éticas, o relacionadas con su gestión en términos de los temas que componían su agenda de gobierno.

Lo anterior, para el estudio del consumo ideológico, nos sitúa en el entendido de que muchas de las formas de apropiación de las creencias están dadas no por las que se consideren o ponderen como las mejores y/o más adecuadas, sino por aquellas que, a pesar de no ser bien entendidas, están dentro de nuestro entorno y al compararlas con las nuestras son las más afines y, por lo tanto, las que adoptamos (Arias y Barreto, 2009, p. 751).

En este sentido, podría afirmarse que Uribe y su Gobierno responden a necesidades, expectativas y anhelos frente a las cuales la imagen se constituye en mediadora de la realidad, abriéndose con ella

la oferta de elementos que llenan de sentido la existencia del pueblo a partir de lo que dicha imagen propone.

En otras palabras, la imagen de Uribe, y lo que alrededor de ella se ha configurado, deviene en objeto de consumo, deslizando su Gobierno y su persona del plano exclusivamente político a un plano cultural, frente al cual los medios de comunicación en cuanto recreadores de su imagen, juegan un papel fundamental.

Es decir, que la ideología camina de la mano con la cultura y es en ella en donde se hace, construye, transforma y dinamizan los grupos sociales, la configuración de sus comportamientos y hábitos de consumo, para establecer escenarios hegemónicos o formas de adhesión a roles y prácticas culturales y políticas (Arias y Barreto, 2009, p. 750).

Se entrevé, de este modo, una relación entre la política y la cultura a partir de la imagen del Presidente, que se inclina de lado de la cultura en cuanto que hace aparecer a Uribe, además de figura política, como un *personaje* cultural a través del cual se recrea y se representa la posibilidad de satisfacer una necesidad de consumo ideológico, que raya con lo político y se ubica del lado de lo existencial como búsqueda de sentido de vida. Este factor existencial del consumo ideológico, el *sentido de vida*, es una cuestión que se especifica y concretiza a través de otros temas a partir de los cuales la existencia se pone en entredicho, es decir que el sentido de vida remite a cuestiones de la vida real y cotidiana de las personas, planteándose con esto una nueva inquietud: ¿a partir de cuestiones o dificultades de la realidad existencial y cotidiana del pueblo colombiano que ponen en entredicho su sentido o sentidos de vida, qué es lo que a través de la imagen del presidente Uribe consume el pueblo colombiano?

En el marco de la cuestión del sentido de vida con relación a satisfacciones reales de problemas nacionales, respecto a la gestión del Gobierno y a sus logros y la manera en que estos resaltan la imagen de Presidente, aparecen los temas de seguridad y confianza, que activan y fortalecen un sentimiento de protección a partir del cual el valor de la vida se restituye en cuanto posibilidad fundamental para existir. El consumo ideológico se configurará, entonces, alrededor de todo

aquello (palabras, acciones o la imagen de Uribe) que remiten a estas cuestiones, o por lo menos es a la conclusión a la cual se puede llegar a partir de las encuestas y de lo que informan los medios de comunicación.¹⁷

Es así como, a partir de lo que indican los sondeos y encuestas de opinión que se hacen alrededor de la aceptación y popularidad positiva de la imagen y actuar del presidente Uribe, la percepción de las personas frente a la capacidad protectora del Estado pasó de una imagen de debilidad a una de legitimidad, expresada en el mejoramiento de las condiciones de seguridad de los colombianos y, en términos generales, en la mejoría en cuanto a libertad y derecho a la locomoción por el territorio nacional (Arias y Barreto, 2009, p. 753).

Uribe se convierte en sinónimo de seguridad, de confianza, fortaleciéndose así su imagen de protector, que emula a la figura del padre en términos de estas características tan conocidas y necesarias en el ámbito de la vida cotidiana de las personas cuando las acompaña un sentimiento de inseguridad. El Presidente de los colombianos es su protector, gracias a él, y a su *política de seguridad democrática* (PSD)¹⁸, muchas personas, a lo largo y ancho del territorio nacional, han vuelto a sentir seguridad y confianza, generándose incluso el despertar de un sentimiento nacionalista expresado de diferentes maneras.

La popularización de la PSD y la imagen de Álvaro Uribe Vélez han desarrollado, dentro de los habitantes, una exaltación del sentido nacional, despertando un inusitado patriotismo que no requiere de razones, ni justificaciones, no se soporta en pactos,

17 En la *dimensión cultural del consumo ideológico*, intervienen la opinión pública, los sondeos y todas aquellas expresiones, creencias o hábitos que son mediados o influidos por los *mass media*, y que a su vez configuran los patrones de consumo ideológico (Arias y Barreto, 2009, p. 752).

18 Al preguntar cuáles son los símbolos con los que asocia a la PSD, las palabras con mayor valor asociativo entre sí atañen a la *seguridad*, *carreteras* e imagen de *Álvaro Uribe*, estando en segunda instancia palabras como *armas* y *guerra*, creencias que vinculan la PSD con elementos asociados a la violencia (Arias y Barreto, 2009, p. 755).

contratos o consensos, es un sentimiento identitario que convoca un imaginario de unidad y cohesión. El advenimiento de la PSD, según Uribe de Hincapié (2004 –citada por Arias y Barreto–), trajo consigo una proliferación insólita de símbolos patrióticos: las banderas en los más diversos lugares y medios de transporte; las marchas, los colores patrios reproducidos en prendas de vestir, en maquillajes de cara y cuerpo, en pulseras, manillas y distintivos; la mano en el pecho durante la entonación de himnos y, lo que es más significativo, la palabra patria que había estado guardada por mucho tiempo en los cajones de los recuerdos, se volvió a incorporar a los discursos públicos y al vocabulario del Presidente (Arias y Barreto, 2009, p. 753).

La recreación de la imagen de Uribe a través de los medios de comunicación

La investigación realizada por Arias y Barreto, *Consumo ideológico: creencias sobre la política de seguridad democrática e imagen del presidente Álvaro Uribe Vélez*¹⁹, plantea el análisis del Gobierno de Uribe desde la categoría de consumo ideológico, que como ya se esbozó renglones atrás, tiene que ver con la afinidad de la imagen, en este caso la del presidente Uribe, con las creencias e ideologías de las personas. En esta investigación se plantea este problema considerando el papel que juegan los medios de comunicación en el consumo ideológico, específicamente de la Política de Seguridad Democrática (PSD) y concretamente en el caso de los jóvenes como consumidores.

19 El objetivo de esta investigación fue establecer la asociación entre el consumo ideológico sobre la Política de Seguridad Democrática (PSD) y la imagen del presidente Álvaro Uribe Vélez con el consumo de bienes, productos o servicios nacionalistas en jóvenes universitarios de Bogotá, Colombia. Para ello se realizó un estudio de tipo descriptivo multidimensional que permite el análisis cuantitativo de preguntas abiertas y cerradas. Se construyó y aplicó un cuestionario orientado a indagar por las dimensiones psicológica, social y cultural del consumo ideológico a 251 jóvenes universitarios. Los principales resultados muestran que en algunos segmentos de la población existe un consumo ideológico de la PSD que se asocia con el consumo de productos que fortalecen la identidad colombiana y que en la imagen de Uribe Vélez se simbolizan la gran mayoría de características que los participantes asociaron con la PSD (Arias y Barreto, 2009, p. 749).

La pregunta por el consumo ideológico, a partir de los medios de comunicación, supone un interrogante que precisamente invita a pensar en el papel de los medios masivos de comunicación. Respecto a la afinidad como elemento dinámico que conecta la imagen con la creencia, yace la pregunta: ¿Qué factores inciden para que el grado de afinidad entre imagen y creencia se vea mediado por la comunicación? En el caso de la investigación en mención se plantea que: "(...) En referencia a las formas en las que los jóvenes obtienen información sobre la PSD, que expresan la dimensión cultural, aparecen los medios de comunicación como actores transversales en la divulgación de creencias esenciales en el consumo ideológico" (Arias y Barreto, 2009, p. 753).

A través de los medios masivos de comunicación las personas tuvieron acceso a la información sobre Uribe y las acciones del Gobierno, que se concentraban en buena medida en la *política de seguridad democrática*. En el caso de los jóvenes, según esta investigación, los medios a través de los cuales tenían acceso a la información sobre Uribe Vélez, su Gobierno y, en especial, sobre la PSD, "(...) Indican, en frecuencias similares "(...) *televisión* (141), *prensa* (54) y *noticieros* (49), siendo los de mayor frecuencia el canal *RCN* (39) y *Caracol* (24). En prensa el de mayor frecuencia es el periódico *El Tiempo* (21)" (Arias y Barreto, 2009, p. 753).

Los medios de comunicación juegan, pues, un papel importante en el consumo ideológico a través de la recreación de la imagen del presidente Uribe, propiciando una huella en la afinidad entre imagen e ideología. Recuerdos que se verán reflejados en los índices de popularidad, que en el caso de Uribe durante sus dos primeros años de Gobierno, fueron altos. La pregunta acá es, ¿los medios de comunicación a los cuales tiene más acceso la población del país, contribuyen favorablemente a la recreación de la imagen de Uribe para aumentar el consumo ideológico en su favor?

Es a partir de otra investigación que se puede dar cuenta de este interrogante. Esta investigación, relacionada también con la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez, analiza la posición de uno de los medios de comunicación más tradicionales, de mayor cobertura y más leídos en el país, el periódico *El Tiempo*, y su intención

de incidir²⁰ sobre sus lectores respecto a este tema. De esta manera, Ana Cristina Vélez López con su investigación, *Análisis de una postura editorial: el caso de la reelección del presidente colombiano Álvaro Uribe Vélez*, presenta, a través del método análisis crítico de discurso de Teo Van Dijk, cómo este periódico cambió su posición editorial ante la reelección de Uribe, de crítica a abierto apoyo.

La autora de esta investigación concluye, después de leer y analizar dieciocho editoriales sobre el tema de la reelección, publicados entre el 8 de febrero de 2004 y el 28 de agosto de 2005, que:

(...) De acuerdo con estos aportes y con el análisis realizado puede afirmarse que *El Tiempo* está hoy con el presidente Uribe, firme candidato a la reelección. El diario no se excluye del círculo de favoritismo del Gobierno y del Presidente, más bien insta a los políticos, a los lectores y a los ciudadanos a seguir en el "carro de la victoria" que *El Tiempo* también conduce (Vélez, 2007, p. 82).

Lo que sugiere, primero, que algunos de comunicación tradicionales del país, como *El Tiempo*, evidencian una posición a favor de la reelección de Uribe, lo que apunta al mantenimiento y al aumento de la afinidad entre el consumo ideológico del pueblo y la imagen del Presidente, y, segundo, dan cuenta de una clara y decidida intención de instar o influir en la opinión de sus lectores y de los ciudadanos a favor de Uribe Vélez y de su reelección inmediata.

Sin embargo, es de resaltar que en un comienzo *El Tiempo* estaba en contra de la reelección, pero que, con el transcurso del tiempo cambió sustancialmente su posición.

El análisis de los editoriales que permiten concluir que hubo un cambio de posición, posibilitó plantear también que dicha mutación se debió muy probablemente a la injerencia de varios agentes

20 Es así, entonces, como se encontró una brecha para el análisis de la línea editorial del periódico *El Tiempo* puesto que, tal como afirma Van Dijk, en general este tipo de discursos, los mediáticos, los emitidos por las élites de poder influyen en la sociedad y en la producción de relatos individuales, pues no en vano "los discursos ejercen el poder porque transportan un saber con el que se nutre la conciencia colectiva e individual" (Vélez, 2007, p. 77).

participes de la esfera pública colombiana, que en el momento avalaban la reelección del presidente Uribe: la opinión pública, los empresarios, el propio Congreso (Vélez, 2007, p. 75).

Esto supone que los medios de comunicación comparten intereses y posiciones con el establecimiento de lo que puede llevar al desarrollo de un régimen comunicativo a través del cual se presente la realidad,²¹ de modo tal que aumente el consumo ideológico a partir de la estimulación y recreación favorable de las imágenes a través de las cuales se media y construye esta realidad.

A propósito de lo anterior, Juan Carlos Gómez Giraldo, en su investigación, *Del régimen de comunicación política del presidente Álvaro Uribe Vélez*, plantea como hipótesis la existencia en Colombia de un régimen de comunicación política que evidencia una conexión entre el Gobierno y los medios masivos de comunicación, en lo que configura una suerte de lógica que reemplaza las mediaciones políticas entre los ciudadanos y el Estado. Al respecto dice:

Quando se constituye un Estado y se diseña el sistema de gobierno bajo esquemas universales de participación ciudadana se habla, al menos en teoría, de la estructuración de un régimen democrático. Pero, cuando esas relaciones entre los diversos actores del sistema político están reguladas transversalmente por las estrategias de comunicación, en las que los medios masivos son elemento esencial del proceso, hablamos entonces de un régimen de comunicación política (Gómez, 2005, p. 3).

La función de los medios de comunicación acá, como se logró identificar en *El Tiempo*, será mostrar una imagen positiva del Presidente, lo que a la postre tendrá repercusiones en los índices de popularidad del mandatario. No obstante, considerando que el régimen lo componen el Gobierno y los medios de comunicación, el modo de gobernar termina por ajustarse a los requerimientos de los medios en lo que se refiere a la manera de hacer la política. Es así como Uribe:

21 "El régimen construye la realidad y esta es aceptada sin reparos por la opinión pública –tanto general como ilustrada–; el régimen es un constructo ideológico que no permite realidades diferentes a las fabricadas por él; no acepta realidades por fuera de sus intereses" (Gómez, 2005, p. 21)

(...) Con su práctica política mediática obtiene notas meritorias que lo ubican en los más encumbrados índices de popularidad. Durante su mandato ha logrado cautivar y seducir sin descanso a las masas que, de cuando en vez, hacen sentir sus voces a través de las encuestas (Gómez, 2005, p. 2).

Es esta, pues, una manera de hacer política basada en la imagen y en las posibilidades que ofrecen los medios de comunicación para mantener la realidad, lo que evidencia que en este régimen de comunicación política lo que prima es la imagen; por tanto, lo que queda en la percepción del pueblo no es lo que dijo sino quien lo dijo. A propósito de esto, el autor de esta investigación, refiriéndose al aprovechamiento de la imagen por parte de los asesores presidenciales, señala:

En un régimen de comunicación política, ese mismo asesor procurará permanentemente que el gobernante sea siempre la imagen, que sus actuaciones públicas sean siempre dignas de una foto, que sean asuntos de los que todos hablen para que los medios de comunicaciones registren el hecho político puesto en escena y lo difundan con amplitud. Y cuando muchos hablan, poco queda; mejor dicho, solo queda el recuerdo de la imagen, no de lo que se dijo. Así, cuando se indaga a la opinión pública general sobre lo que piensa, el primer recuerdo que llega a la mente es la imagen de quien dijo algo, aunque no lo que dijo (Gómez, 2005, p. 11).

El discurso implica un modelo político, una propuesta, unos propósitos, unos objetivos, unos principios, una lógica, una manera de actuar. Aunque el presidente Uribe reúne en su discurso estos elementos, es claro, como lo muestra la investigación sobre consumo ideológico, que en el recuerdo y en la percepción de las personas, de los jóvenes en este caso, hay una tendencia a que aparezca como referencia la imagen del Presidente asociada a algunos elementos distintivos de su imagen de protector²² surgida a partir de su política

²² Frente a las preguntas que indagan por las creencias, emociones y acciones asociadas al nombre Álvaro Uribe Vélez, se encuentran adjetivos que lo califican de manera positiva y negativa con palabras como *buen presidente*, *trabajador*, *paramilitar*, *vengativo* y *manipulador*. Por otro lado, las respuestas a la pregunta sobre los sentimientos que despierta el nombre de Álvaro Uribe Vélez, señalan

de seguridad democrática que bien ha sido amplificada por los medios de comunicación.

(...) Y, como en todo régimen de comunicación política, la administración de los medios juega un papel fundamental, por eso el presidente Uribe produce permanentemente hechos políticos diseñados y estructurados para que los medios hagan eco de ellos, los publiquen, los comenten y para que, una vez se cumpla el proceso de difusión, la opinión pública los haga propios y reaccionen favorablemente a las intenciones del régimen (Gómez, 2005, p. 11).

seguridad y orgullo, en primera instancia, y *rabia*, en segundo término (Arias y Barreto, 2009, p. 753).



SEGUNDA PARTE

IMAGINARIOS SOCIALES

Sirenas y bastiones

“Un cronopio pequeñito buscaba la llave de la puerta de calle en la mesa de luz, la mesa de luz en el dormitorio, el dormitorio en la casa, la casa en la calle. Aquí se detenía el cronopio, pues para salir a la calle precisaba la llave de la puerta”

(Cortázar, 1991)

Una vara de madera pudo ser simplemente una rama de un árbol que por azar cayó a la tierra, pero un día alguien la tomó en sus manos, la apoyó en el piso, le encontró una función, quizás le puso un nombre, la llamó *cayado* o *bastón* y siguió recorriendo los caminos apollándose en ella. Y en algún momento el cayado además de cumplir con la función asignada se transformó en símbolo de poder o incluso de sabiduría. ¿La vara de madera que fue significada como *cayado* y luego asociada al poder o a la sabiduría es la rama originaria que cayó de un árbol o es por el contrario una creación humana en cuanto instrumento y símbolo? Incluso la simple rama adquiere un significado, sea vista o no como *cayado*, puede ser significada como cualquier otra cosa que sirva a una función o que se preste para los caprichos inservibles de la creación autónoma de los seres humanos.

La rama no cayó del árbol significando algo, cobró valor cuando los seres humanos se lo asignaron respecto a otros valores²³. Tampoco dicho valor o valores estaban determinados, o tal vez solamente en su primer momento, es decir, cuando se le asignó un valor funcionalista. Como prolongación de su cuerpo físico, que ayuda a satisfacer necesidades, cobra dicho primer valor, pero cuando adquiere un valor simbólico, como lo es asociarse con el poder o la sabiduría, no se habla de una significación netamente funcionalista. Incluso, cuando puede pensarse en el cayado en ausencia del mismo y deslizarlo a otro campo de significados, adquiere valores que nada tienen que ver con la cosa y su función, y sí con la palabra y su polisemia, esta es, con la explosión creativa de sus posibilidades.

Indeterminación de lo creado: el ser como creación

Introducirse a la propuesta teórica de Cornelius Castoriadis (2006a), de los *imaginarios sociales*, requiere ubicarse en su perspectiva ontológica y en su perspectiva antropológica-filosófica. Estas perspectivas deben leerse a su vez desde la cuestión fundamental en la que se enmarca su pensamiento y toda su fuerza, esta es, su orientación ético-política hacia un proyecto de autonomía y de emancipación humana. Podría decirse que Castoriadis libera al ser humano de las amarras de la determinidad para ponerlo de cara a sus propias creaciones históricas y así devolverle su responsabilidad ética y política.

Los *imaginarios sociales* entrarán en juego allí como aquello que sin estar determinado, determinará la creación. Ahora bien, ¿cómo es posible que lo indeterminado funcione como determinador? He ahí precisamente el valor formal de la categoría de *imaginarios sociales* en lo que se refiere a su efecto sobre la inercia del pensamiento heredado, que puede caracterizarse por la búsqueda de causas fundamentales que explican al ser y al mundo por fuera de ellos mismos.

23 Para tomar un ejemplo banal: el componente *macho* en ciertas culturas no cae del cielo, tampoco está determinado por la geografía o el clima, ni tampoco por el estado de las fuerzas productivas; es una cierta posición imaginaria social del ser-hombre y del ser-mujer. Asimismo, en lo que se refiere al *niño* –cuya enorme evolución histórica conocemos, por ejemplo, gracias a los trabajos de Aries–. Un niño polinesio, un niño estadounidense, un niño francés de hoy, son seres completamente diferentes, y el código genético no es el responsable de estas diferencias (Castoriadis, 2006b, p. 79).

Los *imaginarios sociales* son producto de la creación humana y, a su vez, son los referentes y los mediadores a través de los cuales se siguen produciendo otros *imaginarios sociales* a lo largo de la historia; de allí que la historia de los seres humanos sea la historia de sus *imaginarios sociales*. Frente al interrogante por el origen, por el punto inicial, el huevo o la gallina, pensar en el punto cero, cuando no existían los *imaginarios sociales*, conduce a preguntarse por el ser, por la manera de concebirlo. Respecto al ser, los *imaginarios sociales* no están ni afuera ni adentro, no son sustanciales, no son entidades espaciales ni temporales que preexistan al ser humano; son esencia y son forma –pero creadas–, son todo en cuanto que ellos definen lo que cabe y no cabe dentro de lo que llamamos *todo*; no son materiales o físicos pero son susceptibles de ser significados, sentidos, usados.

Entonces, los *imaginarios sociales* no son causa entendida como elemento sustancial preformado y determinante de antemano; por tanto, son creación. Y si en un segundo momento son determinantes, es porque ya son, fueron creados y por tanto operan como referentes y mediadores. Por eso la cuestión del ser, de todo *cuanto es y cómo es*, conlleva a los *imaginarios sociales* en cuanto expresiones de la creación humana que dan esencia y forma a lo que *no era*. En este sentido, podría afirmarse que no hay nada real que no sea imaginario, que no sea a través de los *imaginarios sociales*.

Hablamos, pues, de lo que según Castoriadis (2006a) se denomina *ontología de la creación*, que se concibe desde las siguientes afirmaciones dogmáticas: El ser es abismo/caos o aquello que carece de fundamento, el ser es a través del *tiempo* y el *tiempo* es creación, en contraste con la ontología tradicional que tiene una mirada sobre el tiempo como perpetua repetición de leyes. En este orden de ideas, el ser humano y su mundo se desenvuelven como una expresión abierta que no se reduce a una referencia absoluta, que no son reflejo ni representación de una realidad fijada eternamente, pues es propio del ser autocrearse; ir más allá de sí mismo²⁴.

24 Así el ser en espiral, que se designa exteriormente como un centro bien investido, no llegará nunca a su centro. El ser del hombre es un ser desfijado. Toda expresión lo desfija. En el reino de la imaginación, apenas se ha anticipado una expresión; el ser necesita otra, el ser debe ser el ser de otra expresión (Bachelard, 2006 –En el capítulo “La dialéctica de lo de dentro y de lo de afuera”–).

Si el ser es indeterminado, solo queda la imaginación como tensión y apertura, como movimiento y expresión fijada de la creación y lo creado, como surgir de *imaginarios sociales*. Desde esta mirada, el ser no es repetición, es creación, lo que para el ser humano ha significado y significa diferenciarse de lo otro, en un movimiento de ampliación de sus posibilidades, estableciendo relaciones de una enorme variedad con su entorno, viéndose abocado a una experiencia de búsqueda no solo de la supervivencia sino del sentido. De esta manera, debido a este mismo movimiento, dicho entorno deja de ser solo físico, para devenir como sociedad.

Este ser, esta especie radicalmente inepta para la vida, sin duda habría desaparecido si no hubiera podido crear –no sabemos cómo– una forma nueva, una forma inédita en la escala de los seres, que es la sociedad: la sociedad como institución, que encarna significaciones y es capaz de adiestrar especímenes singulares de la especie *Homo sapiens* de tal manera que pueden vivir, y, bien o mal, vivir juntos (Castoriadis, 2006a, p. 76).

Diferenciación, institución, sentido

A partir de los *imaginarios sociales* se instituirán las sociedades, lo que, a su vez, es crear un mundo; esto es, crear una diferenciación de lo que **es** respecto a lo que *no es*.

La sociedad, como cada especie viviente, como cada ser viviente, establece su propio mundo, en el cual, evidentemente, también está incluida una representación de sí misma. Entonces, la organización propia de la sociedad –es decir, sus instituciones, y las significaciones imaginarias que portan estas instituciones– es la que plantea y define cada vez lo que es considerado información para la sociedad, lo que es simple ruido y lo que no es nada en absoluto, o cuál es el peso, la pertinencia o el valor de una información determinada, o cuáles son los programas –si queremos seguir usando el lenguaje cibernético– de elaboración de una información y de respuesta a esta. Para resumir, es la institución de la sociedad la que determina cada vez qué es real para esta sociedad (Castoriadis, 2006b, p. 77).

La diferenciación se produce con la creación, que es el desdoblamiento de relaciones entre elementos que no obedecen a una correspondencia absolutamente invariable entre el adentro y el afuera, a diferencia de los seres del mundo biológico, cuya conducta está gobernada por leyes dadas por su funcionamiento biológico en correspondencia con un mundo que es invariante; esto es, dado. De allí que pueda afirmarse que la creación se despliega en el campo de lo posible y no de lo dado; de la apertura, no de la clausura.

(...) Pero aquí utilizo el término *clausura* en el sentido más cercano posible a su significación matemática. Un mundo de significaciones está clausurado si toda pregunta susceptible de ser formulada en él mismo, o bien encuentra una respuesta en términos de significaciones dadas, o bien está planteada como desprovista de sentido (Castoriadis, 2001, p. 188).

Así pues, la clausura es propia del funcionamiento del mundo biológico y de las sociedades primitivas que redundaban en la proyección inconsciente de sus creaciones, esto es, de la naturalización de sus creaciones, de lo contrario a la autonomía, la heteronomía. “Esta heteronomía es incorporada en las instituciones heterónomas de la sociedad, y en primer lugar en la estructura psicosocial del individuo mismo, para quien la idea de un cuestionamiento de la Ley es una idea inconcebible” (Castoriadis, 2006b, p. 91).

Sobreviene entonces una creación histórica extraordinaria que, hasta donde sabemos, tiene lugar por primera vez en la antigua Grecia, y que luego se retoma, con rasgos completamente nuevos, en Europa occidental a partir del fin de la Edad Media. Es la creación histórica que hace ser la autonomía no como clausura, sino como apertura.

¿Qué quiere decir esto? Que en estas sociedades, tanto en la antigua Grecia como en la Europa moderna, emerge una nueva forma de lo existente, del ser histórico-social, e incluso del ser a secas: estas sociedades cuestionan ellas mismas su institución, es decir, cuestionan la ley de su existencia (Castoriadis, 2006b, p. 91).

De esta manera, queda al descubierto que la sociedad, que cada sociedad, entendida como institución imaginaria social, no es la encarnación de un modelo o puesta en escena de una revelación de otro mundo o de otro; es, por el contrario, una creación histórica que se da en la diferenciación y en la institución como unidad de significaciones imaginarias sociales²⁵ que se sostienen y cambian en el tiempo, generando unidad y sentido para los individuos y para la sociedad en su conjunto.

Imaginación radical, imaginarios sociales instituidos e imaginarios sociales instituyentes

Hasta aquí se ha querido dejar clara una idea a partir del pensamiento²⁶ de Cornelius Castoriadis; esta es, los *imaginarios sociales* son una creación *humana* que adviene en el caos²⁷, *abismo sin fondo* sin más prefiguración que lo que brota de la propia creación que irrumpe con la autonomía del ser. La creación se da en la medida en que hay caos, el cual se revela a partir de una diferenciación con lo que se establece, una especie de delimitación a partir de las relaciones que se van formando entre elementos que solo fungen como tal en cuanto que forman parte de una relación. No hay elementos *a priori*

25 ¿Por qué llamamos “imaginarias” a estas significaciones? Porque no son ni racionales (no podemos “construirlas lógicamente”) ni reales (no podemos derivarlas de las cosas); no corresponden a “ideas racionales”, y tampoco a objetos naturales. Y porque proceden de aquello que todos consideramos como habiéndoselas con la creación, a saber, la imaginación, que no es aquí la imaginación individual, claro está, sino lo que yo llamo el imaginario social. También es la razón por la cual las llamo sociales: creación del imaginario social, no son nada si no son compartidas, participadas, por ese colectivo anónimo, impersonal, que es también cada vez la sociedad (Castoriadis, 2006b, p. 79).

26 Pienso que debemos llevar a cabo una ontología, una nueva ontología en la cual el caos sería la *determinación* fundamental del ser, que podemos precisar al hablar, por un lado, de la noción de *inexhaustibilidad* y, por otro lado y fundamentalmente, de la capacidad inmanente de creación, de un *vis formnadi* del ser (Castoriadis, 2001, p. 277).

27 Caos es el fondo del ser, es incluso el sin fondo del ser, es el abismo que está detrás de todo lo que existe; precisamente, esta determinación que constituye la creación de formas hace que el caos se presente siempre así como cosmos, o sea, como mundo organizado en el sentido más amplio del término (Castoriadis, 2001, p. 278).

ni una programación de relaciones por establecerse; la conjugación de estos es precisamente la puesta en movimiento de la creación.

El caos no finaliza con el orden, con la forma, por el contrario, adviene respecto a lo diferenciado en lo creado y se instaura como abismo que pone en vilo lo que hay de cara a lo novedoso²⁸. La creación es constante pero visible específicamente en momentos de densa pulsación²⁹; momentos cuando la radicalidad desborda lo contenido, cuando el abismo se precipita sobre lo firme. La creación no termina con lo creado; por eso el destino es el cambio y la novedad; en tiempos largos o en tiempo cortos, todo depende desde el palco histórico desde donde se le mire, del cúmulo de creación, del sedimento que llegue a las orillas de la memoria.

Para hacerse a un esquema del devenir de la creación y los modos en que los *imaginarios sociales* atraviesan y a la vez permanecen y se transforman en el ámbito de las relaciones entre lo creado y lo posible, esto es, entre el caos y la creación, se propone pensar en tres instancias o momentos de este devenir, que corresponden a lo que Castoriadis llamó: *imaginación radical*, *imaginarios sociales instituidos* e *imaginarios sociales instituyentes*. Los *imaginarios sociales* como creación e institución, y conjunción de lo singular y lo social, conjunción en la que se articula el sentido, acontecen en el campo de lo social-histórico.

Esto implica considerar, en concordancia con Castoriadis, que lo imaginario funciona o transcurre en este campo, a la vez que lo social histórico se alimenta de lo imaginario, lo que hace que ambos se autodefinan en una constante y compleja dialéctica que crea y recrea la realidad humana. La articulación de los conceptos *imaginación radical*,

28 Si alguien juega a la ruleta, el 27 quizás salga; esto es imprevisible pero no es novedoso: ese número ya salió miles de veces; lo que proporciona la novedad no es la imprevisibilidad que es nueva y no es la indeterminación como tal (...) Lo novedoso constituye el hecho de la no deductibilidad y de la imposibilidad de la multiplicación, o sea, la imposibilidad de construir X a partir del conjunto de la situación anterior (Castoriadis, 2001, p. 278).

29 "La historia de las sociedades está marcada por procesos de pulsación: fases de creación densa y fuerte alternan, en su seno, con fases de atonía creadora o de regresión" (Castoriadis, 2001, p. 97).

imaginario social instituyente e imaginario social instituido, permite identificar como aspecto definitorio de lo *imaginario*, su condición de fuente creadora que se despliega a través de las instituciones y de los sujetos. La *imaginación radical*, el *imaginario social instituyente* y el *imaginario social instituido* son, pues, los tres *momentos* a través de los cuales se crean, se configuran, se establecen y fluyen los *imaginarios sociales*.

En cuanto fuente creadora, a lo imaginario le subyace la potencia, el *deseo*³⁰, condición de la calidad humana que brota incesante en cada individuo y que busca su realización en el campo de lo instituido, donde adquiere forma, se encarrila, a la vez que persigue lo posible; a esto lo llamamos *imaginación radical*, una especie de sentimiento inmanente que tiene que ser socializado y permeado por la moral para poder permitir al ser humano vivir en sociedad. La imaginación radical tiene, por consiguiente, un origen singular en cuanto que es la esencia de la *psique*, cúmulo de fuerza, de flujo incesante de representación, deseos y afectos sin funcionalidad alguna (Castoriadis, 2001), sin significación articulada dentro de lo social y lo simbólico, por consiguiente, sin sentido; o mejor aún, con su propio sentido, singular y autorreferente.

Pero el *sentido* no tiene sentido si no es en lo social; de lo contrario, la *psique* se clausuraría sobre sí misma, lo que es evitado por la socialización, proceso de sustituciones y mediaciones de estos deseos y representaciones primeras que adquirirán sentido a través de lo instituido (Castoriadis, 2001). La creación que brota como *imaginación radical* desde la *psique* tiende a clausurarse a sí misma por más que sea un flujo incesante de representaciones y afectos. Si no existiera el entrecruzamiento, la condensación, la colisión entre lo singular y lo social, no ocurriría la desfijación del ser, la apertura de lo posible. El paso de lo singular a lo social abre la creación a una complejidad mayor y, por tanto, a la posibilidad de un despliegue de relaciones hacia lo novedoso.

30 Así pues, con Castoriadis (2001), respecto al *deseo*, vemos cómo el recién nacido es un ser que está en medio de movimientos, escenarios, lenguajes, que no comprende su mundo; él se centra en la madre y en el bienestar (alimento, calor), tiene deseos-pulsiones, sentimientos como la nostalgia, el éxito.

Los *imaginarios sociales* tienen su primer momento de apertura inicial en la *imaginación radical*; pero, justo cuando permiten crear lo social, la institución, el mundo, se transforman en *imaginario social instituyente*. De esta manera, encontramos que en las sociedades hay creación –y viceversa–, lo que permite generar la posibilidad de pensamientos comunes, un *imaginario social instituyente*, que son significaciones que crean y no se refieren a la realidad, ni a la lógica.

¿De qué manera detallar esta obra del *imaginario social instituyente*? Consistente, por una parte, en las instituciones. Pero la consideración de estas instituciones muestra que están animadas por –o son portadores de– significaciones que no se refieren ni a la realidad ni a la lógica: por ese motivo las llamo *significaciones imaginarias sociales* (Castoriadis, 2001, p. 95).

A partir del segundo momento de los *imaginarios sociales*, el de los *imaginarios sociales instituyentes*, las *significaciones imaginarias sociales* se cristalizan como instituciones en lo que se denomina el *imaginario social instituido*, el cual asegura la continuidad de la sociedad, la reproducción y la repetición de las mismas formas que, de ahora en adelante, regulan la vida de los hombres y permanecen allí hasta que un cambio histórico lento o una nueva creación masiva venga a modificarlas o reemplazarlas radicalmente por otras formas (Castoriadis, 2001).

De esta manera, la *imaginación radical*, el *imaginario social instituyente* y el *imaginario social instituido*, confluyen en los procesos de socialización a través de los cuales lo objetivo se hace subjetivo; el mundo se encarna por los sujetos a la vez que tiene la posibilidad de continuar en la necesidad dialéctica de autogenerarse, de subjetivizarse.

POLÍTICA Y ACONTECIMIENTO POLÍTICO

Los *imaginarios sociales* son el fundamento y la expresión de la creación, que surgen en la tensión y la apertura entre lo singular y lo social entre la psique y lo instituido. Lo que allí se crea y establece fundamentalmente es el mundo, que no es representación de un mundo modelo revelado a los hombres ni es producto terminado sino que, por el contrario, está sometido precisamente a la tendencia a desfijarse en cuanto que está implícito en una constante creación del propio ser humano, que dio el salto cuántico de su *psique* a lo social, pasando de la singularidad psíquica a la socialización, dándole sentido a su propio mundo, a su propio plano de realidad, fundamentado, armado y delimitado por los *imaginarios sociales*.

En otras palabras, fue construyendo el conjunto de lo que es respecto a lo que *no es*; de allí, pues, las diferencias entre unas sociedades y otras, concretamente entre culturas³¹, en las que se evidencian sentidos e imágenes distintas de mundo. Visto así, los seres humanos no son marionetas del destino como si acaso el mundo fuera algo impuesto y por consiguiente no existiese la mínima posibilidad de cambiar sus rumbos. Aunque parezca casi que un orden natural, la sociedad es una creación que deviene en institución, en encarnación de un orden, de un conjunto que con severidad puede clausurarse si no toma sus recaudos con el ejercicio de la reflexividad y la acción sobre sí misma³².

La reflexión y la acción sobre el mundo –creado– lleva a los seres humanos a tomar en sus manos el curso de su propia existencia

31 La cultura es el dominio del imaginario en el sentido estricto, el dominio *poiético*, lo que en una sociedad llega más allá de lo que es solamente instrumental. Evidentemente, no hay ninguna sociedad que carezca de cultura; ninguna sociedad se ve reducida a lo funcional o instrumental; no conocemos ninguna sociedad humana que viva como las sociedades de abejas o de hormigas. En ellas, siempre encontramos cantos, danzas, decoraciones, cosas que no sirven para nada (Castoriadis, 2001, p. 99).

32 Una sociedad que reflexiona y actúa sobre sí misma es una sociedad autónoma (Castoriadis, 2001).

en lo que se refiere a los asuntos que tienen sentido. Los animales, por ejemplo, no interrumpen su rumbo para cuestionar sus existencias; el ser humano, en cambio, sí lo hace, lo que abre una dimensión en medio de lo instituido que es precisamente el espacio para reflexionar sobre lo instituido mismo, produciéndose una especie de desdoblamiento; esto es, de apertura de relaciones y de apertura a nuevos significados y sentidos de lo que acontece en el mundo.

A este ámbito, a este espacio se le ha llamado *política*, que además de espacio corresponde a "(...) una actividad colectiva, reflexiva y lúcida, que apunta a la institución global de la sociedad" (Castoriadis, 2001, p. 129). La *política*, entonces, se refiere a la capacidad del ser humano para reflexionar, decidir y actuar en perspectiva de su propio mundo, o sea, de su propia sociedad. Solo los seres humanos crean y habitan dimensiones de un orden diferenciado respecto al modo en que otros seres físicos y biológicos lo hacen; mientras que a estos los puede caracterizar la inercia o el movimiento teleológico, los seres humanos realizan acciones.

Los seres físicos o biológicos, a través de su inercia o su movimiento, no generan perturbación en sus relaciones con su entorno; los seres humanos, al estar en capacidad de significar y darle sentido a estas acciones más allá de su carácter funcional y práctico, desordenan lo ordenado, aumentan el caos y la complejidad, en tanto que crean variadas, diferentes y novedosas relaciones entre lo físico con lo físico, lo físico con lo humano, lo humano con lo humano, y así a la *n*, pues visto así, siempre hay creación y tendencia a la diferenciación de lo humano en y con otros sentidos. En este orden de ideas, Hanna Arendt hace la distinción de las categorías *labor*, *trabajo* y *acción*, haciendo énfasis en esta última para establecer la idea de la política como espacio de relación. La acción, en este caso, es el ámbito de lo humano en cuanto que no se reduce a la vida sino que inaugura el mundo y el sentido que tiene este con respecto al ser como apariencia, ligada a la acción, al acontecimiento, a lo impredecible y al discurso (Arendt, 2003).

Así:

(...) A la acción le es peculiar poner en marcha procesos cuyo automatismo parece muy similar al de los procesos naturales, y le

es peculiar sentar un nuevo comienzo, empezar algo nuevo, tomar la iniciativa o, hablando kantianamente, comenzar por sí mismo una cadena (Arendt, 1997, p. 19).

La acción humana es inicio de una cadena de acontecimientos; los humanos tenemos el extraño poder de interrumpir los procesos naturales, sociales e históricos, puesto que la acción hace aparecer lo inédito.

Ahora bien, acción y discurso se relacionan estrechamente gracias a que la acción humana debe implicar, al mismo tiempo, la respuesta planteada a todo recién llegado: “¿Quién eres tú?”. Y allí, en ese mundo donde se nace, en ese ámbito humano donde están los otros, se da la pluralidad, que no es simple alteridad. En la pluralidad se da el ámbito público, el cual tiene la función de iluminar los sucesos humanos al proporcionar un espacio de apariencias, un espacio de visibilidad, en que hombres y mujeres pueden ser vistos y oídos y revelar mediante la palabra y la acción, quienes son (Arendt, 1997).

Solo el acto político puede generar igualdad; sin embargo, las leyes no cumplen aquí la función de reducir lo diverso a lo idéntico e invariable, sino que autorizan la posibilidad de las palabras y las acciones. De ahí que se pueda inferir que el espacio político no es una mera localización física de un ámbito en que las acciones sean visibles, sino una realidad vinculada a la necesidad de límites, delimitada por leyes. Así, pues, en política lo que está en juego no es la vida sino el mundo, como espacio de aparición.

La política se basa en el hecho de la pluralidad de los hombres, del estar juntos, los unos con los otros, de lo diversos; por consiguiente, la política nace en el *entre-los-hombres*, por lo tanto completamente fuera del hombre; de ahí que no haya ninguna substancia propiamente política (Arendt, 1997). La política surge en el *entre* y se establece como relación; o sea, en el mundo creado e instituido, significado y provisto de sentido con base en los *imaginarios sociales*.

Ahora bien, si es característico de la política, en cuanto función de la creación humana y su capacidad para actuar, reflexionar, decidir y cambiar, ¿cómo es posible que las instituciones sociales se anquilosen dentro de estructuras políticas que reducen las posibilidades de cambio

interno y externo a la repetición de ideas, discursos y comportamientos prefabricados? La respuesta la daría el mismo (Castoriadis, 2006b) afirmando que es el reflejo de unos *imaginarios sociales*, los cuales en Arendt tomarían la forma de dispositivos cotidianos de constante uso como lo son los prejuicios sociales.

Los prejuicios (Arendt, 1997) no son idiosincrasias personales, las cuales, si bien nunca pueden probarse, siempre remiten a una experiencia personal en la que tienen la evidencia de percepciones sensibles. Los prejuicios no tienen una evidencia tal, tampoco para aquel que está sometido a ellos, ya que no son fruto de la experiencia. Por eso, porque no dependen de un vínculo personal, cuentan fácilmente con el asentimiento de los demás, sin que haya que tomarse el esfuerzo de persuadirles. Consiguientemente, el prejuicio representa un gran papel en lo puramente social: no hay propiamente ninguna forma de sociedad que no se base más o menos en los prejuicios, mediante los cuales admite a unos determinados tipos humanos y excluye a otros.

“El peligro del prejuicio reside precisamente en que siempre está bien anclado en el pasado y por eso se avanza al juicio y lo impide, imposibilitando con ello tener una verdadera experiencia del presente” (Arendt, 1997, p. 53). Puesto que el prejuicio, al recurrir a lo pasado, se adelanta al juicio, ve limitada su legitimidad temporal a épocas históricas –cuantitativamente la gran mayoría– en que lo nuevo es relativamente raro en las estructuras políticas y sociales, y lo viejo predomina. Si la función del prejuicio es preservar a quien juzga de exponerse abiertamente a lo real y de tener que afrontarlo pensando, las cosmovisiones e ideologías cumplen tan bien esta misión que protegen de toda experiencia, ya que en ellas todo lo real está al parecer previsto de algún modo.

Y he allí la deshumanización de la sociedad y de la *política*, olvidar la originalidad y la autonomía³³, pues el mundo y las cosas del mundo, en cuyo centro suceden los asuntos humanos, no son la expresión o, como quien dice, la reproducción impuesta al exterior de

33 *Autónomo* significa, literal y profundamente, ‘algo que establece su propia ley por sí mismo’. Autoinstitución explícita y reconocida, es el ‘reconocimiento por parte de la sociedad misma como su fuente y origen’.

la esencia humana, sino, al contrario, el resultado de que los hombres son capaces de producir algo que no son ellos mismos. Desde esta perspectiva, considerar a la *política* como lejana, externa o solo cuestión de los *políticos*, niega el carácter mismo del mundo como institución, si con ello se tiene en cuenta que todo lo acontecido al ser humano, en el marco de sus significaciones (imaginarios sociales) y de sus sentidos, toca lo más profundo de su ser.

Acontecimiento político

En el mundo humano, acontecimiento es lo que sobreviene. Taminioux (1994) afirma que el acontecimiento es lo que, tanto para los individuos como para las colectividades, emerge a título singular e imprevisto en el tiempo, aparece en el tiempo notoriamente y merece ser conmemorado como tal. Por tanto, no habría acontecimientos en el repetitivo proceso de la labor, solo fases de un ciclo; acontecimiento, pues, visto en la perspectiva de Arendt (1997), es aquello que irrumpe y altera el curso de las acciones humanas con sus respectivos correlatos y, por tanto, efectos en el mundo. Solo hay acontecimiento cuando se introduce sentido o, lo que es lo mismo, no hay acontecimiento sin mundo común; es decir, el acontecimiento es inseparable de la imprevisibilidad y de la fragilidad de la acción y de las palabras que vinculan a los individuos entre sí.

Los acontecimientos, podría decirse, abren un flujo de significaciones imaginarias instituyentes o, incluso, de otras instituidas que por la aparente estabilidad del mundo –sostenido con base en el prejuicio como se sugirió renglones atrás– no habían emergido. Con el acontecimiento se observa, a la vez, lo que una época tiene de intolerable y las nuevas posibilidades de vida que encierra; su modo, por ende, es lo problemático, lo que sugiere que un acontecimiento no es la resolución de un problema (Lazzarato, 2003), sino una apertura de posibilidades de comprensión de lo humano. De esta manera, en cuanto irrupción, el acontecimiento *desordena* la estructura social y su basamento político respecto a la clave en que se procesan, significan y dan sentido a los asuntos propios de la condición humana.

En el espacio del *entre* decidimos cómo ser, cómo actuar y hasta cómo pensar y sentir; en tal espacio se entretajan las significaciones

y lo que pasa allí adquiere sentido a partir de aquellas significaciones sociales imaginarias que ya existían y aquellos sentidos que ya circulaban. A su vez, lo que pensamos, sentimos y actuamos forman parte de una continuidad, de una red de pensamientos, sentimientos o acciones que atraviesan diferentes esferas propias de la condición humana. Tales esferas son lo íntimo, lo privado y lo público; el pasado, el presente y el futuro.

Así, la política, al estar relacionada con la exclusividad deliberativa sobre lo público, lo privado y hasta lo íntimo, el pasado, el presente y el futuro, indica que la existencia, el modo en que vivamos, depende de cómo lo imaginemos y de lo que decidamos sobre ello. Cualquier acontecimiento, entonces, será político si tiene sentido en este orden de cosas, más si afecta, debilita, intensifica o trastoca las esferas deliberativas, íntimas, privadas y públicas, y si además compromete el pasado, el presente y el futuro. Si la *política*, pues, trata del derecho, las capacidades y las posibilidades que tenemos para vivir como queremos vivir, cualquier acontecimiento que sea considerado como político marcará una especie de fractura en el espíritu humano a través de la cual se puede comprender no solo lo referido a la esfera de la política, sino a la existencia humana como tal.

Lo imaginal de la realidad o la realidad de lo imaginal

La reflexión sobre la política nos lleva, en este sentido, a la pregunta por el ser humano en lo que se refiere a la creación de sus realidades, de sus mundos. Y es, según (Castoriadis, 2001), desde su antropología filosófica, que se plantea precisamente como constitutivo *del ser del ser humano* su capacidad de creación como modo de afrontamiento de su propia condición existencial signada por su ineptitud biológica (Castoriadis, 2001). En el mismo sentido de esta antropología filosófica, se podrá agregar, con Ortiz-Osés (1996) y con Castoriadis (2001), que el ser humano es un ser carente, un ser de la falta; por tanto, un ser del deseo. De otra manera, es concebir al ser humano como un ser con una fractura (nacida de su condición biológica particular) que encontró una especie de sutura a través de la cultura (Ortiz-Osés, 1996). El ser humano, pues, ha hecho de su desventaja la condición de posibilidad para su nacimiento como ser indeterminado,

misterioso y complejo, que sabe de sí mismo a través de la suturación de su fractura que deviene en creación, que a su vez deviene en mediación simbólica en la que configura los sentidos de su experiencia.

La realidad del ser humano, su mundo, es producto de las mediaciones simbólicas que componen esa segunda naturaleza, ese hábitat humano que se representa en la cultura. El ser humano, por consiguiente, será entendido también como un animal simbólico que se busca a sí mismo a través de la interpretación de su propia existencia creada simbólicamente, dotando de sentido así a sus experiencias que dejan de ser acciones que se repiten en el tiempo para constituirse en sentido histórico. Así, el ser humano:

(...) Para comprender su inadaptación inicial se ve obligado a interpretarse a sí mismo y al mundo que le rodea, a través de un lenguaje intérprete al que alza como su "segunda naturaleza". Interpretación y lenguaje comparecen como aspectos esenciales de la supervivencia del hombre, en la medida en que no hay acceso al mundo sin mediación simbólica (Solares, 2002, p. 8).

No obstante, su capacidad creadora no solo tiene un carácter funcional adaptativo, pues es gracias a su despliegue como mundo imaginario, como realidad mediada simbólicamente, que se constituye en lo que Castoriadis (2001) llama ontología de la creación, es decir, que gracias a la creación de sí mismo es que *el ser del ser humano* se distingue de cualquier otro ser.

De esta manera, el ser de la falta deviene en ser de la creación que trasciende sus condicionamientos naturales y da sentido a sus experiencias por cuenta a lo *obra y gracia* de la expresión de dicha creación: la imaginación.

La imaginación, en esta penetrante perspectiva, no es una yuxtaposición de imágenes y representaciones subjetivas ("maestra de error y falsedad" o "subproducto ideológico"), sino una categoría antropológica, primordial y sintética, a través de la cual el hombre orienta y da sentido a todos y cada uno de sus actos –nacer, crecer, alimentarse, trabajar, festejar, amar, morir, etc." (Solares, 2007, p. 23).

A través de la imaginación, el ser humano logró sus primeras interpretaciones del mundo con base en las impresiones generadas por las experiencias que, como tales, son asimilaciones a manera de imágenes que a su vez se componen por sensaciones, emociones y afectos, que se constituyeron en la base de las propiedades generalizadas de su mundo.

La configuración de las experiencias directas y concretas como transformación en experiencias mediadas por imágenes, abre el reino del sentido como resultante de la confrontación del ser humano con su mundo creado y misterioso. En otras palabras, en el proceso creativo de la mediación, el hombre tiene rastros de quién ha sido y de cómo ha vivido, posibilidad que no representa el modelo definitivo, sino precisamente apenas un rastro. La mediación, pues, es la condición de posibilidad en cuanto creación de un soporte imaginal, que presupone una matriz de sentido para la experiencia de lo humano, que solo tiene asidero o correlato desde lo humano vivido.³⁴

Esa segunda naturaleza del ser humano tendrá, pues, un soporte imaginal –en cuanto que creado– que adquiere textura, profundidad, altura, transitividad con el lenguaje simbólico por el cual circula el sentido en cuanto mediación que sutura la fisura del sinsentido, de la falta. El lenguaje que sutura es implicador, relacional, aferente, puesto que hace de la sutura una red que se extiende cubriendo los espacios donde se insinúa la falta. La sutura es así sentido de realidad, surgido del deseo, que se expande como creación que reproduce las relaciones y las mediaciones con las que la existencia humana se va concibiendo como un relato en el que cualquier experiencia humana tiene lugar y hogar, pues así ninguna ha de ser extraña en la medida en que hay un lenguaje para cubrirlas y bañarlas de amor. Una visión así del sentido como amor tal, y como lo sugiere Ortiz-Osés (2003), supone en el ser humano una facultad, una disposición, una manera de su ser para relacionarse con lo que les es propio y con lo que le es extraño, una especie de racionalidad para lograr tal cometido.

34 "Además de las reminiscencias personales, todo individuo alberga lo que Jacob Burckhardt bautizó acertadamente como las grandes imágenes 'primitivas', es decir, lo que desde tiempos inmemoriales vienen siendo las posibilidades heredadas de la imaginación humana" (Jung, 2007, p. 76).

Por supuesto, no se trata de una racionalidad lógico-mecánica, se trata de una racionalidad afectiva, implicativa y relacional que se expresa claramente en la creación de los mitos de la humanidad. Los mitos son productos de esta racionalidad a través de la cual el hombre recrea los grandes dilemas que se anudan a imaginarios, para impregnar y configurar las experiencias humanas dentro de un solo relato que le da textura simbólica a su devenir. Los mitos, entonces, en cuanto que expresión de esta racionalidad fundante, se constituirán en metalenguajes o estructuras sobre los cuales las palabras detentarán sentidos no lógicos ni científicos, sino simbólicos, lo que significa que funcionarán como portales hacia el mundo imaginal y fundante de lo humano.

En este orden de ideas, se parte de la comprensión del ser humano como indeterminado, como creador de realidad, como poseedor de una racionalidad afectiva e implicativa y, por tanto, como hermeneuta que interpreta su realidad mediándola simbólicamente y, por ello, generando sentidos a la luz de las relaciones que se van configurando entre sus imágenes fundantes y refundantes, en el marco de estructuras míticas como matriz de lenguaje y de sentido. Además, se nace de la concepción de lenguaje como simbólico, es decir, como evocador de sentidos, dada sus cargas arquetipales, pero también como creador, debido a su relación provocadora y posibilitadora con la imaginación radical a través de la cual se da la *poiesis*.

Esta racionalidad aferente e implicativa, a partir de la cual surge el mito y emerge la creación imaginal de la realidad, se define a su vez por el desarrollo de la capacidad de simbolización del ser humano, que, por un lado, se relaciona con la capacidad cerebral de este, y, por el otro, con el nacimiento del símbolo como diferencia viva, autónoma y creativa que mediatiza la realidad. El trayecto antropológico del ser humano será entonces correlativo a la simbolización que configura un orden existencial, que trasciende el orden natural, aunque incluyéndolo desde la mediatización de la realidad que implica el sinsentido, lo desconocido, lo misterioso.

La mediatización de la realidad va adquiriendo un matiz de drama en el marco enigmático de ese telón de fondo que es lo misterioso, puesto que las diferenciaciones realizadas a partir de la relación entre lo simbolizado y lo desconocido plantean tensión o conflicto.

Dicho de otro modo, el aparato dilemático del metalenguaje mítico se aplica con predilección a aquellas grandes cuestiones a las que la ciencia positivista no puede contestar y que Kant ya había clasificado entre los sistemas de respuestas “antinómicas”: ¿qué es de nosotros después de la muerte?, ¿de dónde venimos?, ¿por qué el mundo y el orden del mundo? ¿por qué el sufrimiento?, etc. (Durand, 1993, p. 37).

Reconociendo esta matriz de sentido, “El mito se constituye en la soberanía de los símbolos que organiza en relato: arquetipos o símbolos profundos, o también simples sistemas anecdóticos” (Durand, 1993, p. 30). Esto implica pensar en el mito como metalenguaje sobre el cual se mueven los símbolos³⁵ por la densa realidad humana que, a pesar de su brumosis, encuentra en el fondo de la niebla de los tiempos y del misterio de la experiencia humana, un horizonte de sentido.

El símbolo, por su parte, antes que símbolo, fue acción, sensación, impresión, y el lenguaje como tal se anuda en este orden empírico de sentido inmediato.

Las famosas ‘imágenes arquetipales’ solo llegan en segundo lugar. Y aun estas ‘imágenes primeras y universales para la especie’ se dividen según las categorías de este discurso metafórico que acabo de esbozar en epítetas y sustantivas, según si se trata de ‘cualidades sensibles’ o perceptivas como alto, bajo, caliente, frío, seco, húmedo, puro, profundo, etc., o de objetos percibidos y denominados sustantivamente: luz, tinieblas, sima, niño, luna, madre, cruz, círculo, números, etc. Las ‘imágenes arquetipales’ están en la vía de la diferenciación perceptiva y de la distanciaci3n ex3gena (Durand, 1993, p. 20).

El símbolo advendr3 como diferenciación del orden inmediato a partir de la emergencia intermediaria de lo arquetipo desde su funci3n de distanciar e integrar³⁶ las cualidades sensibles y de posicionar

35 “El símbolo no se refiere a la historia, al momento cronol3gico de tal o cual acontecimiento material de un hecho, sino a la revelaci3n constitutiva de sus significaciones” (Durand, 1993, p. 34).

36 Antes, resumamos en pocas palabras los tres aparatos simb3licos que pueden servir de repertorio mec3nico: hay un nivel “verbal” –que otros llamaran actuacional–,

lo sustantivo como tal. No obstante, el orden de lo imaginal o arquetípico no pierde su vínculo con lo natural, pues a pesar de generar diferenciaciones e impresiones sobre este, no lo subsume ni mucho menos lo reduce o agota; por el contrario, hace de él un orden misterioso. A la luz de estos planteamientos, la imaginación radical propia del psiquismo en su condición inconsciente –colectivo– garantiza su ser en cuanto que lo misterioso es su límite de sentido, lo que posibilita todos los sentidos en su carácter germinal.

En otras palabras, la imaginación radical es fuente de creación en cuanto que lo misterioso es en sí mismo lo indeterminado, lo caótico y lo desordenado, que opera como excedente de la experiencia humana. Entonces, sobre estas bases imaginales que se derivan de diferenciaciones primeras –no únicas ni absolutas– se van instaurando relaciones de sentido en las múltiples combinaciones entre epítetos y sustantivos, alimentadas, además, de la experiencia humana cuyo límite, y a la vez condición de posibilidad, es lo misterioso. En este entramado dinámico y de creación, emerge el símbolo³⁷ como expresión orgánica que hunde sus raíces en la fluidez y emanación de la vida, que, en cuanto que misteriosa, impide reducir sus sentidos a las diferenciaciones existentes.

Por tal razón, no es solo el mito aquel metalenguaje en el que se recrea vivamente lo arquetipal y yace el sentido último de la existencia del ser humano; son en las realidades humanas, en los mundos institucionalizados que son delimitados simbólicamente a través de otros relatos o metalenguajes, en los que anudan sus sentidos en las bases representadas por sus imaginarios sociales que se crean en el

que lleva a todo simbolismo, como veremos, a animarse en situaciones dramáticas, en el sentido etimológico del término. Luego viene el nivel del epíteto y del sustantivo, en el que el símbolo se fija en algunas grandes cualidades o en algunos “objetos” particularmente generales y estables. Por fin, llega al nivel “cultural”, en el que el símbolo se encarna históricamente, sociológica e incluso biográficamente en unas circunstancias particulares (Durand, 1993, p. 22).

37 El simbolismo solo “funciona” cuando hay distanciamiento, pero sin corte, y cuando hay plurivocidad, pero sin arbitrariedad. Ello se debe a que el símbolo tiene dos exigencias: debe aquilatar su incapacidad de “dar a ver” el significado en sí, pero debe animar a creer en su pertinencia total (Durand, 1993:, p. 22).

tiempo en función de las creaciones históricas en que tienen lugar en los mundos y culturas donde ha emergido la humanidad de múltiples formas.

La diferencia deberá radicar en que el mito implica unos imaginarios sociales que impregnarán la realidad como realidad en sí misma, es decir, sin distinción alguna entre la realidad y lo imaginal, mientras el mundo moderno conservará conexiones de sentido con su pasado, precisamente a través de aquellos *imaginarios sociales* que aún se encuentran instituidos en las creencias³⁸ que encarnan sus sentidos a través de diversos lenguajes simbólicos que circulan por la realidad.

De esta manera:

El imaginario social como representación y modelo ordenador de la acción social se desenvuelve en tanto una especie de horizonte histórico delimitador de territorios y fronteras de la geografía humana y mítica, abierta a la recreación de formas y contenidos en el tiempo. Generalmente asociado a una tradición cultural, opera en su interrelación con otros imaginarios y marca sus diferencias, las fronteras del imaginario. Se trata de relaciones entre comunidades de sentido construidas por grupos que se apropian positiva o negativamente de una serie de códigos y símbolos compartidos en el imaginario para situarse en el mundo, la sociedad y la historia (Basai, Landázuri y Baeza, 2008, p. 400).

Con base en esto podrá considerarse que lo simbólico es abierto, da paso a lo imaginario y se enriquece de nuevos sentidos, en la medida en que este último es fuente inagotable de creación potencializada por la experiencia. Lo imaginario, en cuanto que abierto, es continuidad –en lo simbólico– y discontinuidad –en la creación–. Por esta razón lo

38 Se puede concebir al hombre como un animal *mitopoiético*, cultural o simbólico, ya que en todos los casos se pone de manifiesto el fundamental carácter proyectivo o con creador del hombre, el cual se define frente al animal por su capacidad metafórica o transformativa de lo real dado en visiones, articulaciones de sentido o concepciones del mundo. La clave simbólica de toda cultura está en el sistema de creencias subyacentes, que funge como ideario o ideología compartida en cuyo entramado se instalan las ideas, conceptos y reflexiones críticas (Solares, 2001, p. 35).

arquetipos se crean conservando cierta continuidad –como legado de experiencia– a través del tiempo, manteniendo ciertas regularidades pero a través de distintos matices. Lo imaginal, como soporte de la realidad que emerge como creación simbólica de sentido a través del lenguaje, no es, pues, determinado ni dado; es emergente, fluido, conector, implicador.

Su fuente de origen, en el sentido metafórico de la palabra *fuerza*, puede concebirse como una dadora constante e inagotable de líquido que llena los canales y los ductos que alimentan las experiencias y, en esencia, la existencia del ser humano. En la fuente nace el líquido y de ella brota hacia la superficie, fluye, se expande, recorre, llena, retorna y vuelve, mezclándose el líquido viejo con el líquido nuevo –los símbolos del pasado con los símbolos que van surgiendo por el ímpetu de la creación humana que va expandiendo los límites de su sentido–. El líquido, la manifestación de dicha fuente, ocupa y da forma en la implicación que tiene en el tiempo en cuanto continuidad histórica de las diferentes experiencias del ser humano. Así, el líquido alimenta de sentido a lo humano porque circula por el lenguaje y se vierte sobre su presente, a la vez que llena los vacíos del sinsentido o de la eterna fractura que aparece nueva en cada ser humano.

Esta fuente de creación, de potencia, de fuerza, de aparición –que lleva a la superficie manifestaciones–, se corresponde con la magna idea de Jung (2007) de *inconsciente colectivo*. Dicha correspondencia radica en el carácter de este según su concepción; este es, suprapersonal o colectivo, lo que significa que está más allá de lo individual, e incluso de lo social, teniendo en cuenta que no puede reducirse ni a uno ni a otro plano, ni explicarse el uno por el otro. Lo anterior sugiere una característica fundamental de este inconsciente: su autonomía y, por tanto, una naturaleza y dinámica propia; o sea que antes de estar determinado, determina.

Este Inconsciente colectivo, fuente de creación que se expresa en fenómenos psíquicos individuales y también socioculturales, más que ser el origen de ciertas manifestaciones –contenidos–, es la condición

de posibilidad misma para el surgimiento de un orden³⁹; condición de posibilidad en cuanto creación de un soporte imaginal que presupone una matriz de sentido para la experiencia de lo humano, que solo tiene asidero o correlato desde lo humano vivido⁴⁰. En este orden de ideas, podrá concebirse el *inconsciente colectivo*, constituido por la *imaginación radical*, en virtud de la metáfora de la fuente creadora, la cual sugiere que la creación surge de la nada y de manera impetuosa, además de las cualidades dinámicas y energéticas de su manifestación –metáfora del líquido⁴¹–.

En la *imaginación radical*, según Castoriadis (2001), hay mónadas psíquicas, que podrían entenderse como centros energéticos de flujo constante de representaciones y de afectos, que constituyen una fuerza o tendencia hacia el sentido (pero en esta instancia no del sentido lógico ni socialmente establecido). En la *imaginación radical*, al igual que en el *inconsciente colectivo*, hay unidades, centros; mónadas en el caso del primero y arquetipos en el caso del segundo. Además de ser centros ambas, son también fuerzas que buscan una manifestación o representación –no son representaciones en sí mismas–, que se expresan como modelos y como posibilidades de sentido. Coincidirán, entonces, en servir de soporte imaginal o de posibilidad que funciona como fuente, pero también como referente en cuanto continuidad de la experiencia de lo humano, entendida como unidad de sentidos.

Desde el *inconsciente colectivo* y su fuerza creadora, esta es, la *imaginación radical*, la experiencia se va haciendo sentido, y el sentido experiencia, lo que sugiere una dialéctica entre lo posible y lo dado, o, de otra manera, entre lo instituido y lo instituyente. Así pues, respecto a la similitud ontológica de la creación, entre la

39 "Mundo" o "sociedad" en palabras de Castoriadis (2001)

40 "Además de las reminiscencias personales, todo individuo alberga lo que Jacob Burckhardt bautizó acertadamente como las grandes imágenes 'primitivas', es decir, lo que desde tiempos inmemoriales vienen siendo las posibilidades heredadas de la imaginación humana" (Jung, 2007, p. 76).

41 Castoriadis (1983) utiliza el concepto de *magma* para explicar el influjo potencial y real que empapa y anima el mundo social a través de las significaciones imaginarias sociales, pero que no puede reducirse a un conjunto finito, pues es un fluir incesante e indeterminado de la creación.

imaginación radical y el inconsciente colectivo, podrá decirse con Galagarza (2004, p. 9), a propósito del comentario que hace del artículo de Carl Gustav Jung de 1934, "Sobre los arquetipos del inconsciente colectivo", que los imaginarios –arquetipos– "(...) se presentan aquí no como esencias estáticas predeterminadas sino más bien como estructuras simbólicas dinámicas e indeterminadas que rigen desde el 'imaginario radical' (Castoriadis, 2006b) o imaginal (H. Corbin), la determinación y configuración de las imágenes concretas".

TERCERA PARTE

Los siguientes capítulos y sus respectivos apartados reflejan el proceso de análisis e interpretación (en el sentido de la hermenéutica simbólica) a partir del cual se intenta comprender el acontecimiento político de la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez. Estos hallazgos están organizados en tres categorías: *la reelección como acontecimiento político; Colombia: entre la religión –católica– y la política, y trasfondo imaginal*. Cada uno de estos capítulos y sus respectivos apartados abordan el problema que anima este libro en dos niveles. En el primer nivel, cada capítulo permite comprender el problema desde una perspectiva específica. En el segundo nivel, que podríamos definir como global o integrado, los capítulos conducen a la comprensión de los imaginarios sociales sobre la reelección presidencial.

En el primer capítulo se aborda el problema desde la perspectiva del análisis político en el que se describen y analizan algunas generalidades del Gobierno de Uribe Vélez, especialmente en lo que toca a su *política de seguridad democrática* y cómo, con base en esta, se justificó la reelección presidencial inmediata. A partir de esta misma perspectiva se analizan, en dos apartados de este capítulo, diferentes argumentos a favor y en contra de la reelección, y algunas implicaciones de dicha cuestión en el tema del poder. Desde este análisis en clave política, se entrevé que el problema planteado implica una lectura que precisa considerar otros referentes, teniendo en cuenta que el acontecimiento político de la reelección se relaciona con la propia imagen del presidente Uribe y con lo que aquí se ha denominado como matriz sociocultural configurada históricamente.

Respecto a la imagen de Uribe y su forma de ser, como referentes para comprender dicho acontecimiento, este apartado se centra en la descripción del presidente Uribe como ser humano, en un análisis de las

relaciones entre su forma de ser y su manera de gobernar, y en cómo se configura una imagen de un presidente cercano al pueblo. Lo que se plantea aquí, es que la reelección presidencial no es un acontecimiento político estrictamente, pues no se habla de una reforma constitucional pensada en abstracto; se habla de la reelección presidencial con nombre propio: Álvaro Uribe Vélez. En otras palabras, lo que se sugiere es que si se habla de reelección presidencial es porque se pensaba en reelegir a Uribe, quien deviene en imagen de cercanía, de ser un presidente de carne y hueso, igual a cualquier otro ser humano.

La reelección presidencial, a la luz de la imagen de Uribe, remite a unos atributos tales como valores y sentimientos que guardan afinidad con lo que piensa y siente el pueblo colombiano, lo que plantea un cuestionamiento histórico, social, cultural e incluso psicológico sobre la aparición y el desarrollo de tales atributos como referentes a partir de los cuales se significan y cobran sentido acontecimientos que originalmente son considerados como políticos. En el segundo capítulo, entonces, se planteará dicha cuestión en términos de la relación histórica y sociocultural en Colombia de la religión –católica– y la política. Para ello, aparecerá aquí un concepto que abre las puertas al trasfondo imaginal –que se desarrolla en el tercer capítulo–; dicho concepto es: *la ciudadanía sacra*. Entonces, lo que se va perfilando en este capítulo, y como hipótesis derivada de los análisis en las perspectivas de los capítulos anteriores, es que el acontecimiento político de la reelección presidencial se relaciona específicamente con la imagen de Uribe Vélez y hunde sus raíces en la sociedad, la cultura y el psiquismo del pueblo colombiano.

En este orden, cada capítulo aportará una mirada sobre el problema que, además, irá abriendo las puertas para una comprensión que va más allá de lo político y que remite a lo pisco-sociocultural, específicamente entendido desde el concepto de *ciudadanía sacra*. En la base de dicha ciudadanía, se encontrará una especie de matriz sociocultural y psicológica que se origina y se configura a partir de unos *imaginarios sociales*. En este sentido, se propone, para comprender dicha matriz, hablar de un trasfondo imaginal de la realidad. La interpretación realizada desde una hermenéutica simbólica nos permite, en este capítulo, plantear como soportes imaginales de

la realidad, unos imaginarios sociales para comprender la reelección de Uribe Vélez como un acontecimiento de implicaciones culturales y psíquicas determinantes en la construcción del mundo social. En este tercer capítulo, denominado “Trasfondo imaginal”, se encontrarán los siguientes apartados: *El tiempo suspendido en el tiempo: el tiempo religioso y la ciudadanía sacra*, *La tierra del Padre es la montaña*, *La jerarquía divina: unidad espiritual y de virtudes*, y *Uribe: hijo del Padre –¿héroe? –, mediador y ¿hermano?*

LA REELECCIÓN COMO ACONTECIMIENTO POLÍTICO

Razones que motivaron la iniciativa de la reelección:
la seguridad democrática como fundamento de la
iniciativa de la reelección

Los colombianos llevaron a Álvaro Uribe Vélez a la Presidencia porque creían que era el hombre que podía cumplir con dos misiones: derrotar a las FARC y acabar con la politiquería (“Uribe, segundo tiempo”, 2006, § 1).

Según lo que se afirmaba en este artículo de la revista *Semana*, en 2002, el pueblo colombiano eligió a Álvaro Uribe Vélez como su presidente porque vio en él la determinación para luchar contra dos de los grandes problemas del país: las FARC y la politiquería. Respecto a las FARC y lo que el Presidente consideró como expresión del terrorismo, propuso su política de *seguridad democrática* con la que se buscaba, como veremos más adelante en algunos extractos de sus discursos, que las acciones de la fuerza pública se hicieran cada vez más efectivas y contundentes.

Además de la lucha contra los grupos armados ilegales y contra la politiquería, el Gobierno del presidente Uribe propuso una serie de políticas cuyo objetivo era el desarrollo social y humano del país. Tales políticas se fundamentaron en lo que Uribe llamó las *siete herramientas de equidad*:

Nosotros le hemos puesto mucha atención a lo que llamamos la reactivación social con las siete herramientas de equidad: la revolución educativa, la ampliación de la protección social, el impulso a la economía solidaria, cooperativas y otras formas asociativas; el manejo social de los servicios públicos, el manejo social del agro, y el país de propietarios (Uribe, 2005n, § 26).

Cabe destacar, a propósito de estas siete herramientas de la equidad, que, tal y como la expresa el mismo Uribe Vélez, su éxito dependía de la *política de seguridad democrática*.

Ustedes saben que el Gobierno ha venido acompañándolos a ustedes en todos estos poblados de la Patria con el tema Familias en Acción, ya 510 mil familias colombianas están recibiendo el pago de Familias en Acción. El pago lo recibe la señora de la casa. Y ese pago se les hace para garantizar la educación y la nutrición de los hijos.

Este año ya no serán 510 mil sino 650 mil. Tenemos 33 mil familias que son Guardabosques, ahora vamos a incorporar el tema de Familias Guardianes de Parques, hemos entregado en este Gobierno ocho millones de carnés de salud y con la ayuda de Dios en dos años el país podrá tener plena cobertura de Régimen Subsidiado de Salud.

El señor Ministro de Agricultura (Andrés Felipe Arias) ha venido avanzando para que todas las tierras que se le están quitado al narcotráfico pasen directamente a los campesinos de la Patria, a las víctimas del terrorismo y a los desmovilizados. Y todo eso se hace posible por labor heroica de ustedes (Uribe, 2006e, § 8).

En este fragmento de uno de los discursos del presidente Uribe dirigido a los soldados y, en general, a la fuerza pública⁴² del país, se resalta el agradecimiento y el reconocimiento que hace a estas por su determinante papel en la consecución de los logros en materia

42 La fuerza pública está conformada por las Fuerzas Armadas (o militares) y la Policía Nacional. Las Fuerzas Armadas son el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, encargados de la defensa y orden de la nación. La Policía es un cuerpo armado, pero de naturaleza civil, encargado del orden público interno.

de política social. Estos agradecimientos y reconocimientos son recurrentes a lo largo de sus discursos durante su primer mandato, no solo porque la tranquilidad y la seguridad generada por la presencia de la fuerza pública en el territorio nacional posibilitan el desarrollo de la política social, sino también porque contribuyen con el crecimiento económico del país: “Soldados de mi Patria, la economía tiene sus reglas, sus recetas para atraer inversión y generar empleo, pero lo fundamental en Colombia hoy es una receta para traer inversión y generar empleo: la seguridad democrática” (Uribe, 2005a, § 71).

Según lo anterior, el presidente y su Gobierno se basaron en el desarrollo de la *política de seguridad democrática* como eje de sus políticas, todas ellas apuntando a la reactivación de la confianza como logro máximo a partir de la cual se posibilita el bienestar y el crecimiento del país.

La recuperación de la confianza en el país, a mi juicio, depende de la *seguridad democrática*, de la transparencia, de que mantengamos un ritmo importante de recuperación económica y social de la Nación, si no, no construimos confianza (Uribe, 2005e, título: Elecciones en Cartagena § 2).

El desarrollo social y el desarrollo económico del país dependerán, pues, a la luz de los argumentos políticos de este Gobierno, de la *política de seguridad democrática*. De esta manera, las acciones de su Gobierno se correspondían con sus planteamientos políticos, expuestos por lo general en cada uno de sus discursos o intervenciones en público. La fundamentación de sus políticas reflejaba una lectura de la realidad colombiana en la que sus propuestas y acciones tomaban sentido. Así, se identifica claramente cómo en concepto de Uribe Vélez, el problema esencial de Colombia era *el terrorismo* y no, por ejemplo, la desigualdad social. En opinión del Presidente, el terrorismo, surgido como lucha armada, antes que fortalecer la democracia en nombre de causas ideológicas, ha ocasionado más pobreza y desigualdad.

Entonces, ¿Cuál es mi tesis allí? Mi tesis es la siguiente: quienes quieren legitimarse como actores de un conflicto armado, tuvieron en algún momento una orientación ideológica en procura de reivindicaciones sociales. El resultado de su acción violenta ha

sido lo peor, ha sido lo contrario, ha sido causa determinante de la profundización de la miseria y de la inequidad. Hablaron en nombre de la apertura democrática y han sido los verdugos de la democracia (Uribe, 2005j).

Es, pues, en esta lectura que hace de la realidad del país que se soporta la *política de seguridad democrática*, la cual tiene como finalidad última que Colombia recupere la paz, la tranquilidad, la confianza, para que renazca la esperanza y se alcance la felicidad.

“El objetivo de la política de seguridad democrática es garantizar el restablecimiento de la seguridad, que es un valor democrático para el goce de la felicidad de los colombianos” (Uribe, 2005a, § 66). Esta búsqueda se fundamenta también en su concepción de la democracia moderna: “Soñemos con una democracia moderna, con cinco parámetros para una democracia moderna: la seguridad democrática, las libertades públicas, la cohesión social, la transparencia y la independencia de instituciones que forman el *Estado de derecho*” (Uribe, 2005k, § 37).

Así, comprender el método para alcanzar la felicidad en términos de credibilidad en las instituciones del Estado, del renacimiento de la esperanza, de la recuperación de la confianza inversionista, y del nacimiento o fortalecimiento de la cooperación ciudadana con el Estado, implica analizar la fórmula que supone la *política de seguridad democrática*. El primer elemento de esta política es la *seguridad*, que según lo expuesto por el Presidente, implicaba el fortalecimiento de la fuerza pública para lograr con ella recuperar la legitimidad del Estado y, por esta vía, la confianza y la cooperación de la ciudadanía. La fuerza pública adquirió, por tanto, un papel protagónico en este Gobierno, pues el éxito de dicha política dependía en grado sumo de su eficacia. Este papel protagónico se nutrió de los rasgos que el presidente Uribe destacó en la fuerza pública en aras de resaltar la determinación de su Gobierno y de su *política de seguridad democrática*. Dentro de esta caracterización que hizo Uribe de la fuerza pública, se destaca una actitud agresiva combinada con el valor de la transparencia, atributos con los cuales quiso plasmar el sello de su política de seguridad; este es, confrontación armada pero con respeto a los derechos humanos y a la Constitución.

Más en esta hora de la Patria en la cual se desmovilizan tantos factores terroristas que estaban contribuyendo a la desinstitucionalización de la Nación, es cuando necesitamos aún más agresividad de la fuerza pública para que todos los colombianos sientan que esa expresión de la Constitución, que es su fuerza pública, con su agresividad que es sinónimo de eficacia, es suficiente, es lo único admisible para darnos a todos seguridad y tranquilidad (...) La transparencia se refleja en el respeto a los derechos humanos, la transparencia se refleja en la adhesión minuciosa en cada uno de nuestros actos a los mandatos y a las normas constitucionales (Uribe, 2005a, §16).

Si el problema central es el terrorismo, incluso como causa de otras problemáticas sociales y económicas, y no su consecuencia, se justifica una política de este tipo en la que la agresividad es necesaria y bien valorada como actitud de la fuerza pública para derrotar al enemigo público. En este sentido, se precisa de otro factor decisivo para la configuración del espíritu de este Gobierno en función del valor de la seguridad; este es, la *autoridad*. “Creo en la democracia, pero la democracia no funciona sino a partir del ejercicio de la autoridad” (Uribe, 2005j, título: La extradición no es obstáculo para procesos de paz, § 16). El Estado, al reunir las fuerzas y medios institucionales, se hace dueño legítimo, social y políticamente, del ejercicio de la fuerza pública; no obstante, no suponga ello que la autoridad se exalte como atributo determinante en su administración por parte del gobierno de turno. En otras palabras, aunque la autoridad es propia del Estado, no necesariamente ella tiene que resaltarse como la vía para alcanzar las metas propuestas en diferentes áreas; la cuestión es, de qué manera el gobierno de turno puede hacer de ella uno de sus principios fundamentales para alcanzar sus objetivos.

En este sentido, el Gobierno de Uribe Vélez se diferencia de Gobiernos anteriores, como el de Pastrana y Samper, porque precisamente optó por la vía militar como vía directa para derrotar al terrorismo, revalidando así el valor de la autoridad como principio orientador de la fuerza pública, expresada de manera agresiva, eficiente, pero transparente, por el propio Presidente, cada soldado, cada policía y cada ciudadano. De este modo, Uribe exalta el valor

de la autoridad del Gobierno (que se podría identificar en su lema de campaña de 2002 "Corazón grande, mano firme"), como condición necesaria para lograr la paz, ya que, como lo dijo él mismo: "Si el Gobierno se ablanda, terminamos sometidos, como vi a Colombia 40 años. En alguna forma la postura que tengo, es la reacción a la que vi que otros tenían" (Uribe, 2005j, pregunta 7).

Para que la firmeza de la autoridad y la agresividad se constituyan en sello distintivo de este Gobierno, el presidente Uribe es quien, a la luz de sus propias palabras, expresa el espíritu guerrerista a partir de la apropiación personal de la lucha contra el terrorismo:

Eso hay que acabarlo, toca acabarlo. Y si la responsabilidad no la asumo yo, como Presidente de la República, entonces quién la asume. Es como les he dicho a las autoridades de Cali y de Medellín: que tienen que acabar unas oficinas allá, que llaman *oficinas* donde son organizaciones de delincuencia haciendo justicia privada (Uribe, 2004c, § 4).

El Presidente, en esta perspectiva, no es solamente el mandatario; es el ser que está a la cabeza y en el corazón de este espíritu, de esta política; en otras palabras, el Presidente está implicado con su energía y vehemencia con que alienta a las tropas y estimula a la ciudadanía. Entonces, el espíritu guerrerista y la *política de seguridad democrática* son una sola cosa en la figura del Presidente, porque él está allí a través de su mano firme –autoridad y agresividad– y su corazón y su sentimiento de soldado, que late con el amor a la patria, que alimenta el liderazgo de la fuerza pública, y desde el cual se traerá de vuelta la felicidad.

Con el afecto que siento por las instituciones armadas de la Nación, con las circunstancias de tener debajo de este vestido de civil, un corazón de soldado y de policía, saludo hoy, en nombre de todos mis compatriotas, a los soldados de la Patria en el día del Ejército, a ustedes que integran el Ejército, no del Presidente de turno, a ustedes que integran el Ejército de la Constitución, el Ejército del pueblo, el Ejército de la tranquilidad, el Ejército de la felicidad de los colombianos, el Ejército de las ilusiones, muchas gracias por sus esfuerzos, por sus sacrificios, por sus actos heroicos de todas las horas (Uribe, 2005a, § 75).

El país, entonces, tenía la posibilidad de recuperar la confianza hacia las instituciones del Estado gracias a la fuerza pública y al liderazgo de un Presidente que ofrecía seguridad. Uribe buscó demostrar, de esta manera, que existía la voluntad política; esta es, la materialización del deseo del pueblo a través de la fuerza pública⁴³. Así, la lectura que realizaba el Presidente de la realidad proponía la articulación de la voluntad política de su Gobierno con las necesidades y los problemas del pueblo, alcanzando su manifestación y resolución a través de la fuerza pública. Uribe fundamentaba, de este modo, su Gobierno en el liderazgo, la autoridad y, por si fuera poco, en otro atributo que le daría sentido al otro elemento de la fórmula de su *política de seguridad democrática* y que habita en su corazón de soldado: la *generosidad*.

En el sentido de esta simbología del corazón de Uribe, que da vida a su *política de seguridad democrática* y, por tanto, a la fuerza pública, podrá decirse que dicho corazón tiene un lado agresivo y un lado generoso. Sin embargo, considerando las palabras de Uribe, siendo agresivo y siendo generoso, es el suyo, ante todo, un corazón de soldado. Esto sugiere que hay una predilección por la lucha a partir de la autoridad y la agresividad, comprendiendo que la razón de ser de un soldado o guerrero es el combate. La generosidad, por tanto, será secundaria; será una especie de derivación o extensión del lado que tiene mayor incidencia y actividad en el corazón de Uribe. En este orden de ideas, se puede comprender de qué manera la *política de seguridad democrática* llevaba de la agresividad a la generosidad como consecuencia de la búsqueda, el hostigamiento y las acciones de la fuerza pública contra los grupos terroristas.

Todo este despliegue generaba habitualmente dos desenlaces: dar de baja con la muerte a los terroristas u obligarlos a la desmovilización. De este modo, el Presidente evidenciaba su mano firme, pero generaba las condiciones para la expresión de su "corazón grande". En el segundo

43 La voluntad política es el mecanismo de transmisión del deseo del pueblo a través de sus gobernantes a las Fuerzas Armadas de la Nación. El gobernante es un medio que, al recibir el mandato popular, recibe también la orden de que en él se dé la voluntad política interpretando al pueblo y la transmita a las instituciones armadas de la Nación (Uribe, 2005a, § 11).

desenlace generado por la *política de seguridad democrática*, que se complementaba con los programas de desmovilización y reinserción, era cuando el Presidente y su Gobierno mostraban su otra cara, la de la generosidad: “–Presidente, es que teníamos dudas, nos habían dicho que si nos reinsertábamos, el Gobierno nos sacaba información y después nos mataba. ¿Muchachos cómo se han sentido? Muy bien tratados Presidente, con toda generosidad” (Uribe, 2005a, § 66).

El Gobierno, entonces, con base en estos logros, mostraba una gran capacidad para enfrentar el que, en su concepto, era el principal problema del país, mostrando además generosidad para facilitar y apoyar la reinserción de los colombianos y colombianas que abandonaban el camino de las armas y de la vida ilegal. Dicha generosidad, nacida de su “corazón de soldado” –que parece hacerse “grande” gracias a ella–, se relaciona con una cualidad de su ideal democrático: la fraternidad, que para efectos de la vida política y práctica del país, era asegurada por la ya mencionada *política de seguridad democrática*. Esta política, por consiguiente, no solo era contundente porque generaba victorias militares sino también porque, en aras de la vida democrática, proponía crear las condiciones para el ejercicio de la oposición en el escenario político del país, pues el Gobierno, en opinión del presidente Uribe, protegía e incluía a quienes no estaban de acuerdo con su modelo político.

Este es un aparte del diálogo sostenido entre el Presidente y el premio Nobel de la paz, Desmond Tutu en Bogotá, en febrero 12 de 2005:

Las últimas elecciones de Colombia, presididas por este Gobierno, en octubre de 2003, fueron unas elecciones ampliamente participativas cuyos resultados nos permitieron verificar que estamos haciendo el tránsito de las garantías democráticas retóricas, a las garantías democráticas efectivas. Antes, muchos candidatos de partidos alternativos, de partidos disidentes a los tradicionales, de partidos provenientes de antiguas guerrillas, eran asesinados. Nosotros pusimos –con toda voluntad y con todo amor por este país– la seguridad al servicio de todas las expresiones de la democracia (“Colombia: Uribe reitera condiciones para diálogos de paz”, 2005, § 17).

De esta manera, en un país donde, se supone, hay espacio para la diferencia en el marco de una democracia asegurada para su libre transcurrir, se buscaba posibilitar una democracia fraterna, pluralista, con discrepancias, pero sin odios; o como bien lo dijo el mismo Uribe al referirse a su ideal democrático en el marco del encuentro con el premio Nobel Desmond Tutu, anteriormente mencionado:

Un modelo político de democracia pluralista donde no haya exclusiones pero que tampoco esté signado por el odio. En eso estamos fundamentalmente de acuerdo con nuestro Obispo emérito: ni exclusión y por supuesto amor, que evita el odio (“Colombia: Uribe reitera condiciones para diálogos de paz”, 2005, § 11).

Todo esto habla de un Presidente y de un Gobierno que se mostraban con autoridad, agresividad, transparencia, generosidad, con sentido democrático, fraterno, que buscaban recuperar la credibilidad del Estado, la confianza (de los inversionistas nacionales y extranjeros) y, de esta manera, propiciar la aceptación y la cooperación de la sociedad civil. Un Gobierno y un Presidente que buscaban mostrarse como efectivos y contundentes, eran los llamados a despertar, entonces, el renacimiento de la esperanza, lo que sucedió, al parecer por los altos índices de popularidad del Presidente, en su segundo año de Gobierno:

La percepción de que el país renacía convirtió a Uribe en el Presidente más popular en mucho tiempo. Desde que se realizan encuestas nunca antes un mandatario colombiano había alcanzado niveles del 80 por ciento de favorabilidad al terminar su segundo año de gobierno (“Uribe, segundo tiempo”, 2004, § 4).

Según esto, el pueblo tenía una opinión favorable de su Presidente, constituyéndose esto en una razón para el mismo presidente, el Gobierno y la bancada uribista que permitía pensar en la reelección.

El deseo del pueblo por continuar por el camino del renacimiento de la esperanza, podría enmarcarse en el destino que tal deseo tenía para Uribe. El deseo del pueblo, según Uribe, deviene en voluntad política, que a su vez se constituye en la determinación para continuar

con una planificación democrática del rumbo del país en consonancia con lo que realmente el pueblo espera.

Nosotros, hemos interpretado el concepto de planeación democrática de nuestra Constitución, el concepto de Estado de Derecho, un Estado social a la luz de todo lo que a ellos subyace, un permanente estado de opinión (Uribe, 2005k, § 5).

Se puede concluir, de este modo, que si el pueblo desea que su Presidente continúe con su gestión eficiente a tal punto de extender sus años de Gobierno, transformado dicho deseo en voluntad política, implicará pensar que la planificación democrática del rumbo del país es la correcta; más aun cuando Uribe y el pueblo han logrado una relación directa, casi que sin intermediarios; una relación que pareciese resignificar –o reducir– la figura del Estado social de derecho a un *Estado de opinión*.

El corazón grande de Uribe y su *política de seguridad democrática*, pensada para alcanzar la paz derrotando al terrorismo por la vía armada, que corresponde a la expresión de la voluntad política como mandamiento del pueblo, sustentan el ideal de una sociedad basada en una democracia fraterna en la que reinsertados y opositores sean acogidos con generosidad. En este corazón grande se configura el Estado social de derecho como *Estado de opinión*, en el que existirían básicamente, el pueblo y su Presidente, un ser dotado de la capacidad de saber interpretar sus deseos y convertirlos en voluntad política.

¿Por qué tenemos ese compromiso de la derrota del terrorismo, de la mano del respeto de las libertades públicas, de la profundización de la democracia y del respeto de los derechos humanos? Porque es la única manera en un Estado de opinión de obtener la sostenibilidad democrática a la política. Porque solamente en la medida que esta política sea eficaz y transparente, y la transparencia está asociada con las libertades públicas, los derechos humanos y la profundización democrática, esta política gana la sostenibilidad de respaldo de opinión que se requiere para que esta política finalmente cumpla su cometido de derrotar el terrorismo (Uribe, 2005m, § 11).

El *Estado de opinión*, como relación directa entre el Presidente y el pueblo se basará, entonces, en lo que el pueblo expresa como deseo y lo que el Presidente interpreta y lleva a la acción a través de la voluntad política. El deseo, la interpretación y la voluntad serán las condiciones que legitimarán la *política de seguridad democrática* como fundamento de lo que Uribe entiende por *planeación democrática*. En este sentido, si el principal problema del país es el terrorismo, la solución vendrá por la vía de la *política de seguridad democrática* que, además, inspirada en el corazón grande –pero de soldado–, es decir, generoso, conducen a la confianza, la tranquilidad y, de esta manera, al desarrollo económico y social del país.

La seguridad, en un Estado de opinión como el nuestro, en un Estado donde se ha sufrido tanto por el accionar de los terroristas durante tantas décadas, tiene que ser un proyecto permanente, sostenido en el tiempo, no puede ser acción de un día, no puede ser acción de unos pocos años, de lo contrario, si es de corta duración, y se retrocede en el propósito de la seguridad, los terroristas recuperan toda la fortaleza para seguir martirizando a la Nación, para que la seguridad sea sostenible en el tiempo, en un Estado de opinión, requiere el apoyo del pueblo, si el pueblo la apoya, si advierte que esa seguridad es eficaz, si advierte que esa seguridad es transparente, si advierte que esa seguridad está creando condiciones para que disminuya el desempleo para que haya recursos para la política social (Uribe, 2005h, § 14).

No obstante, a la luz de lo que se entiende por planeación democrática, según el Presidente, este plan basado en la *política de seguridad democrática* implicaría transformar la perspectiva política y temporal, por una perspectiva que se rija por las condiciones o elementos que citamos anteriormente, en contraste con la regla democrática que habla de la circulación del poder entre los partidos políticos con sus respectivas propuestas y proyectos⁴⁴ éticos y políticos. En otras palabras, la democracia, entendida como sistema que relaciona políticamente a los gobernantes y a los ciudadanos, con

44 En concepto de Uribe de Hincapié (2001) el país ha adolecido de esta ausencia de proyectos ético-políticos de Estado-nación por parte de los partidos políticos tradicionales.

base en reglas éticas y políticas encarnadas por instituciones de este orden, es sustituida en el *Estado de opinión* por la conexión directa entre el pueblo y su gobernante, la cual presupone una participación inmediata del pueblo posibilitada por el propio Presidente.

En este sentido, el pueblo tiene la capacidad de opinar e intervenir gracias a la figura del Presidente a través de lo que él llama el *Estado comunitario*:

Por eso hemos propuesto el Estado Comunitario, vigente para el corto plazo, posibilidad de largo plazo. Un Estado en el cual la ciudadanía participe más en la toma de decisiones oficiales, intervenga más en la ejecución de decisiones oficiales, vigile más la marcha del Estado (Uribe, 2005k, § 6).

La relación que se configura, en este sentido, entre el Presidente y su pueblo es de cercanía, de estrechez, de identidad basada en una búsqueda en común y animada por un “corazón grande”; por sentimientos e ideales que comparten unos y otros, que circulan por el *Estado de opinión* y que brotan por el Presidente.

El soldado de la Patria, al campesino, al turista en el aeropuerto, al ciudadano que requisa en la carretera, tiene que transmitirle cariño, espontaneidad, alegría. Es fundamental para que en la ciudadanía se de esa confianza y esa legitimidad de las cuales, en el Estado de opinión, emanan las posibilidades para que el Presidente de la República pueda cumplir con el ejercicio de la voluntad política y con la asunción de responsabilidades políticas (Uribe, 2006a, § 52).

La planeación democrática, en función de la implementación de la *política de seguridad democrática* como *política de Estado*, presupone el *Estado de opinión* en el que el Presidente y el pueblo son una unidad interconectada por el deseo, la voluntad y la acción. De lo anterior se coligen dos asuntos: primero, que lo expresado por el Presidente en nombre del pueblo es una interpretación correcta, y, segundo, relacionada íntimamente con la anterior, que el país va por el camino correcto y que, por tanto, requiere de continuidad en sus políticas –léase *política de seguridad democrática*–. O, para decirlo con las palabras del presidente Uribe:

En una sociedad democrática, no se pueden imponer visiones de largo plazo, no lo permite la Constitución, no lo permite la Ley, no lo permite la dinámica democrática. La única manera es construirlas mediante la adhesión popular y el camino único de la adhesión popular es la participación de la ciudadanía en el debate (Uribe, 2006d, § 3).

Lo anterior significa que el deseo del pueblo pudo ser interpretado por Uribe como deseo de continuidad de su *política de seguridad democrática*; un deseo que visibilizó y se encarnó gracias a la configuración del *Estado de opinión* a través del *Estado comunitario*, transformación del *Estado social de derecho*, en virtud del cual el Presidente, su Gobierno y la bancada uribista, supuestamente en nombre del pueblo, propusieron y tramitaron la iniciativa de la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez. En el siguiente apartado, nos referiremos a algunos de los argumentos a favor, en contra y otros que podrían considerarse como neutrales a propósito de esta iniciativa.

Argumentos a favor y en contra de la reelección

La figura de Uribe, su Gobierno y su reelección generan diversas y opuestas posiciones que van desde un reconocimiento superlativo de sus bondades, hasta el rechazo más radical de él y lo que representa. Para comenzar este apartado, veamos algunas manifestaciones a favor de Uribe y su Gobierno:

El artículo 'Uribe, segundo tiempo' (Semana #1.161) me parece muy elocuente, bien documentado y neutral sobre los aspectos más importantes de los dos primeros años de gobierno. Lo importante de nuestro actual gobierno es que nos ha devuelto la tranquilidad en nuestros hogares y ha permitido que podamos nuevamente regresar a las carreteras de nuestra hermosa geografía nacional. En solo dos años de mandato se puede contar con los innumerables beneficios económicos y turísticos que esto ha generado. Que el Presidente ha tenido problemas, claro, todos los tenemos; pero lo importante para todos y como ejemplo es la forma como con trabajo y planeación nuestro Presidente ha sacado el país adelante, y eso nadie lo puede

negar. Solo hay que esperar que Dios le dé muchos años más de vida (Vanegas, 2004).

Según lo anterior, una de las percepciones que se tuvo durante los dos primeros años del Gobierno de Uribe Vélez, era la de ser un presidente diferente. Se le veía como un gobernante serio, trabajador y carismático que había sido capaz de devolver la tranquilidad a los hogares colombianos. En el transcurso de estos dos primeros años de Gobierno surgió la iniciativa de la reelección presidencial, propuesta en el Congreso por un grupo de senadores y apoyada por el Gobierno y por el mismo Presidente. Y aunque, antes de ser presidente, afirmaba estar en contra de la reelección, los hechos demostraron lo contrario. No obstante, este aparente cambio de parecer de Uribe Vélez fue visto por algunos como una manifestación de su amor a la patria; un amor capaz de sacrificar los principios personales en nombre de lo que se cree es el beneficio del pueblo.

Este aparente amor y su liderazgo lo llevaron a pensar en la felicidad de su pueblo, o, como dijo José Obdulio Gaviria en un debate organizado por la revista *Semana* del 17 de julio de 2004 a propósito del lanzamiento de su libro *Reelección: que el pueblo decida*.

El presidente Álvaro Uribe no busca protagonismo. En campaña, Álvaro Uribe dijo que la reelección no lo convencía, pero "la presión popular y la dirigencia de la sociedad civil hizo que el Presidente reflexionara". Además, un líder puede (y debe) cambiar de opinión "si ello conviene a la felicidad pública ("Mano a mano", 2004, título: José Obdulio Gaviria, ítem 8).

Con base en las palabras del señor José Obdulio Gaviria, podría afirmarse que el presidente Uribe Vélez es un gobernante tan entregado a su pueblo y con una capacidad de liderazgo tan amplia y flexible, que puede llegar a cambiar sus propias convicciones si ello implica la felicidad del pueblo. Es Uribe, visto de esta manera, un líder especial y necesario para el beneficio del pueblo. A ello se le suma el que fue presentado como uno de los argumentos a favor de la reelección: la certeza de que en Colombia ya no hay auténticos líderes políticos y que por ello hay que darle continuidad a quien sí evidencia una gran capacidad de liderazgo. En este sentido, agrega José Obdulio Gaviria en esa misma reseña:

Los periodos largos son convenientes para la vida política. La reelección es necesaria porque "solo con continuidad se dará respuesta a las amenazas que tienen en jaque la gobernabilidad democrática". Y ante la existencia de muy pocos líderes, lo mejor es alargar el periodo de los que existen (título: José Obdulio Gaviria, ítem 7).

Dicha continuidad es beneficiosa pues no trunca la gobernabilidad, de ahí que la reelección:

(...) Premia a los buenos gobernantes. No elegir al líder natural en el esplendor de su acción es impedir que haya un buen gobierno. Por eso, en las democracias avanzadas la reelección no se limita ni se prohíbe. En Colombia, Álvaro Uribe es un líder del cual no se debe salir (título: José Obdulio Gaviria, ítem 2).

De lo anterior se infiere, también como argumento a favor, la importancia de darle continuidad a las políticas que implican una visión a largo plazo para crear así políticas de Estado. En este sentido, señala el senador Juan Córdoba Suárez, en el periódico *El Tiempo*, en su publicación del 20 de abril de 2004:

La reelección permite una visión a largo plazo de las políticas públicas, de los proyectos, planes y programas, para crear verdaderas políticas de Estado; también permite a los ciudadanos ejercer un control político sobre los gobernantes, premiándolos si son buenos y sancionándolos si son malos ("Porque el sí a la reelección", 2004, § 1).

De este modo, la reelección, ampliando este argumento, "serviría de puente hacia un régimen constitucional que garantice la gobernabilidad y, por consiguiente, el cumplimiento de los programas de cada mandato presidencial en vez de truncarlos o ignorarlos como ha ocurrido siempre, salvo contadas excepciones" (Eastman, 2004, § 2).

En este sentido, el argumento a favor de la reelección presidencial se va centrando en la necesidad de garantizar las políticas de Estado y la gobernabilidad, independientemente de los personalismos del gobierno de turno. Es así como se expresa en el periódico *El Tiempo* en su publicación del 26 de marzo de 2004 en el artículo "Pregunta

de reelección es para el Congreso”, en el que se citan las palabras del propio presidente Uribe:

La continuidad es una necesidad, pero no hagamos de esto una pregunta personal (...) No se pueden resolver todos los problemas en cuatro años. Mi ambición es que el gobierno de 2006 tenga el mismo deseo de derrotar al terrorismo, fortalecer las instituciones democráticas y restablecer el imperio de la ley (Gómez, 2004).

Uribe, pues, y su eventual reelección, generan en aquellos que están de acuerdo la esperanza basada en la posibilidad de la continuidad; esto es, que las políticas, especialmente la de la *seguridad democrática*, perduren hasta que algún día se llegue a la paz definitiva.

La continuidad, como argumento, se basa a su vez en la construcción de una gobernabilidad democrática que Uribe refiere en sus discursos y que tiene que ver con su idea de *Estado de opinión*, en la que en su Gobierno parece ejercerse en coordinación con el pueblo. Esta coordinación, que se televisaba cada ocho días en los consejos comunales, permitía resaltar esas cualidades de líder único y necesario, que, como señalamos párrafos atrás, parte del pueblo le reconocía:

Ese esfuerzito de todos los fines de semanas en los Consejos Comunales de Gobierno, entre las muchas cosas que busca, busca legitimar esta democracia. Integrar al gobernante nacional con el gobernante local, a la comunidad con todos los niveles de Gobierno. Construir gobernabilidad democrática (Uribe, 2005j, título: De las garantías retóricas a las garantías efectivas, § 17).

De este modo la gobernabilidad, planteada por Uribe Vélez, reúne los siguientes elementos: la figura de un presidente cercano a su pueblo –que además ejercía un liderazgo basado en la autoridad y en la generosidad–, un pueblo visible y participativo en el escenario de los consejos comunales y en una perspectiva de democracia fraterna en la que hasta sus propios opositores tuvieran el espacio para el debate: un debate fraterno y sin odio.

Visto así, la gobernabilidad parece ser legítima y eficiente en cuanto que no solo depende del Presidente sino que incluye a los

diversos actores y sectores que le dan precisamente el significado de *democrática* a esta propuesta de gobernabilidad. Se crea, pues, la impresión de que hay gobernabilidad y que, dados estos elementos, se hace necesaria su continuidad para alcanzar el objetivo de este Gobierno: derrotar el terrorismo y alcanzar la paz y la unidad de la Patria.

Y este Gobierno, no solamente ha garantizado esas elecciones, sino que ha construido espacios de total gobernabilidad con los elegidos que pertenecen a la oposición. He procurado el mejor entendimiento con alcaldes, con gobernadores. Les he dicho, para construir unidad de Patria: 'a mí no me importa el origen político de su elección, trabajemos concertadamente, respetando los fueros de cada nivel de Gobierno, con transparencia, con capacidad de gestión' (Uribe, 2005b, título: Delito Político, § 5).

Sin embargo, para los contradictores de la reelección, uno de sus argumentos tiene que ver con lo que podría considerarse como cierta desviación de la gobernabilidad, ya que, en vez de desarrollarse esta como reflejo de la coordinación entre el pueblo y el gobernante para gobernar en conjunto, en el sentido de la inclusión política de diversos actores políticos y sociales, dicha gobernabilidad se puso al servicio de la reelección. Fue así como, en nombre de esta, el Presidente y su Gobierno ejercieron dicha coordinación con sectores y actores políticos y sociales afines con el proyecto político de Uribe Vélez, en función de la aprobación de la iniciativa de la reelección. De esta manera, la gobernabilidad pareció reducirse a la gestión del oficialismo para lograr la reelección presidencial, más allá de que Uribe, decía, buscara el fortalecimiento de la institucionalidad política del país representada por los partidos políticos, fueran estos afines al Gobierno o de oposición.

En el terreno de la política el presidente Uribe anunció el fortalecimiento de los partidos como parte de su plan para hacer una democracia más robusta. La reforma política, que les cerró opciones a las operaciones avispa, pasó con un buen empujón del Ejecutivo. Una interlocución moderna con los partidos de gobierno y de oposición implicaba una discusión de los grandes temas, y también un gobierno de coalición que tuviera una amplia representación. Así pareció conducir las cosas al principio,

cuando conservadores y noemicistas, entre otros, entraron al gabinete, asegurando una mayor gobernabilidad.

Pero el ánimo reeleccionista transformó el panorama. El gobierno se ha ido cerrando, quedándose cada vez más solo con los amigos. Es lo que suele suceder al final, cuando los gobiernos pierden aliados por el desgaste de estar en el poder. Pero a los dos años de mandato es arriesgado para la gobernabilidad cerrarse tanto ("Uribe, segundo tiempo", 2004, título: *Contra la politiquería*, § 2).

Para Uribe, entonces, la gobernabilidad se pone al servicio de sus intereses reeleccionistas y de aquellos que se benefician con dicha iniciativa, razón por la cual los detractores de la reelección la consideran inoportuna e inapropiada:

Esta reelección es más inoportuna que un ataque de hipo en luna de miel. Es un conejo constitucional; es incumplir la palabra antioqueña, como dijo un lector; es legislar en causa propia; es un desgaste, una jugada peligrosa que daña la gobernabilidad, porque todo lo que haga, así sean los huevos batidos de los desayunos de Palacio, van a estar preparados con aceite purísimo de interés personal y olerán a uso indebido de las cacerolas del Estado (Ochoa, 2004, § 2).

El tema de la reelección agitó la opinión pública y, de una u otra manera, puso a girar alrededor de ella al Gobierno, al Congreso, a los medios de comunicación y al pueblo. Por su parte, el Gobierno, como ya se señaló, concentró sus esfuerzos en la aprobación de dicha iniciativa, para lo cual buscó ganar adeptos en el Congreso a cambio, en gran medida, de prebendas y dádivas políticas.

Claro, con el Congreso el gobierno está pasando de hacer mecanismos concretos que pasan de compromisos afectivos a hacer compromisos burocráticos. "Es que a Uribe no le vamos a poder seguir votando al fiado", señaló un representante aludiendo a lo que sucedió la semana pasada. Como lo dije alguna vez, en el primer semestre del año la reelección pasó gratis, pero en este algunos congresistas la están cobrando a precio de oro. Es que cuando se empiezan a repartir cargos

a los políticos, no hay solución: se les abre la puerta y se vienen en alud ("Tenemos que defendernos del lobo feroz", 2004, pregunta 6).

De esta forma, aparecía en el escenario político, en el marco del propio Gobierno de Uribe, el otro mal que el Presidente había prometido combatir junto con las FARC: la politiquería. Se recuerda, por ejemplo, cómo el Presidente ideó y trató de desarrollar una serie de propuestas a través del referendo celebrado en octubre de 2003 encaminadas a combatir este problema.

El presidente Uribe promovió un referendo dirigido a combatir la corrupción y la politiquería. Entre otros temas, el Presidente buscaba eliminar las suplencias, prohibir los auxilios parlamentarios y desmontar las pensiones de los congresistas. Sin embargo, preocupado por asegurar la aprobación de la reelección, el presidente Uribe pareció olvidar sus compromisos de campaña. O tal vez, al igual que su opinión inicial sobre la reelección presidencial, su posición frente a estos temas también cambió (Congreso visible, 2004, § 2).

La iniciativa de la reelección presidencial, vista desde los ojos de sus opositores, podría ser considerada entonces como una supeditación de la gobernabilidad a tal reelección, que revelaba los verdaderos intereses y fines personalistas del presidente Uribe y del uso de medios politiqueros para la consecución de estos. Uribe, pues, se mostraba encarnando aquello que prometió erradicar: la politiquería.

Por ejemplo, hasta que comenzó este tortuoso episodio, el Presidente había logrado mantener la imagen de que no arrearía su bandera de lucha contra la politiquería. Sin embargo, esta práctica floreció de manera sorprendente. Basta recordar a los tristemente célebres Yidis y Teodolindo, pero también las partidas que se negociaron en el contexto de la aprobación de la adición presupuestal de 2005. En otras palabras, las relaciones entre el Ejecutivo y el Legislativo, que durante el primer año de gobierno lograron de alguna manera depurarse, volvieron a estar marcadas por el pago de favores a cambio de votos (Ungar, 2004, § 14).

Y es que, como bien salió a la luz pública, puede decirse que Uribe, a pesar de no reconocerlo abiertamente, estuvo involucrado en toda esta creación de estrategias que buscaban la aprobación de la iniciativa de su propia reelección como presidente de los colombianos. El presidente Uribe terminaba, entonces, brujuleando y actuando con intriga en el ámbito político; esto es, politiqueando: haciendo lo mismo que decía repudiar.

El vicepresidente del Senado confirmó que con Uribe "sí se habló" sobre el asunto (El Tiempo, abril 23, página 1-3). Los senadores Jesús Puello y Efraín Cepeda hicieron mención pública de la Vicepresidencia, y tanto habrá por ahí que el propio doctor Santos declaró: "Si para que se apruebe la reelección se necesita mi cargo, ahí está, ofrecido al Partido Conservador, o a quien sea (El Tiempo, abril 27, página 1-4). Vicepresidencia, organismos de control y ministerios para los conservadores a cambio de su voto para reelegir al presidente Uribe: son los "salchichones colgados a las puertas de Palacio", como los llamó Augusto Ramírez Ocampo, su ilustre copartidario (El Tiempo, abril 24, página 1-5). O, según el Real Diccionario de la Lengua, es "politiquear (v.) Brujulear en política, hacerla con intrigas, tratarla con ligereza". Es la forma de gobierno que Álvaro Uribe decía detestar, que según él causó los males del país, contra la cual votaron sus 5.829.958 electores el 26 de mayo hará dos años (Gómez, 2004).

Ante esta redición de las prácticas politiqueras con motivo de la reelección, la oposición llamó la atención sobre cómo, de llegar a ocurrir la de Uribe, esta podía llegar a darle continuidad a estas prácticas que representan lo que hay de viejo y podrido en la política colombiana (clientelismo, oportunismo, politiquería, corrupción).

¿Por qué se oponen los liberales a la reelección? Nos oponemos a la reelección inmediata, porque genera un alto riesgo de politiquería, rompe el principio de igualdad de oportunidades de acceso a los cargos públicos y detiene el surgimiento de nuevos líderes. La reelección, en el presidencialismo latinoamericano, ha conducido a represión, fraudes y corrupción (Sánchez, J. A. 2004, título: Turbay, mediador, § 13).

Visto de esta manera, el panorama que la reelección de Uribe plantea, según la oposición, es el de un país en el que se constituiría un criterio dinástico para el ejercicio del poder, en detrimento de las posibilidades para el relevo de la clase dirigente, implicando así que lo que hay de viejo y podrido en la política perdure. O, en palabras de uno de los lectores del periódico *El Tiempo*, lo que la reelección implicaría: "(...) Sería un retroceso para Colombia porque se daría a los politiqueros la opción de seguir ocupando cargos burocráticos" ("Por qué sí a la reelección", 2004, título: *Los boyacenses opinan*).

Este último argumento, implica una reflexión sobre las democracias que, como tales, no pueden moverse por personalismos sino a través de partidos, de políticas que permitan cohesionar las prioridades del Estado, asunto este que en Colombia, históricamente, ha estado pendiente. Al respecto, otros congresistas y políticos uribistas –pero no reeleccionistas–, argumentaron sobre la reelección que esta en sí misma no era ni buena ni mala; su problema radicaba en el cambio de las reglas de juego de la democracia en beneficio de una persona, lo que en últimas terminaba rompiendo el sentido pluralista de esta.

Ante la situación creada, debemos reiterar la posición ya varias veces aquí expresada: somos partidarios de que se reforme la Constitución para permitir la reelección presidencial, inclusive la inmediata, pero a partir del sucesor de Uribe. Que esta iniciativa sea promovida por un Presidente en ejercicio, que se va a beneficiar de ella, tiene inconvenientes de diversa índole y es potencialmente destabilizador (Hormaza, 2004).

Y en este mismo orden de ideas Antanas Mockus afirma lo siguiente:

Quando usted está en un cargo público que implica autoridad y recursos no puede hacer política. La gente ha seguido lo que la prensa llama los guiños pero se ha avanzado muchísimo frente al uso descarado de recursos del Estado para favorecer a un partido o a un grupo. ¿Qué pasa? Después de construir para un lado empezamos de pronto, por conveniencia de un presidente,

a construir para el contrario. ¿Qué pasará cuando se le diga no señor Presidente sino señor candidato? Porque en un debate ideal democrático no puede usar esa ventaja de modo que yo al presidente lo dejo afuera y en un debate entro candidato contra candidato (Vidal, 2004, pregunta: ¿Qué opina de la reelección?).

Este era el panorama que ofrecía el tema de la reelección presidencial, con unos argumentos a favor y otros en contra, centrados principalmente en el asunto de la gobernabilidad. Para aquellos defensores de Uribe y su reelección, esta era necesaria para darle continuidad y para fortalecer la gobernabilidad en el marco de un *Estado de opinión* asegurada por la *política de seguridad democrática*. Para lo contradictores, la iniciativa de la reelección era antidemocrática, fundamentalmente porque cerraba y reducía la gobernabilidad a los partidos y sectores políticos afines al presidente Uribe, en función de la aprobación de la reelección a cambio de dadivas y prebendas, es decir, a través de la politiquería. Una tercera posición frente a este tema, señalaba que, como tal, la reelección no era ni buena ni mala, lo reprochable era el aprovechamiento que de su condición hacía el presidente Uribe, en contravía de lo establecido por la Constitución del 91, para alcanzar sus intereses y fines personales.

Colombia con Uribe, Colombia sin Uribe

De las posturas a favor, en contra o intermedias, frente a la iniciativa de la reelección presidencial, podría identificarse una cuestión en común a partir de la cual fundamentan sus razones desde un par de condimentos esenciales que diferencian esta iniciativa de cualquier otra propuesta política. Cuando se habla de la reelección presidencial, no se habla de un acontecimiento político en abstracto o pensado para suceder dentro de cuatro u ocho años después del primer Gobierno de Uribe Vélez. Es decir, los dos condimentos que conforman esta cuestión son: primero, la reelección presidencial es la de un hombre llamado Álvaro Uribe Vélez, y, segundo, es una reelección inmediata. Que la reelección sea inmediata y que sea de Uribe Vélez, no es una cuestión menor; es, por el contrario, un elemento esencial en cuanto que conlleva a hablar de un tema en apariencia estrictamente político desde otras perspectivas.

Una de estas perspectivas, para tratar de ahondar en dicho acontecimiento, es precisamente aquella que permite identificar los ingredientes que, a partir de la figura de Álvaro Uribe Vélez, le han dado fuerza y sentido a la propuesta reeleccionista. Esta perspectiva implica a Álvaro Uribe Vélez a partir de algunas de las características de esa forma de ser que se refleja en una imagen configurada mediáticamente, gracias a lo que puede apreciarse de él en sus intervenciones en público. Esta imagen, que trataremos de evidenciar en este apartado, alimenta el argumento a favor que se refiere, en opinión de José Obdulio Gaviria, a la necesidad de la continuidad de un presidente que ha mostrado su especial liderazgo en un país en el que ya no se encuentran más líderes; un liderazgo basado en esa imagen que es aceptada popularmente y que lo diferencia de otros y lo hace único.

A pesar del artículo 'Uribe, segundo tiempo' (*Semana* #1.161), mi apoyo para el presidente Álvaro Uribe Vélez no cambia, seguiré apoyándolo hasta el final. Tengo mucha confianza de que él con su inteligencia y sabiduría sabrá capotear los intereses mediáticos para desacreditarlo, pues es la prensa o algunos columnistas quienes buscan desprestigiarlo por su estilo de gobierno y principalmente por el tema de la reelección. Pero popularmente la imagen que tiene el Presidente es inmensa, pues ha sido el único gobernante que nos ha enseñado con su ejemplo, coraje, carácter, esfuerzo, etc., lo que nunca había visto en otro presidente (Martínez, 2004).

La descripción de este colombiano de la percepción que tiene del presidente Uribe, permite identificar precisamente algunas de las características que componen su imagen, que no se habían encontrado en presidentes anteriores, lo que supone que Uribe es único y que otros como él no han habido ni los hay; es decir, no hubo ni hay alguien que pueda gobernar tan bien como él lo ha hecho. La pregunta aquí es: ¿qué hace a Uribe tan diferente, tan único?, ¿cuál es esa imagen que los colombianos y colombianas tienen que les causa tanta gracia? Digamos, por lo pronto, que la imagen de Uribe Vélez es la de un ser que es cercano, con lo que ello puede implicar respecto a una figura pública a la que no todo el pueblo tiene acceso ni con la cual tiene contacto

personal. La imagen que se tiene de Uribe es, pues, la de un ser cercano, una imagen que se configurará a partir de dos componentes: uno que llamaremos *histórico* y otro que denominaremos *familiar*.

El primer componente parte de las alusiones que el Presidente hace como factor motivacional de su propuesta de gobierno, a partir de la historia de violencia que ha sufrido gran parte del pueblo colombiano, incluyéndolo a él y a su familia.

Mi generación no ha vivido un día de paz, no ha vivido dos minutos de tranquilidad. La lucha ahora es para que los niños y aquellos que habrán de venir, puedan vivir felices en Colombia. Ese es el más bello de los compromisos, la más noble de las motivaciones de ustedes. Que con su accionar se garantice la felicidad de los colombianos que apenas están llegando al uso de razón y de las generaciones que habrán de venir (Uribe, 2004f, § 59).

En este fragmento parecen revelarse ciertas motivaciones del presidente Uribe que tienen que ver con consideraciones personales sobre la historia de una generación que lo incluye a él y que se refieren a momentos significativos de su vida. Esto supone que en la figura de Uribe como presidente hay un ser humano, por lo que su condición de presidente no puede desligarse de las experiencias y los significados derivados de su historia de vida. Su historia personal tiene que ver con su afirmación sobre las dificultades que tuvo su generación, la cual, como él lo afirma, no ha conocido un día de paz y esto, por tanto, lo motiva a buscarla:

¿Qué es lo que yo quiero? Alguno de ustedes que hablaba de los niños. Miren, yo tengo 52 años, pertenezco a ese 50 por ciento de las familias colombianas que han sufrido en carne propia esta violencia. Mi generación no ha vivido un momento de paz. Yo no conozco la paz en mi niñez ni en mi adolescencia ni en mi juventud ni ahora en mi madurez. ¡Ni un día de paz, de tranquilidad! Yo no quiero para las nuevas generaciones de colombianos eso. Yo quiero para las nuevas generaciones de colombianos, que puedan vivir en paz, disfrutar este país, vivir en una sociedad democrática, en una sociedad en permanente debate, pero debate creativo y fraterno (Uribe, 2005g, § 101).

De esta manera se muestra como un hombre que se expone con sus propios sentimientos, con su propia tragedia, la cual se constituye en fuente de motivación para buscar la paz del país. Uribe es, entonces, uno de los muchos colombianos que han sufrido en carne propia las heridas de la violencia, lo que implicaría una especie de identificación con el pueblo a partir de estas. Además de generar identidad como uno más, el pueblo que se identifica con esta tragedia encuentra en él, como gobernante, a un líder que fundamenta su *política de seguridad democrática* en su deseo de derrotar el terrorismo. De este modo, las sensaciones, las percepciones, las emociones, los sentimientos, en cuanto factores de identificación del pueblo con su Presidente, se constituyen en fuentes de las que se nutre la popularidad de este.

Estos factores de orden psicológico, entonces, tienen que ver con la satisfacción de anhelos de necesidades o de aquello que la gente quiere recibir de un presidente que refleja cercanía y protección. El poder político de Uribe radicará así en esta sintonía que a través de su imagen logrará con aquella parte del pueblo que, antes que basarse en una racionalidad que valora la coherencia política y ética de sus gobernantes, se fijará en lo que las personas de estos representan. De allí pues que, de cara a la reelección inmediata de Uribe Vélez, sus opciones de triunfo en aquel entonces fueran consideradas muy altas:

Uribe es inderrotable por una muy sencilla razón: está en sintonía con el grueso del país. Uribe dice lo que el grueso del país quiere oír. Uribe promete lo que el grueso del país quiere creer que él va a lograr. Uribe representa el papel que el grueso de los colombianos quiere que represente (Arias, 2006, § 1).

Esta sintonía dependerá de una historia compartida con el pueblo, desde la cual la imagen de Uribe se presentará como la de un ser cercano, lo que tendrá como consecuencia el despertar de sentimientos de afinidad y de confianza. Dicha imagen se enriquece, a su vez, con su forma de ser y de interactuar con la gente del común, como se puede apreciar en la forma de dirigirse al pueblo a través de sus discursos, lo que constituye el segundo componente: el de la familiaridad, que se refiere a aquellas características o atributos que se expresan en su manera de actuar, hablar e interactuar con la gente y que reflejan cierto grado de cercanía. Con base en ambos

componentes se constituye entre la gente y el Presidente un referente de identidad de carácter afectivo y emocional, basado en un pasado compartido (la violencia) y en unos atributos comunes como el uso de palabras y de expresiones tradicionales que remiten al sentido común, a la vida cotidiana, a la familia. A continuación nos remitiremos a algunos fragmentos de un discurso del Presidente en el que podrán identificarse atributos o características de la forma de ser de Uribe, que reflejan este componente de la familiaridad.

Compatriotas:

Nos reunimos hoy en Cartagena para mirar cómo va el sector turístico, un sector en el cual la Patria tiene inmensas posibilidades, un país tan bello, tan diverso, tan bien ubicado, con un privilegio en su localización geográfica, sobre todo con una ciudadanía cálida, el pueblo colombiano que tiene esa espontaneidad a pesar de lo que ha sufrido.

Cuando uno analiza al pueblo colombiano se pregunta: 'bueno, pero, nuestros compatriotas, cómo han sufrido, deberían estar resentidos, amargados', sin embargo todos los días son más espontáneos, más amables, más cálidos.

Un conjunto de condiciones humanas, de la naturaleza, que hacen de Colombia un país privilegiado para el turismo (Uribe, 2005e, § 2).

Se puede apreciar, con en este discurso, cómo el presidente Uribe comienza por un reconocimiento del lugar y de las personas ante las cuales se encuentra pronunciando sus palabras. Resalta la belleza de los paisajes y de las tierras colombianas diciendo que es un país bello, complementado con la alegría y la espontaneidad de las personas a pesar de tanta amargura y sufrimiento. Esta introducción, desde la belleza del país y de su pueblo a pesar del sufrimiento, en el orden de su discurso lo lleva a tocar otro asunto que conecta con lo emocional; o sea, antes de desarrollar los temas que va a tratar, toca lo paisajista, lo virtuoso y lo emocional; mientras tanto le habla al pueblo con espontaneidad y afecto, como se le puede hablar a una persona muy cercana y querida.

Alguna vez llegué con el señor Almirante Barrera (Guillermo Hurtado, jefe de Operaciones Navales) a San Jacinto –cuando ya llevábamos algunos meses de la política de seguridad democrática– y los compatriotas de San Jacinto, un pueblo con tantas falencias, me saludaron con una enorme queridura y me dijeron que gracias, que les habíamos recuperado el almacén. Y les dije: ‘¿qué es eso, no les entiendo?’. Me dijeron: ‘sí, como nosotros vendíamos artesanías aquí en la carretera y nadie había vuelto a pasar, con la recuperación del tráfico hemos recuperado el almacén’ (Uribe, 2005e, § 6).

En este otro fragmento del mismo discurso, se hace explícita otra de las características de su forma de ser que reafirma su imagen de ser cercano y generoso: hablar de tú a tú con la gente con cierto grado de afecto o “queridura” de por medio. Pero, además de parecer cercano porque comparte una misma historia y por hablar e interactuar con la gente con cierto afecto e interés por sus asuntos particulares, su forma de ser evidencia esos otros elementos que también forman parte de su *política de seguridad democrática*. Es decir, la imagen de Uribe es también la de un ser humano con autoridad y transparencia, que fiel a su herencia antioqueña, podrían definirse como atributos propios de un ser frentero, franco, cuidadoso y que inspira confianza, cualidades que, tal y como afirma él, lo aprendió de los viejos.

Ayer di, solamente una declaración, después de hablar mucho rato con don Carlos Slim, el de México. Ese preacuerdo... los viejos le decían a uno –y lo repetían mucho en mi tierra y creo que en las Sabanas de Bolívar también–: el negocio más que por el negocio, es bueno o malo dependiendo de con quién se hace, hay que ponerle todo el cuidado a la persona con quien se hace ese negocio. Don Carlos Slim es un hombre muy buena persona, creo que sería un muy buen socio para los colombianos.

Estos procesos hay que hablarlos de cara al pueblo, mostrarle al pueblo estos procesos en sus detalles y hablar entre nosotros, los colombianos, tranquilamente. Me parece que esas alianzas estratégicas para salvar los patrimonios públicos, es muy importante hacerlas con gente buena, con gente líder en las comunicaciones, con el capital, con el conocimiento, con el

recurso administrativo, con el mercado, pero buena gente. Con mala gente, uno termina en pleitos, termina en demandas, termina en líos, termina –en el país– espantado. Con buena gente, salimos adelante (Uribe, 2005e, § 25).

Además de los atributos propios de un ser afable, su cercanía se complementa con el rasgo de la agresividad que, enmarcada en su autoridad, le agregan a su imagen elementos necesario para soportar su promesa de la paz para las nuevas generaciones a través de la *política de seguridad democrática*. Para vencer en el combate se requiere determinación, la que a su vez precisa actitud y capacidad de confrontación, atributos que tradicionalmente son aprendidos de los padres o abuelos en culturas patriarcales como, por ejemplo, la antioqueña. Es, en este sentido, que se afirma que la agresividad, la autoridad y una actitud confrontadora se constituyen en rasgos que complementan la imagen de un ser cercano y amistoso que, a pesar de ello, no es débil y que, por el contrario, evidencia capacidad de liderazgo.

Pero al mismo tiempo, ese don de mando no se puede debilitar por el espacio que hay que darle a las relaciones humanas. Las relaciones humanas no pueden convertir el don de mando en una actitud pusilánime, débil. Las relaciones humanas tienen que ser un camino para que el don de mando permee bien a todos, hasta el más nuevo de los integrantes de la institución (Uribe, 2004g, § 20).

Esta imagen de Uribe, entonces, es la de un ser cercano, conocido, afable, de confianza y que confía, agresivo, con autoridad y liderazgo que interactúa con la gente *de tú a tú*, para mostrar su cara amable, su capacidad de confrontación, su franqueza; herencias de su cuna paisa y montañera, y que enriquecen aún más esa percepción de familiaridad que de él tienen muchos colombianos.

Un poco a la vera de Dios. Fue, también, un reflejo de la personalidad frentera de Uribe, que busca escenarios de confrontación. Antes de viajar le dijo a un grupo, en el que yo me encontraba, que estaba dispuesto a que en Europa lo cuestionaran y le dijeran de todo: autoritario, fascista, paramilitar, pero que "lo

único que no podrán decirme es marica o ladrón". Anécdota que traduce esa autenticidad un tanto visceral de Uribe, un hombre que también sabe cultivar un estilo franco y campechano –"montañero", dicen algunos– que aplica en los consejos comunitarios con mal disimulado populismo (Giraldo, 2004).

Es, pues, a través de un pasado signado por el sufrimiento y de una familiaridad expresada en la forma de hablar y de interactuar, que la imagen del Presidente se configura como imagen de cercanía. La identidad inspirada en esta imagen dependerá específicamente, entonces, de ese efecto de la cercanía, que podrá ser atribuido a la afectividad y a la emocionalidad implícitas en el sufrimiento y en la familiaridad, componentes que despiertan afinidad, simpatía y en lo que podría considerarse una especie de autorreconocimiento a través del otro. Podría plantearse, por tanto, que Uribe es cercano porque ha sufrido como otros (esa parte del pueblo colombiano que ha sufrido con la violencia) y porque habla y actúa como la gente del común.

Con base en lo expuesto en este apartado, a propósito del análisis del acontecimiento político de la reelección desde la perspectiva de la imagen de Uribe Vélez, se reconoce la importancia de estos componentes desde los cuales se configura la imagen de Uribe y, a partir de esta, un sentimiento de identidad. Esta implicación de la imagen de Uribe se constituye, a su vez, en un factor decisivo en el argumento a favor de la reelección que se centra en la importancia del liderazgo de Uribe para garantizar la gobernabilidad del país. Y así, aunque se afirme que la reelección no tiene nombre propio, como lo hace el ya mencionado José Obdulio Gaviria, el argumento sobre el liderazgo necesario de Uribe, según el mismo Gaviria, presupone que, sí Uribe es ese líder y sí se habla de reelección, por consiguiente, de la reelección de la cual se está hablando es de la del propio Uribe. Se presenta a continuación el argumento de José Obdulio Gaviria:

En la batalla intelectual por la reelección se enfrentaron dos caballeros. El ex alcalde Jaime Castro dio el primer sablazo con el libro *Juicio a la reelección*, en el que crítica el proyecto de reforma constitucional que permitiría que Álvaro Uribe fuera candidato en 2006. Poco después, el escudero presidencial José Obdulio Gaviria respondió con el libro *Reelección, que el pueblo*

decida, en el que apoya el proyecto de reforma constitucional que cursa en el Congreso. El enfrentamiento entre Castro y Gaviria le da al debate un nivel académico y, a la vez, sirve de sustento para elevar la calidad de las discusiones que tendrán lugar en la legislatura que comienza. SEMANA presenta los 10 argumentos principales de cada uno de los textos. José Obdulio Gaviria

'Reelección, que el pueblo decida', Grupo Planeta

1. La reelección no tiene nombre propio. "El presidente Uribe no busca beneficiarse con el poder" y por sí solo, el proyecto de reelección no lo elige. "Hay tres hechos distintos: 1. Que el Congreso derogue la norma que prohíbe la inscripción del presidente Uribe como candidato ("Mano a mano", 2004, § 1-5).

No obstante, los argumentos de José Obdulio Gaviria, desarrollados en su libro, no alcanzan a ser suficientes para no imaginar la reelección inmediata desligada de la figura de Uribe Vélez, así como lo afirma María Isabel Rueda en su artículo "José Obdulio" a propósito del libro de este:

El de José Obdulio, me parece, con todo respeto, es ingenuo. Asegura que permitir o no la reelección es un "asunto mecánico, relativamente adjetivo y anodino dentro de la estructura de las constituciones"(¡!). Pretende que creamos que el proyecto no reelige al Presidente, sino que apenas "le permite ser candidato en 2006". Que solo ganan los presidentes buenos, y pierden los malos. Pero a la vez que sostiene que este proyecto no se escribió para Uribe, asegura que la prohibición de la reelección neutraliza el liderazgo (léase Uribe) en la vida cotidiana de un pueblo. Y más adelante se contradice aún más cuando dice que el nombre (de Uribe) "indefectiblemente está unido a la decisión final que tome el Congreso –o el pueblo en referendo– en la materia". Justifica la reelección diciendo que a cada líder de la Nación (léase Uribe) habría que sacarle todo el provecho posible y se pregunta: "¿Cuántos líderes políticos integrales nacen por cada generación?" –léase Uribe–. (Rueda, 2004, § 10).

Según lo anterior, pensar en la reelección significa pensar en la reelección de Uribe Vélez, un ser cercano según la imagen que perciben muchos colombianos. Si la reelección es necesaria según los defensores de esta, es porque representa la continuidad de un proyecto de gobernabilidad que necesita más de cuatro años para consolidarse, por lo que puede entenderse que ello equivale a pensar que Colombia necesita de Uribe, que sus posibilidades de alcanzar la paz, el crecimiento de la economía, la superación de la pobreza y el desarrollo social dependen de este líder. Por tanto, Colombia con Uribe será un país donde viva la esperanza; el país de un presidente y un pueblo que gobiernan juntos porque son cercanos y porque gracias a dicha cercanía⁴⁵ él sabe interpretar bien las necesidades de aquel y las sabe resolver con su voluntad política y la de su Gobierno.

Pero, por otro lado, podrá decirse ante la aparente indispensabilidad de Uribe sugerida por los uribistas, que otras voces que conciben la democracia basada en propuestas ético-políticas de diversos sectores y partidos políticos, señalan los peligros de los personalismos, ya que precisamente estos pueden basarse en elementos de la personalidad de los gobernantes antes que en ideas y proyectos que posibiliten el desarrollo de una sociedad. En otras palabras, el destino de una nación no depende de la providencia de un hombre sino de las propuestas y los acuerdos de distintos actores políticos que encarnan la pluralidad propia de sociedades democráticas basadas en derechos y libertades. De allí que pueda surgir la pregunta que precisamente hace uno de los participantes del chat sobre la reelección presidencial realizada por la revista *Semana* el 5 de diciembre de 2004, y que es contestada por el investigador político Juan Felipe Cardona Cárdenas:

ESTUDIANTE UIS: Para el señor Cardona y el señor Petro: ¿Por qué no reelegir a alguien que le devolvió la esperanza al país?

FELIPE CARDONA: Estudiante: por qué la esperanza y el carisma no son suficientes para legitimar un régimen democrático (Estudiante UIS, 2004, comentario 63).

45 En el último capítulo se hará referencia a los imaginarios sociales implícitos en la imagen de Uribe como ser cercano y en la identidad que se deriva de dicha imagen.

En un régimen democrático se espera que el poder de las ramas ejecutiva, legislativa y judicial no se concentre en una sola persona, como sucedía en el monarquismo; al contrario, el ideal dicta que el poder debe estar repartido de modo tal que exista un equilibrio. De igual manera, se espera que haya rotación en el poder de parte de los partidos y grupos políticos que representan diferentes propuestas políticas y éticas para orientar los rumbos de una nación. Es esta lógica la que anima la democracia moderna que surgió para contrarrestar las implicaciones que acarrea la concentración del poder político en una sola persona o incluso en un solo partido. Suponer, entonces, que Colombia solo puede salir adelante bajo el mandato del presidente Uribe, implica la imagen de un gobierno y de un gobernante que desestiman las instituciones y mecanismos del Estado en un orden republicano y democrático que está pensado para garantizar la pluralidad y, por tanto, la participación de todos los ciudadanos que se hacen iguales en cuanto deliberantes, participativos, y poseedores de derechos y libertades.

Así, la posible reelección con nombre propio conlleva a que, como incluso algunos uribistas lo advirtieron, el Presidente se dedicara a garantizar su continuidad en el poder a pesar de que la responsabilidad de su Gobierno era la de dirigir los rumbos del país. Tal fue la situación que se presentó desencantando a algunos uribistas:

Pues bien, admito que yo soy uribista del modelo 2002: del Uribe que advierte los peligros que puede ofrecer para una democracia débil como la nuestra la figura de la reelección inmediata, que – como bien él mismo lo dijo– se puede prestar para que el Gobierno desde el poder intente buscarla a toda costa. Ese solo argumento, contundente y lógico, debería ser suficiente para evitar esa tentación y seguir adelante con su gobierno en cumplimiento del mandato que le dio el pueblo (Duzán, 2004, § 3).

De este modo, la iniciativa de la reelección no solo afecta de manera directa y negativa a la democracia por cambiar sus reglas de juego a costa de la institucionalidad política del país, sino también por desviar los propósitos de la gobernabilidad y, por tanto, del Presidente. De allí, pues, este desencanto manifestado por algunas voces frente al presidente Uribe, quien, en opinión de una parte del pueblo y de

analistas políticos, había logrado en su primer año de mandato y en parte del segundo recuperar la confianza en el Estado, afectándose así más allá de su capacidad de gestión ese gran logro que había sido tal recuperación y crecimiento de dicha confianza.

Más que alterar la propia agenda de su gobierno o de poner en entredicho su capacidad de maniobra, el mayor peligro que se le genera al presidente Uribe es el de debilitar la confianza que tiene entre la ciudadanía. Todo un fenómeno histórico, producto de su demostrada vocación de trabajo y su liderazgo libre de vicios politiqueros. Pero la reelección puede ser un golpe en el punto de mayor sensibilidad de la opinión pública ("Reelección Sobre La Mesa", 2004, § 8).

Por otra parte, si entre las razones que tuvo el electorado que eligió a Uribe Vélez se encontraba su promesa frente a la politiquería, lo cual lo hizo ver como una alternativa ante los partidos tradicionales, sucumbir ante esta práctica, con el fin de obtener la aprobación de su reelección, desvirtúa su carácter de alternativa política y, por tanto, proponer su reelección habiendo incurrido en lo que prometió combatir, lo hacen ver como un representante de lo que hay de "viejo y podrido" en la política colombiana. Lo anterior se constituye en una razón para considerar la importancia de permitir el relevo del poder, pues su gestión puede llevarlo entonces a cometer errores que podrán generar más descontento y cansancio en el electorado.

(...) Creo que no es buena ni para el país ni para el propio Uribe. Si repitiera, al segundo año del segundo periodo, ese talante intolerante y personalista terminaría cansando al electorado, provocando errores en las decisiones y querrían sacarlo. Un hombre no puede tener la verdad absoluta en todos los campos por muy preparado que esté (Hernández-Mora, 2004, El Tiempo, § 7).

Además de las anteriores, existirán otras razones por las cuales se puede afirmar que un país no depende de un solo hombre para progresar. Podría agregarse que, así como la búsqueda de la reelección implica dejar a un lado los asuntos y tareas importantes para el país, la visión centrada en las políticas insignes del Gobierno, puede acarrear también que se desconozcan, por un lado, aspectos por mejorar de tales

políticas, y, por otro, la lectura de la realidad en la cual se reconozcan otras necesidades que quizás no han sido tan consideradas en las políticas actuales.

Como ya se ha señalado, una de esas *políticas fundamentales del Gobierno Uribe es la política de seguridad democrática*, que ha generado una percepción de seguridad en muchas zonas del país, pero que no parece ser suficiente para resolver otros problemas.

El candidato Uribe subestimó nuestra malicia indígena, no creyó que pudiéramos entender que él es el Gobierno. Pensó que al darnos una seguridad aparente sería suficiente para tenernos doblegados a sus caprichos, pero se olvidó de la inversión social, la generación de empleo y que rechazamos la sumisión ante el Fondo Monetario Internacional, al cual le hemos cumplido sin titubear todas las imposiciones durante este periodo en los temas económicos, pago de la deuda, pensiones y como puntillazo final la solicitud de firmar apresuradamente el Tratado de Libre Comercio, que de hacerlo como va, será totalmente nefasto para los intereses del país (Sánchez, 2004b, § 5).

Así pues, además de los riesgos que para el sistema democrático representa la reelección inmediata, se reconocen estas otras razones, que, a pesar de los logros adjudicados a la *política de seguridad democrática*, no son suficientes para justificar la reelección, menos aun cuando Uribe y su Gobierno carecían de una propuesta política social que resultara más clara para otros sectores de la población más críticos de su gestión:

Pero también es evidente que la tercera parte de la opinión de las cuatro grandes ciudades es abiertamente opositora de Uribe y valora más la democracia y la libertad. Entre estos, a la pregunta de qué les impediría votar por Uribe si las elecciones fueran hoy, el 24 por ciento dice que no tiene política social, el 19 por ciento considera que su política de seguridad terminará exacerbando la violencia y el 17 por ciento cree que no es sano que el Presidente cambie las reglas de juego para favorecerse (“¿Imparable?” *Semana*, 2004, título: Todos a la derecha, § 10).

El país, entonces, podría subsistir sin Uribe y salir adelante, pues no solo de *seguridad democrática* vive el pueblo, lo que equivale a decir que Uribe se ha hecho buen gobernante en la medida en que hay una guerra o una lucha contra el terrorismo que justifica, como generalización de la gestión de su Gobierno, la implementación de su *política de seguridad democrática*. En este sentido, imaginar un país sin esta problemática supondría imaginar a un gobierno sin Uribe, por tanto, un país que no requeriría de su reelección: “No sea que le suceda lo de Churchill, quien perdió las elecciones luego de ganar la guerra porque ya la preocupación de los electores no era la seguridad sino el pan de cada día” (Silva, 2004, § 10).

En este orden de ideas, pensar en un país en el que políticamente exista un régimen democrático supone que este no depende de figuras providenciales a la manera de un monarca que por su condición divina justifique su presencialidad tendiente a la eternización. Un país enmarcado en el ideal moderno de la democracia como sistema, necesita de la pluralidad de los actores políticos, incluyendo tanto a los partidos políticos como a los ciudadanos en general, para posibilitar la construcción de una sociedad desde el consenso en la diferencia. De allí, pues, que *la política* no deba ser entendida como una sustancia sino más bien como el ámbito que se construye en el *entre nos* (Arendt, 1997); es decir, que no son los políticos los que encarnan la política sino que forma parte de la condición humana.

Podría decirse, entonces, que ningún político es imprescindible puesto que la política forma parte de la condición humana y, como tal, es el espacio de construcción del mundo o de la sociedad que se hace entre todos. En el caso de la reelección, lo anterior sugiere que el país puede continuar sin Uribe pues otros – iguales a él porque se suponen tienen los mismos derechos– pueden gobernar a Colombia, incluso partiendo de lo que logró en sus años de Gobierno, como lo expresa, por ejemplo, el que en ese entonces era senador de la república (anti reeleccionista en aquella época) por el Partido Liberal, Rodrigo Rivera, en el chat realizado por la revista *Semana* sobre la reelección: “Nadie es indispensable. Colombia tendrá la sabiduría de elegir un presidente que le dé continuidad a lo bueno de Uribe, rectifique lo malo y complemente lo que dejó en el tintero (Rivera, 2004, comentario 12).

Considerar, entonces, que el único ser capaz de gobernar al país era Uribe Vélez, justificándolo por sus atributos aparentemente *sui generis*, suponía despotencializar la política del país negando los logros que en este ámbito se han alcanzado a lo largo de los doscientos años de la República de Colombia. Esto implica, pues, sacrificar la potencia del sujeto político colombiano en lo que se refiere a la renuncia de la autonomía a cambio de lo que Castoriadis (2001) denomina *heteronomía*; es decir, depositar la responsabilidad política en otros, en los que gobiernan como si solo ellos tuviesen el derecho y la capacidad para hacerlo.

Creo firmemente que las reglas del juego democrático no se deben cambiar con el pobre argumento de que no habrá continuidad de la política de "seguridad democrática". Suena a arrogancia y prepotencia, al creer que solo el presidente Uribe nos puede sacar del atolladero en que nos encontramos. Y aún no vemos unas políticas claras para erradicar la pobreza, cada día creciendo más, con todas las secuelas sociales que esto contiene. (Hormaza, 2004 § 1).

De todo esto se colige que con la reelección lo que está en juego es la condición política de la sociedad colombiana en lo que se refiere a la tensión entre la heteronomía y la autonomía (Castoriadis, 2001), que se enmarca también en el proceso histórico del paso de la premodernidad a la modernidad, que como lo afirma Uribe de Hincapié (2001), ha resultado ser un proceso que ha derivado en una hibridación del sujeto político en Colombia en lo que ella define como *ciudadanía sacra* (más adelante se desarrollará este concepto). Este acontecimiento político, entonces, a partir de la imagen de Uribe Vélez y de lo que ella representa para la comprensión de esta tensión, implica dimensionar dicha imagen en la configuración del poder en Colombia y, en este sentido, vislumbrar las raíces culturales y psicológicas que nutren y sostienen esta tensión.

Es decir, la ruta que se plantea para lo que sigue del texto es, desde Uribe y lo que él representa en la condición política de la sociedad colombiana en la configuración del poder, penetrar en el ámbito cultural y psicológico en el que se identificará una orientación heterónoma, que toma forma de patrimonialismo y patriarcalismo,

afincados en relatos religiosos y míticos que rayan con la emergencia, en sentido moderno, de un sujeto que se orienta por su propia racionalidad y por tanto por su autonomía. En el siguiente apartado, que cierra este capítulo, se tocará la cuestión del poder a la luz de la reelección de Uribe Vélez y lo que esta representa precisamente en estas tensiones entre la heteronomía y la autonomía, y la premodernidad y la modernidad.

Implicaciones de la reelección: la cuestión del poder

CACHE: Petro: ¿Por qué critican tanto al gobierno si su grupo político hace una política sana y clara hasta convencer al pueblo que es el que tiene la última palabra para la reelección, o para el próximo presidente?

GUSTAVO PETRO: Cache, la crítica es lo que diferencia a los seres humanos de los rebaños (Petro, 2004, comentario 158).

Uno de los mayores reproches y críticas que se le hicieron al proyecto reeleccionista de Uribe, fue justamente el de buscar cambiar las reglas de juego consagradas por la Constitución en beneficio propio. Considerando que la Constitución del 91 no solo establece un marco normativo y político sino también ético, en cuanto que propone unas reglas de juego basadas en lo que la asamblea constituyente –con el poder que le otorgó el pueblo– determinó en beneficio del Estado colombiano, el asunto de la reelección implicaba ser visto necesariamente como un problema de ética pública. El sentido ético y político de la Constitución apunta, pues, a un proyecto de Estado basado en valores, principios, derechos y deberes pensados como pacto social para garantizar la realización del interés colectivo.

Es por ello que, siendo el interés colectivo esencial dentro de una democracia moderna basada en la definición de un *Estado social de derecho*, propuestas como la de la reelección presidencial no podía escaparse de ser vistas como riesgosas frente a este ideal de Estado y de sociedad. Lo público, como esfera donde confluyen el Estado y la sociedad, supone el interés común que nace en el *entre nos* y que se constituye en horizonte de sentido para orientar la convivencia de los unos con los otros y los diversos (Arendt, 2003). En esta esfera de

lo público tiene lugar la política, ese ámbito en el cual todos tenemos el derecho y el deber de participar en aras de lo deliberativo, de la opinión, de la acción, de la libertad y de la construcción de sociedad. El *entre nos* es el espacio de la pluralidad, del mundo construido entre todos, lo que remite a una concepción política, pero también ética, de la realidad humana, en la que la emergencia histórica de lo público representa un logro para la humanidad.

Dicho logro se configura en el nacimiento y el curso de la democracia moderna ya que, gracias a esta, el poder pasa a ser regulado por el contrato social entre el Estado y la sociedad civil; un contrato que como tal significa un acuerdo en la diferencia y desde el respeto, en el cual se hace un reconocimiento del otro como igual en cuanto sujeto de derechos, deberes y libertades. Este marco democrático de lo público está previsto para evitar concentraciones del poder, que propicien el surgimiento de dictaduras que terminen limitando dichas libertades. Con base en lo anterior se han levantado críticas a la propuesta de la reelección de Uribe, ya que, por un lado, el cambio de reglas en beneficio de una persona contradice el espíritu pluralista y público del Estado moderno, y, por el otro, se acarrea el riesgo de convertir el Estado en una dictadura, incluso a la manera de una monarquía, en cuanto que lo que se está reeligiendo es una persona, como lo sugiere Gustavo Petro en el chat sobre la reelección realizado por la revista *Semana* en el mes de diciembre de 2004:

GUSTAVO PETRO: Estudiante: ya te había dicho que lo que se reelige son proyectos políticos, partidos colectivos, no personas que se perpetúan en el poder. De lo contrario la mejor forma de gobierno no sería la democracia, sino la monarquía absoluta (Petro, 2004, comentario 219).

Ante la primera crítica, los defensores de la reelección argumentan que, primero, con base en los índices de popularidad del Presidente era claro lo que el pueblo quería, y, segundo, que la reelección no tenía nombre propio; es decir, que no se trataba de Uribe Vélez sino de la continuidad de su gestión, sus logros y sus políticas. Frente a estos argumentos, los antirreeleccionistas afirmaron que la popularidad no era un factor democrático para legitimar tales propuestas, pues si de eso se tratase, habría que tener en cuenta, como antecedente, los

índices de popularidad que tuvo Hitler que en sus primeros años de Gobierno lo llevaron a permanecer en el poder, lo que a la postre significó para Alemania su debacle. Por otra parte, afirmaron también que no se podía desligar a la figura de Uribe de la reelección, como si acaso hubiese sido una iniciativa popular que nada tuvo que ver con él, cuando él mismo, su Gobierno y diferentes congresistas y sectores, impulsaron esta iniciativa e hicieron lo posible para que fuera aprobada, animados precisamente por la popularidad de este.

Los hechos recientes, especialmente las estrategias utilizadas por el gobierno para obtener las mayorías en la comisión primera de la Cámara, así lo demuestran. En primer lugar, el gobierno terminó enfrascado en negociaciones personales con dos congresistas, Yidis Medina y Teodolindo Avendaño, que ingresaron al Congreso en calidad de suplentes. En segundo lugar, producto de estas negociaciones la representante Medina terminó cambiando su voto, asegurando que el Presidente se había comprometido a aumentar la inversión pública en su región. Suena a auxilios. Y por último, la suerte del proyecto de reelección fue definida por un representante que al parecer entró al Congreso a pensionarse (“Las inconsistencias de Uribe”, 2004, § 3).

Más allá de los argumentos de uno y otro lado, los antecedentes históricos del país sugieren que la estructura de poder que representaba Uribe se enmarcaba en la existencia de una dimensión pública en la que han predominado los interés particulares, razón por la cual las posibilidades de darle continuidad a dicha estructura representaban la permanencia de las relaciones de poder, tal y como se han configurado desde los orígenes de la República de Colombia. Esta situación de lo público, supeditado a lo particular, se agudizó con este proyecto, puesto que lo que estaba en el centro del debate era precisamente quiénes se garantizaban el dominio sobre lo público a partir de la reelección de Uribe.

Fue por esto que empezaron a organizarse aquellos sectores políticos, sociales y económicos que han detentado el poder en Colombia y que encontraron en la reelección de Uribe una gran oportunidad para consolidar esta estructura de poder que se ha configurado sobre lo público desde hace casi doscientos años. Una

vez más, la politiquería reinaba en el escenario democrático y Uribe, quién había prometido luchar y acabar con este mal, fue cambiando su discurso a partir de las acciones y de los hechos que dan cuenta de cómo pasó a ofrecer prebendas y cuotas burocráticas a cambio de votos para la aprobación en el Congreso de la iniciativa de la reelección.

Uribe es un político muy hábil y está pensando en su reelección desde hace rato. Ha buscado a los miembros del Congreso de manera consistente y los ha enganchado dándoles cargos a sus familiares más cercanos. Empezó a nombrar tíos, hermanos, esposas de políticos importantes en el servicio exterior y en el país. Y eso ha sido perverso pero eficaz. Se ha metido al rancho de los afectos de los políticos, y los ha amarrado. Ejemplo de ello es el apoyo que le dio a Édgar Perea para que ganara su disputa frente al Consejo de Estado y no perdiera la investidura. A los políticos del Atlántico, que fue donde menos bien le fue en las elecciones, se los ha ido ganando con favores personales. Hizo un acuerdo burocrático con el Partido Conservador, que sacrificó la posibilidad de tener un candidato propio a cambio de un plato de lentejas ("Tenemos que defendernos del lobo feroz", 2004, pregunta 5).

Una vez más se repite la historia, la estructura de poder político que se vincula con intereses particulares y que implica una hegemonía de las clases políticas tradicionales, se mantiene en el lugar de lo público, administrándolo. Los orígenes de esta estructura se remontan a los tiempos del nacimiento de la República, cuando los patriarcas de familias con poder económico desperdigadas por la geografía nacional, los caudillos, los gamonales y otros líderes, se posicionaron como mediadores entre ese Estado abstracto y estos pueblos, constituyéndose en depositarios de poder institucionalizado a través de ciertas leyes y prácticas religiosas, económicas y socio culturales (Uribe de Hincapié, 2001).

En otras palabras, el dominio, con respecto al poder, no era del Estado; recaía en estos personajes y se reflejaba en sus posibilidades de decidir sobre los asuntos de la vida pública e incluso privada de los pobladores. Desde entonces, a la luz de los planteamientos de Uribe de Hincapié (2001), podría afirmarse que entre los ciudadanos y los actores políticos que representan los intereses de estos, ha existido una

desnaturalización en lo que se refiere a la finalidad con que deberían cumplir estos últimos respecto a sus representados; esto es, representar los intereses públicos. Esta contrariedad se refleja en lo que han sido un par de tradiciones de la cultura política del país que median en dichas relaciones y sustituyen la finalidad natural que ha de existir en una democracia que se dice moderna; estas son, la politiquería y el clientelismo. Estas prácticas se reflejaron en la búsqueda de la aprobación de la iniciativa de la reelección, por ejemplo a través del cambio de puestos públicos para los familiares de algunos senadores de los cuáles dependía la aprobación de esta iniciativa.

ESTUDIANTE UIS: Señor Petro: usted habla de compra de votos. ¿En qué forma se compraron esos votos?

GUSTAVO PETRO: La compra de votos se dio a través de la entrega de empleos diplomáticos a los familiares cercanos de muchos congresistas, a través de la repartición de entidades estatales a buena parte de la clase política y a través de la entrega para este año de 200.000 millones de pesos en auxilios parlamentarios y de un billón de pesos para el año entrante (Estudiante UIS, 2004, mensaje 71).

De esta manera, los representantes del pueblo en el Congreso, dan muestras ante la coyuntura de la aprobación de la reelección presidencial, del predominio de sus propios intereses respecto a lo que merecería un análisis más crítico frente a una propuesta en la que estaba de por medio la institucionalidad política y democrática del país. Una situación de estas implicaría que los congresistas y las cortes, de las cuales dependía la aprobación de la reelección, sometieran a esta a un debate en el que lo público, en el sentido de la construcción en el *entre nos* del mundo, hiciera eco de las diversas posiciones de los ciudadanos. Sin embargo, como en los tiempos en que nació el Estado colombiano, hoy también sucede que no existe relación directa con este de parte de los ciudadanos a partir de una mediación del sentido de la política y, por ende, de lo público como espacio y ámbito de la autodeterminación en perspectiva pluralista.

Y aunque se supone, hoy en día, que dicha relación que está mediada por los partidos políticos, estos, antes que reflejar ideologías

y modelos políticos consecuentes, encarnan intereses particulares que se anudan en un gran interés que es el de mantener el poder y que se expresa precisamente en las dos tradiciones mencionadas. Históricamente fueron los partidos Liberal y Conservador los que se articularon a los juegos de poder de aquellos caudillos, caciques y gamonales de los territorios que constituían y constituyen el país. Pero en estos años recientes (2004 a 2006), a juzgar por los vaivenes de los partidos políticos tradicionales respecto a Uribe y su reelección, y por la fuerza que comenzaron a tomar diferentes partidos y movimientos políticos y de ciudadanos, lo que estaba en juego era la disputa por el poder. Del lado de Uribe y la reelección lucía seguro un desenlace con el que se aumentaban las posibilidades de mantenerse en la administración del poder.

Mientras el Presidente, visiblemente preocupado, imploraba a los dudosos apoyar el proyecto, se calentaban los ánimos entre los 16 parlamentarios opositores que se encontraban en la comisión. Allí, el más enfurecido fue el representante del Polo Democrático, Germán Navas, quien preguntaba ante el micrófono las razones por las que más de la mitad de la comisión estaba en Palacio. "Los parlamentarios ausentes se están volviendo empleados de Palacio", vociferaba ("Imparable", 2004, § 6).

Desde esta lectura de la realidad colombiana, los políticos, pues, no encarnan ni representan ideales y propuestas políticas, ya que a estas se anteponen intereses particulares que en muchas ocasiones desdibujan el sentido de lo público y de lo político mismo. Mientras tanto, se aglomeran alrededor de un objetivo que hace pragmática su razón de ser en lo que se refiere a gobernar para mantener la hegemonía. De allí la preocupación respecto a la ramas del poder del Estado que, a partir de estos hechos, de estos vaivenes políticos, ponen en entredicho la autonomía de cada una de estas, lindando, por ende, con la imposición de un modelo que solo por legitimarse y validarse a través de la popularidad del mandatario, no significa que sea deliberativo, justo, equitativo y democrático.

(...) La reelección cambia el estatus del poder: su origen, reparto y ejercicio. Reforma todo el sistema político. Tiene efectos de "dominó constitucional". El proyecto ignora la complejidad del

tema y sus repercusiones institucionales. "Agota la materia con el articulo que recomienda Palacio ("Mano a mano", 2004, título: Jaime Castro, ítem 8).

Yo como presidente del Polo Democrático Independiente interpreto a los integrantes de mi partido cuando digo que la aprobación de este Acto Legislativo estuvo manipulada, a través de la compra de votos, por el presidente Uribe. Considero que no se trató de un simple capricho personal, propio de los seres humanos adictos al poder, sino de un proyecto político que necesita de Uribe para su implementación y que dura más de ocho años. El proyecto de derogar la Constitución de 1991, su Estado Social de Derecho, y su reemplazo por el llamado "Estado Comunitario", que supone un recorte de libertades y derechos ciudadanos para garantizar el copamiento militar del territorio, supeditando la independencia y los fines de la sociedad, a este fin propio del Estado (Petro, 2004, mensaje 31).

En este sentido, la reelección presidencial implica una desinstitucionalización del país a partir de un desconocimiento de la Constitución del 91, como acuerdo ético y político que toma nombre de *Estado social de derecho* y que busca la creación de una colectividad regida políticamente en perspectiva democrática, pluralista y racional, en la que cada individuo tenga acceso al poder no como intercambio funcional sino como derecho, deber y libertad. Sin embargo, la primacía de intereses particulares, la ausencia de sujetos políticos y desde motivaciones de otro orden, como las implicadas en el sentido sacro de la existencia que aún gobierna la mentalidad de buena parte de la sociedad colombiana, conllevan a que un acontecimiento político, como lo es la presidencia de Uribe y sus intereses reeleccionistas, redunden en una especie de reencauche de todo lo que ha sido propio de la cultura política del país.

Los conservadores quieren puestos a cambio de votos por la reelección, y la gente se escandaliza. El ministro Sabas Pretelt habla con ellos de reparto de poder, y el Procurador lo investiga por meterse en política. Que yo sepa, buena parte de la política es eso: tú me das, yo te doy, nosotros nos repartimos. El *miti miti* de toda la vida, vamos.

Por eso pienso que habría que mirar todo este *show* de la reelección con más distancia y sin tanto apasionamiento; a fin de cuentas, los godos solo quieren una parte del botín que ellos pueden ayudar a engordar (Hernández-Mora, 2004, § 1-2).

Es un asunto de realismo político. En la próxima campaña Uribe va a armar una coalición muy grande. Tiene el apoyo del 98 por ciento del Partido Conservador, de un numeroso grupo de congresistas liberales, del expresidente Turbay, de los empresarios y de parte importante de medios de comunicación. Hasta las autodefensas han dicho que quieren votar por Uribe. Además va a tener a los funcionarios del Gobierno haciendo campaña a su favor. ("Tenemos que defendernos del lobo feroz", 2004, pregunta 1).

Las preguntas que surgen son ¿Dicha popularidad y reconocimiento hacia el Presidente y su Gobierno se constituyen en una condición fundamental para ampliar o mantener las posibilidades de ser de aquellos que encuentran en la causa uribista un instrumento para obtener mayores beneficios?, ¿la aceptación del Presidente por parte de un amplio sector del pueblo representa una posibilidad para aquellos sectores políticos y sociales que han detentado el poder a lo largo y ancho del territorio nacional? Los giros que dieron muchos políticos, liberales, conservadores e independientes en función de la reelección son significativos en cuanto que, en muchos de estos casos, cambiaron sus opiniones frente al Presidente y su Gobierno. A estos se suman sectores económicos, empresarios, diferentes medios de comunicación, Gobiernos extranjeros e incluso, más allá de los límites de la legalidad, actores del conflicto como los paramilitares.

Pero el caso es que la Corte aprobó la posibilidad de la reelección de Uribe, y Uribe dijo que sí, que él va. Y los uribistas claman a coro: "¡Se salvó la patria!". Los uribistas: gente como el ex ministro Londoño que advertía en ominosas columnas de prensa que la Corte pretendía oponerse a la voluntad de las mayorías; gente como el primo Mario que incitaba a la desobediencia civil si los magistrados no daban su brazo a torcer; gente como la que integra los infinitos partidos uribistas (más de un partido per cápita); gente como los paramilitares que anuncian su intención

de participar en las elecciones; gente como el embajador Wood. Y también yo, que no soy uribista, me uno al coro uribista y clamo con él: ¡se salvó la patria! (Caballero, 2006).

En este orden de ideas, lo que está en juego con la reelección es el poder, comprendiendo que en el dominio de lo público como espacio del *entre nos* está implícito dicho asunto, en la medida en que determina el modo de relacionarnos los unos con los otros y los diversos. Partiendo de Foucault (1999), el poder define el modo en que nos relacionamos unos con otros según las posiciones que asumimos en tales relaciones, lo que implica pensar en cómo nos acomodamos económica y socialmente según las posiciones de poder a las que podemos acceder. El poder surge en las relaciones humanas; por tanto, si se considera a un individuo más poderoso que otro es porque hay un reconocimiento de ese otro. Según esto, podría decirse que un individuo tiene más poder que otro en la medida en que tiene mayores posibilidades de ser. Entre menos poder, se reducirán dichas posibilidades pero no se acabarán, siendo en estas relaciones entre unos y otros que tales posibilidades se amplían o se cierran.

Sin embargo, como lo ensaña la historia del país y los últimos acontecimientos políticos alrededor de la reelección de Uribe Vélez, la cultura política colombiana se ha reducido a mantener las relaciones de poder en los diferentes territorios del país y, de este modo, perpetuar un *statu quo* en el que hay unos sujetos más poderosos que otros. Esta dinámica es la que ha regido y rige la vida política, social y psicológica colombiana, reflejándose en la no asunción de una subjetividad política que refleje la mayoría de edad Kantiana; o sea, la capacidad y el criterio para pensar de manera autónoma. Siendo esta la dinámica y la realidad, las intenciones y las búsquedas de los sujetos serán orientadas a ampliar, mantener o acceder en mayor medida a tales posibilidades de ser a través de las relaciones de poder. Una muestra de ello es cómo con el Gobierno de Uribe, en la medida en que fue creciendo en popularidad y, por tanto, en reconocimiento de la gente, muchos congresistas y sectores políticos, económicos y sociales se fueron adhiriendo a la causa Uribista.

De otra parte, el diálogo político con los contrincantes liberales o con los aliados conservadores ha venido siendo reemplazado por una

repartija burocrática. Uribe dijo en su 'manifiesto democrático' que "para salvar al Seguro Social, al Sena, al Bienestar Familiar, al Sisbén y la educación pública, cero politiquería". Pero en algunas de estas entidades ya ha comenzado a mostrar laxitud frente a las presiones de los políticos. Varios cargos regionales en ICBF, por ejemplo, ya se están entregando abiertamente a cuotas políticas. Los grandes logros en el Sena, que duplicó sus cupos, se ven ahora amenazados porque está volviéndoles a dar espacio a los amigos de los parlamentarios. Y para un puesto que maneja tantos contratos como es el de gerente de Invías se escogió a una cuota conservadora, más por su partido que por sus méritos profesionales ("Uribe, segundo tiempo", 2004, título: *Contra la politiquería*, § 3).

De todo esto se colige que el poder es para gobernar, y ¿gobernar para qué?, para ampliar y mantener el poder, aunque ello signifique que los otros –los excluidos históricamente– vivan con menos poder pero, en cambio, dependiendo de lo que aquellos que tienen más poder puedan hacer por ellos. De esta manera se acentúa un modo de relación cultural patriarcal y dependiente, en el que encaja el presidente Uribe, quien representa una figura alrededor de la cual se organizaron los partidos y los movimientos políticos y ciudadanos con el fin de tener una tajada del poder a través de puestos y cuotas burocráticas que, en distintas proporciones, pueden administrar a lo largo de esa cadena de relaciones humanas de dependencia que se centran en la satisfacción de los requerimientos de una existencia particular.

COLOMBIA: ENTRE LA RELIGIÓN –CATÓLICA– Y LA POLÍTICA

La cultura política y la esfera pública en Colombia

La cultura, para Castoriadis (2001), es el ámbito humano por excelencia donde tiene lugar la creación, expresada a través de imaginarios sociales que no tienen ningún sentido funcional o

instrumental, es decir, no se encuentran al servicio de la adaptación. De esta manera, podrá afirmarse que la cultura se compone de expresiones estrictamente humanas pues en ellas, en cuanto creaciones simbólicas, se configura el espíritu humano reproducido de diversas formas. Concretamente, tales expresiones son aquellas prácticas sociales, costumbres, símbolos, objetos, relatos, ritos, que encarnan de múltiples maneras los significados y los sentidos que rigen la existencia de los pueblos. En otras palabras, la cultura orienta a los pueblos y a los individuos a la manera de un programa o de una personalidad, o sea, un modo determinado de ser. La política, por su parte, como ya se señaló con Arendt (2003), se refiere al ámbito o al espacio del *entre nos, de los unos con los otros y los diversos*, donde se construye el mundo desde la pluralidad, la autonomía, la deliberación y la acción.

Conjugando estos dos conceptos, podrá entenderse el concepto de cultura política como un modo de ser determinado por la capacidad, la posibilidad y la necesidad de los seres humanos de construir sus propios mundos –sociedades– a partir de la pluralidad; esta es, de la existencia individual y social de los individuos y los pueblos en el ámbito del *entre nos*, del reconocimiento de la otredad, de la autonomía, de la autodeterminación. La cultura política es, entonces, constitutiva de la existencia de todos y de cada uno de los seres humanos, pues se refiere al modo en que, como sujetos, se posicionan en el mundo: un mundo que no es heredado ni dado sino por el contrario creado y construido históricamente. La cultura política supone un protagonista, el sujeto político que, como tal, no se refiere a ciertos individuos que ocupan puestos gubernamentales, si no a la condición de cada ciudadano que surge de reconocerse a sí mismo como parte activa y deliberante del y en el mundo.

La cultura política es encarnada, por consiguiente, por los sujetos políticos que devienen en la condición de ciudadanos, condición plagada de libertades, derechos y deberes que configuran su poder político, o sea, su poder de construir el mundo con el otro. En cuanto cultura, significa que cada ser humano habita en todo momento en la posibilidad y en la disposición de actuar políticamente, lo que significaría, a su vez, que la participación y la incidencia en la construcción de los designios de una sociedad es constitutiva de la vida

práctica, de la vida cotidiana, siendo por tanto un asunto fundamental de la existencia y no meramente algo coyuntural. Es decir, la política no se reduce o limita a la elección de gobernantes; este es apenas un momento de un proceso continuo que supone también la deliberación, la opinión, el control político y, en general, la interacción de gobernantes y gobernados en el marco de lo público.

La política, entonces, recreada y animada en el ámbito de la *cultura política*, implica una interacción activa de los unos con los otros –y los diversos– alrededor de los que es objeto de la propia política, de esos elementos con los que se forja y se entreteje. La cultura política, por ende, como lo señala María Teresa Uribe alude a:

(...) La construcción simbólica e imaginaria del mundo político, a las imágenes, visiones y percepciones que gobernados y gobernantes se forjan sobre el Estado, el orden público, los partidos, sobre los vínculos que unen o diferencian a los pobladores, sobre la significación de la ciudadanía y el sentido de la democracia, sobre la imagen del enemigo y el contradictor, sobre la guerra y la paz; en fin, sobre la realidad política circundante (2001, p. 155).

En el mundo moderno la interacción entre sujetos políticos dentro de una cultura política, entre unos que ocupan una posición de gobernantes y otros, de gobernados, supondría el desarrollo de unas relaciones orientadas por una racionalidad a través de la cual se definen los fines y los medios políticos desde los que se crean las condiciones mundo-vitales para la existencia de la sociedad.

El poder político, en este orden de ideas, no sería propiedad de una clase o de un grupo hegemónico, ya que en el marco de la modernidad y de los sistemas democráticos, quienes fungen como gobernantes han sido investidos de dicha función, de dicha responsabilidad, por el pueblo soberano que tiene consagrado el derecho no solo de elegir a sus representantes sino también de vigilarlos, controlarlos, exigirles y reemplazarlos, todo esto a través de mecanismos institucionalizados con los cuales se regula dicho poder desde una racionalidad instrumental y normativa. Sin embargo, sucede que los sistemas democráticos, y la racionalidad que orienta el poder político, da paso a formas y prácticas de interacción entre gobernantes y gobernados,

que desvirtúan la manera de ser de una cultura política llamada a regular tales interacciones a partir de los sentidos que se pueden tener sobre lo que significa la política en la vida de los individuos y las sociedades.

Es, entonces, cuando sucede, por ejemplo, que la política se convierte en un patrimonio, en una posesión de unos, de la que participan los otros en momentos coyunturales para reconocerles dicha condición.

El patrimonialismo está en relación directa con las formas delegativas de la democracia que son, según O'Donnell, aquellas en las que el ciudadano solo es convocado durante algunos periodos para que refrende con su voto el poder patrimonial; pero una vez otorgado el voto, el ciudadano regresa a la esfera de lo privado, a sus mundos de vida, dejando la política en manos de sus "dueños": un círculo cerrado que la posee como patrimonio privado, familiar, incluso hereditario (Uribe de Hincapié, 2001, p. 148).

En este caso, la política no opera en el sentido de una racionalidad instrumental recreada en el ámbito de una cultura política moderna y democrática, sino, más bien, animada y dominada por otro tipo de racionalidad basada en otros referentes a través de los cuales se orientan los ciudadanos y las sociedades en sus propios mundos.

Los marcos de referencia y de sentido de una sociedad son los que le permiten procesar y comprender lo que acontece; la cultura cumple, de esta manera, un papel determinante en la vida de los seres humanos. Estos marcos de referencia son creados por los seres humanos a través de la historia, lo que los convierte en autónomos y cuando esta autonomía es reconocida por los integrantes de una sociedad, puede hablarse de sociedades que se autodeterminan; esto es, que se reconocen como colectividades políticas. No obstante, cuando la cultura determina la vida de las sociedades desde la heteronomía⁴⁶ (Castoriadis, 2001) estas se orientan por imaginarios

46 Esta heteronomía es incorporada en las instituciones heterónomas de la sociedad, y en primer lugar en la estructura psicosocial del individuo mismo, para quien la idea de un cuestionamiento de la Ley es una idea inconcebible. Es evidente que esto posee una potencia fantástica al servicio de la conservación, de la preservación

sociales que constituyen metarrelatos revelados que dan sentido a ese mundo que es cada sociedad. En otras palabras, cada sociedad tiene la posibilidad de dirigirse a sí misma o puede vivir creyendo que está siguiendo una especie de plan externo creado por *otro ser*.

La cultura política es entonces el ámbito donde los sujetos políticos reconocen su autoría del mundo o sociedad que han creado, y reconocen, por tanto, su autonomía para seguir recreándola o creándola, dando respuesta a las exigencias que allí se les plantean y configurando en esencia un *ethos* que dé sentido a su existencia. Colombia, por su parte, ha intentado hacer el tránsito hacia la modernidad a lo largo de sus doscientos años de historia, pero en medio de tal proceso se ha desarrollado precisamente una suerte de *ethos* sociocultural que condiciona el sentido de la política y, por tanto, la vivencia de ella. La cultura política en Colombia no se corresponde completamente con los elementos que constituyen una cultura política vista a la luz de la modernidad. En Colombia, la cultura política se caracterizará especialmente por el mencionado patrimonialismo político, un fenómeno que se remonta al origen y al curso del orden republicano, democrático y constitucional desde los días de la independencia y de la institucionalización de un nuevo Estado-nación.

Este proceso histórico colombiano, signado por los desencuentros entre los intelectuales *blanqueados* que lideraron el proceso de creación de la República de Colombia y aquellos pueblos históricos (mestizos, negros e indígenas) que habitaban el territorio nacional, implicó la emergencia de diversos actores que, sin ser específicamente actores políticos, llenaron esos vacíos de poder que se abrieron en la brecha entre dichos actores institucionales y aquellos pueblos históricos. En otras palabras, el poder no era del Estado; el poder recaía en estos personajes, y se reflejaba en sus posibilidades de decidir sobre los rumbos de la vida pública e incluso privada de los pobladores de aquellos territorios concretos.

de la institución; de ahí el discurso que algunos redescubren hoy, y que de hecho existe desde hace por lo menos veinticinco siglos, según el cual el mejor, y, finalmente, el único anclaje confiable de toda institución de la sociedad es la religión. En efecto, tenemos entonces instituciones sagradas, que casi equivale a lo mismo (Castoriadis, 2006b, p. 91).

De esta manera se constituyó el patrimonialismo como referente político a partir del cual se empiezan a establecer las relaciones entre la sociedad civil y el Estado. Visto así, el sujeto político colombiano será un sujeto subordinado y heterónomo que no se reconoce completamente como parte integral de una sociedad. Esto, pues, supone una escisión entre los ciudadanos y los actores políticos que están llamados en cuanto gobernantes a representar los intereses de estos, y que se acentúa por la incompleta transición de la sociedad colombiana de un orden tradicional a un orden moderno. Lo que se sugiere aquí es que el patrimonialismo político en Colombia, y la consecuente separación entre gobernantes y gobernados, se deben en gran medida a que la sociedad colombiana se orienta desde la heteronomía, desde la vigencia de metarrelatos que se configuran por imaginarios sociales a modo de marcos de referencia, que dan sentido a la política como un propiedad que se hereda.

El mundo es de los poderosos y, en ese mundo de los poderosos, la política es el instrumento para sostener dicha condición; de allí la necesidad de heredar el poder a través de la política. En este sentido, la cultura política del país se configura desde los juegos de poder, desde los intereses particulares, desde la ausencia de sujetos políticos y desde motivaciones de otro orden como las implicadas en la significativa influencia de la religión católica que aún se evidencia en la sociedad colombiana. La suma de estos factores conlleva a que un acontecimiento político como lo es la presidencia del Uribe y sus intereses reeleccionistas sean comprendidos desde el punto de vista de la política como un instrumento para prolongar el poder. Uribe y su Gobierno actuarán desde el patrimonialismo en un doble sentido: prolongando el poder, por un lado, y, por el otro, transmitiendo al pueblo seguridad y confianza a través de su política de seguridad democrática sostenida en el imaginario de un padre-dios protector.

En el primer sentido, el del patrimonialismo, las redes de poder que conectan clases políticas y grupos económicos y empresariales, juegan a mantener un tipo de sociedad en la que la heteronomía sea la regla; de allí, pues, que el ámbito político gubernamental no se rija por intereses colectivos de la nación sino, más bien, como en otrora, por intereses particulares. Y es que incluso las políticas que se hacen

en nombre del desarrollo o del bienestar de la nación, se justifican y se tramitan en el seno de una cultura política signada por el clientelismo y la politiquería, como bien lo evidenció Uribe con sus aspiraciones reeleccionistas, cuando se convirtió en presidente-candidato.

En esta segunda etapa se agudiza la transformación del candidato practicando los mismos vicios políticos que como Presidente propuso en su plan bandera erradicar, entre ellos la politiquería y el clientelismo. Hoy estos son su principal herramienta para impulsar las reformas que menoscaban los derechos humanos, aceleran el neoliberalismo en lo económico y regresivas en lo social (...) Aunque la mona se vista de seda mona se queda. Así el Presidente se disfraza para buscar su reelección de muy social, liberal, demócrata y antipolitiquero, lo que realmente se siente en el ambiente es todo lo contrario, asegurándonos que no hay mal que dure ocho años ni colombiano que lo resista (Sánchez, 2004b, § 2 y 7)

Pero ello no podía ser diferente si se parte de la relación de Uribe con el poder y con los poderosos:

Detrás de cada hueco existe un rico y detrás de cada rico hay muchos votos. Así que los señores del Palacio dieron ahí mismo con razones técnicas para quedarse con el IVA a los pobres. Que las exenciones generan empleo, que gravar a los ricos ahuyenta la inversión, que ya en Colombia tributan demasiado (...) O sea que la reforma tributaria de Uribe no responde a los criterios de eficiencia y equidad que uno encuentra en los manuales. Responde al cálculo de conseguir la plata justa para sobreaguar y conseguirla sin hacerse a enemigos que tengan cierta capacidad de veto (Gómez, 2004, § 9 y 12).

La política parece así una trama clientelar que se entreteje alrededor de unos intereses particulares, movidos por el deseo sobre la propiedad de lo que debiera ser de todos, en cuanto condición de posibilidad de una sociedad autodeterminada, pero que se convierte en privilegio de aquellos que han heredado de manera particularizada dicha propiedad. Uno de los mecanismos más comunes con el cual la

política genera y regenera esta trama clientelar será el intercambio, tal y como se evidencia con la reelección presidencial, como se anticipaba *ad portas* de la aprobación de la reelección en el tercer año de Gobierno de Uribe Vélez:

(...) Este año, además, tendremos que soportar un tercer fruto ácido de la movida uribista: la campaña para aprobar la reelección, que involucrará, a no dudarlo –pues este es asunto político y la política es eso–, dádivas, compromisos, componendas y ofertas imposibles de rehusar (Samper, 2004a, § 3).

Con tales intercambios, a través de dicha trama clientelar, ganan unos y otros en una especie de circuito donde las acciones se devuelven. Valiéndose de dicho mecanismo, para la aprobación de la reelección, el Gobierno y la bancada uribista reeleccionista⁴⁷ recurrieron a diferentes estrategias y medios para tal fin.

Esto fue especialmente evidente en el trámite del proyecto de reelección presidencial donde para asegurar las mayorías legislativas el Presidente terminó intercambiando puestos y promesas de recursos para las regiones por el apoyo de los parlamentarios. En estas circunstancias, congresistas de bajo perfil y que ingresaron al Congreso como suplentes terminaron convirtiéndose en inesperados protagonistas del periodo que termina (“Los efectos de la reelección sobre la legislatura”, 2004, § 3).

Incluso recurrieron a modos que fueron desaprobados por algunos uribistas, lo que indica el grado de ilegitimidad de tales actos que, sin embargo, se impusieron.

Gracias a la insólita absolución, los parlamentarios cuyos familiares disfrutaban de prebendas en el exterior podrán reelegir al que los nombró porque ese será, además, el que no los dejará echar. La

47 Lo peor de todo es que el proceso de reelección está siendo manejado por los grupos que Oscar Collazos denominó como uribistas residuales. Sectores de extrema derecha, individuos con ambiciones políticas y económicas desmedidas, que quieren llevarnos hacia una conflagración civil, cuyo final los consagre como los nuevos e indiscutibles propietarios de Colombia (Patiño, 2004b, § 5).

maniobra del Gobierno indignó incluso a algunos de sus propios partidarios (a lo mejor no tienen parientes que colocar) y, por supuesto, a la magra oposición que respira medio asfixiada bajo el peso de un gobierno cuya popularidad se ha convertido en licencia para aplastar (Samper, 2004b, § 2).

El Gobierno del presidente Uribe, que prometió luchar contra la politiquería y el clientelismo, producto de sus intereses particulares de reelegirse, enmarcado también en los intereses particulares de una trama clientelar soportada en un patrimonialismo político, desplegó, junto con su bancada de congresistas, el mecanismo del intercambio, de las prebendas y de los favores políticos a cambio de continuar en el poder para prolongarlo. En este sentido, lo público⁴⁸ se desdibuja, se cierra, puesto que, aunque:

(...) En teoría está formalmente abierto, en la práctica es patrimonio privado de unos pocos, es cerrado, invisible, opaco, no deliberativo y carente de "cognoscibilidad". Además, la lógica de su funcionamiento no se enmarca en los criterios de universalidad y racionalidad propias del Estado moderno, sino en las prácticas culturales, las sociabilidades y las identidades de lo doméstico-privado (Uribe de Hincapié, 2001, p. 149).

De este modo, lo público se configura como trama, como espacio que se concreta en los vínculos privados, particulares, familiares o de cualquier otro tipo de afinidad que tienen un sentido clientelar, reconociendo que en la extensión de dicha trama los ciudadanos logran formar parte de lo público en la medida en que tienen acceso a este.

No obstante, el clientelismo, con todos los efectos problemáticos

48 Lo público indica, al mismo tiempo, mundo común, entendido como comunidad de cosas, que nos une, agrupa y separa, a través de relaciones que no supongan la fusión. De ahí que Arendt arremeta contra cualquier intento de construcción de los cuerpos políticos sobre el modelo del parentesco o de la familia, se aleje de las proximidades y fraternidades, porque en ellas los diversos se convierten en uno (de modo que no es posible que se den *alguienes* diversos). "La condición indispensable de la política es la irreductible pluralidad que queda expresada en el hecho de que somos alguien y no algo" (Arendt, 2003, p. 21).

que pueden atribuírsele, ha tenido una virtud que bien vale la pena resaltar: ha constituido, durante las tres últimas décadas, el único lazo de contacto y relación entre el poblador común y los organismos institucionales del Estado (Uribe de Hincapié, 2001, p. 67).

Lo público se ha particularizado en la configuración de relaciones entre gobernados y gobernantes a través de los beneficios que pueden obtener mutuamente. La representación⁴⁹ política en este sentido pierde su significado en tanto que el gobernante no encarna las ideas, expectativas y necesidades de los gobernados, pues no hay una dimensión política del *entre nos* en la que se construya la sociedad de manera autónoma, deliberativa, pluralista, de reconocimiento como iguales en cuanto sujetos políticos que componen un sistema democrático.

Sin sentido de lo público, con débiles identidades políticas o ciudadanas y fuertes identidades socioculturales, la representación pierde su carácter común y colectivo y adquiere dimensiones privadas y domésticas. Los gobernantes y representantes, más que intereses políticos, representan intereses parciales y prepolíticos, personales, corporativos, gremiales, vecinales, comunitarios o sectoriales, excluyendo de esta esfera pública declinante y privatizada a otras fracciones o sociabilidades (Uribe de Hincapié, 2001, p. 147).

La cultura política en Colombia sugiere una manera de ser del supuesto sujeto político para acceder a lo público, que se basa en los intereses particulares y que se viabiliza a través de los vínculos clientelares. Esta condición histórica se sostiene gracias a la institucionalización de una sociedad a partir de unos imaginarios sociales instituidos que configuran un relato patrimonial, en el que el influjo de lo ancestral, de lo mitológico, de lo heredado, constituye la

49 La representación es pública porque tiene lugar en la esfera de la política y del Estado, porque se ocupa de asuntos colectivos y comunes que conciernen tanto al pueblo como a la autoridad que de allí dimana, porque es visible y transparente, es decir, tiene lugar en público y para el público; porque sus prácticas son ante todo discursivas y deliberativas y porque en principio está abierta y es accesible todos los ciudadanos individualmente considerados o a grupos de ellos (Uribe de Hincapié, 2001, p. 145).

regla de sentido del orden de la realidad. En otras palabras, Colombia es una sociedad en la que se encuentra cierta tendencia a tributar el pasado como valor determinante del presente que crea certezas sobre la vida nacional, identificándose incluso en el mismo Uribe dicha valoración por el pasado como punto de referencia:

(...) Y usted como conocedor de la historia, nos ha traído esa bellísima frase del presidente Alberto Lleras, en la cual reconoce que todo hay que construirlo en la aceptación del pasado y muchas veces, en la exaltación del pasado. Por eso este documento, apreciados compatriotas, no es para desconocer el pasado, no es para romper con el pasado, es para prospectar el futuro con inmenso respeto por el pasado (Uribe, 2005k, § 15).

El sentido público, entonces, que se crea en estas redes se enmarca en los imaginarios del patrimonialismo que implican una perspectiva tradicionalista sobre el mundo como algo preexistente, ya dado y ordenado, que precisa seguridad y confianza para ser, como siempre ha sido, una especie de territorio sagrado, como sucedía, por ejemplo, en sociedades primitivas donde se evidencia su orientación heterónoma como sociedad basada en metarrelatos de carácter religioso.

Por ejemplo, es típicamente el caso de las sociedades primitivas, o incluso de las sociedades religiosas tradicionales, donde principios, reglas, leyes, significaciones, son establecidas como dadas de una vez por todas, como intangibles, no cuestionadas y no cuestionables. Este carácter no cuestionable está garantizado por representaciones instituidas, que a su vez forman parte de la institución de la sociedad: todas las representaciones que aseguran que esta institución tiene una fuente extrasocial, fuente que es para ella origen, fundamento y garantía. Por ejemplo, como Dios ha dado la Ley a Moisés, en el pueblo hebreo nadie puede levantarse para decir: la Ley es mala e injusta (Castoriadis, 2006b, p. 90).

En otras palabras, esta configuración de la experiencia de lo público supone un *ethos* sociocultural, un proyecto de sociedad que se basa en las certezas de lo revelado, de lo dado, de lo heredado, de lo

heterónimo, de lo ya existente. En este orden de ideas, se plantea que la sociedad colombiana se encuentra en la transición-tensión entre la premodernidad y la modernidad, que es mediada por un metarrelato que define el *ethos* sociocultural que orienta su ser o, de otra manera, entre la heteronomía y la autonomía. Al respecto, cabe precisar, con Giddens (1994) que la modernidad plantea, en contraste con la sociedad tradicional, la transformación del tiempo y del espacio en cuanto a que opera un desligamiento de ambas esferas generando una sensación de desbocamiento del tiempo y una extensión del espacio allende las fronteras inmediatas que fundaban en la época premoderna el terruño, el hogar, la aldea.

Este desligamiento ocurre en tanto que la vida social del mundo premoderno se libera de la dependencia de los preceptos y las prácticas establecidas por la tradición como consecuencia de la aparición, según el mismo Giddens (1994), de la reflexividad generalizada, que se entiende como el control reflejo de la acción, o sea, la capacidad de control y revisión de las acciones del individuo y de la propia sociedad, sometidas a los conocimientos que los individuos y la misma sociedad van cosechando y aplicando a la propia vida. La formalidad o la tipificación de la vida cotidiana a partir de los preceptos y prácticas tradicionales, implicadas en una concepción sacralizada de la vida cotidiana, estructuraban un sociedad cuyos horizontes espacio-temporales correspondían a un solo plano, a una misma realidad. Así, mientras que en estas sociedades tradicionales regía una conciencia focalizada en un solo lugar, que era equivalente al mundo, en el que el tiempo transcurría como repetición de momentos sacralizados, en el mundo moderno el tiempo supone un transcurrir incierto, y el espacio, el vacío de la distancia.

Esta transformación, entonces, sucede gracias a la *desfijación* de la conciencia que se desacraliza en tanto que se hace reflexiva y racional, y que conlleva al enfrentamiento de la incertidumbre a partir del reconocimiento de sí mismo como sujeto pensante que construye sus propias verdades. De esta manera, mientras que la premodernidad supone un mundo fijado en el que confluyen el tiempo y el espacio como una sola realidad, delimitada y centralizada en la repetición de los designios de los dioses, que son honrados a través de los ritos,

en la modernidad el mundo se desfija, se descentraliza, en tanto que se extiende el espacio físico y simbólico, y el tiempo empieza a ser marcado por los ritmos de la producción y del consumo que regulan las relaciones sociales y, en general, la vida cotidiana de los individuos que ya no se orientan por los preceptos y las prácticas de las tradiciones impregnadas de sentido sacro.

La sociedad colombiana, enmarcada entre estos dos tipos de conciencia, vive la transición de la una a la otra como una tensión que deriva, a su vez, en una especie de hibridación en la que se hace frente a las vicisitudes del mundo moderno a partir de mediaciones simbólicas del orden de la tradición sacra. En otras palabras, la hibridación supone la mezcla de lo moderno con lo premoderno en una conciencia en la que la orientación se plantea a partir de coordenadas o características del mundo moderno, con los referentes de sentido del mundo premoderno. Es, pues, en esta especie de drama, que surge la cultura política como cultura patrimonial que corresponde a una imaginario de sociedad heredada, preexistente, que se basa en la exaltación del pasado como certeza, en cuanto que revelada por otro ser, y que evidencia una manera de ser, un *ethos* sociocultural heterónimo, en medio de y frente a un mundo globalizado y moderno de carácter autónomo.

Hay, pues, una significativa tendencia en la sociedad colombiana, desde los imaginarios sociales que instituyen su realidad, a vivir en un mundo de antaño donde prevalece lo relacional inmediato, en el sentido de ciertos tipos de vínculos de dependencia, de soporte, de anclaje, de familiaridad, de unidad determinada por mecanismos de identidad afectiva y efectiva. En este sentido, puede hacerse eco de la opinión de uno de los participantes de los chats realizados por la revista *Semana* sobre la reelección de Uribe Vélez, en la que se hace alusión a los referentes del poder en Colombia que, de alguna manera, se benefician con la reelección y por esta misma vía aquellos que tiene algún vínculo familiar, afectivo o de intereses particulares: "Gus: Los únicos que ganan con la reelección son los amigos de Uribe, o sea la clase dirigente que siempre ha estado en el poder –Turbay, Gaviria, Mauricio Cárdenas, etc., los gremios económicos los bancos etc.– (Gus, 2004, comentario 76).

Es precisamente en este mundo en el que la actuación política de Uribe y su Gobierno desde el patrimonialismo revelan su otro sentido. Este mundo, esta sociedad dada, revelada, heredada, que nació con la fundación de la República, nacimiento este que fue instituido precisamente por el imaginario de una sociedad democrática, justa, fraterna, segura, es una realidad que no se ha alcanzado completamente, pues en ella hay un gran problema: el terrorismo.

Vincens Fisas, profesor de Ciencias Políticas de la Escuela de Paz de Barcelona:

- (...) Si yo le dijera, por ejemplo, que entiendo la paz como justicia social, democracia participativa, satisfacción de necesidades humanas básicas, eficacia del sector público, desarrollo sostenible ¿Estaría Usted de acuerdo con esta definición?

Presidente de la República:

- Claro Profesor, pero hay que preguntarse ¿Cómo se llega allá? Con un problema terrorista como el que tenemos en Colombia, tenemos los caminos cerrados para llegar allá (Uribe, 2005g, § 193).

Esta sociedad, que nació como un proyecto de Estado-nación animado por el espíritu moderno, hoy en día no se ha realizado completamente, siendo, en este sentido, el problema de la violencia y la paz un reflejo de las dificultades que se han tenido en este proceso histórico. Respecto al problema de la paz, en esta perspectiva histórica, se encuentran hipótesis como la del presidente Uribe Vélez quien señala que el problema principal en Colombia para alcanzar dicha paz es el terrorismo, siendo la *política de seguridad democrática* la respuesta a dicho problema. Esta *política de seguridad democrática* ofrecerá seguridad para el restablecimiento de la confianza como vías para alcanzar la paz y el mejoramiento de la situación económica y social del país. Al respecto, puede citarse la sentencia del propio Uribe: "La recuperación de la confianza en el país, a mi juicio, depende de la *seguridad democrática*, de la transparencia, de que mantengamos un ritmo importante de recuperación económica y social de la Nación, si no, no construimos confianza" (Uribe, 2005e, título: Elecciones en Cartagena § 2).

El restablecimiento de la confianza a través de la *seguridad democrática* se inspira en la imagen del presidente Uribe, que, como ya se mencionó en los capítulos anteriores, encarna el espíritu de esta política en su “corazón grande” y en las características de su forma de ser. En este sentido, podría decirse que la posibilidad de sentir esa confianza perdida (el presidente Uribe habla de restablecer la confianza) depende del él mismo, quien se muestra capaz de recuperarla a través de la generación de seguridad, la que puede entenderse como consecuencia de su presencia (con lo que implica su imagen). Uribe genera seguridad y de esta manera inspira confianza, condición esta, como lo sugiere Giddens (1994) a partir de Winnicott, que se asemeja al desarrollo de la confianza básica en los niños, quienes ante la dinámica de la presencia-ausencia de las figuras parentales o tutoras, desarrollan cierta fe en el otro que les permite tener tranquilidad en tanto que saben que, a pesar de no estar presente, existe, es, está ahí en el mundo.

Al aterrizar a la orilla del río Barragán había un paisano con un sombrero parecido a los míos –el sombrero mío es de 11 mil pesos, el de él es más carito, si hubiera cambiado con él le tengo que *encimar*– y le dije: ¿qué tienes aquí? y me dijo: ‘un alquiladero de caballos, es que está viniendo mucho turista, les alquilamos caballos, hay unos paseos ecológicos muy bellos’.

Y enseguida saludé a otro paisano, también con un sombrero blanco y le dije: ¿qué tienes aquí?, me dijo: ‘un alquiladero de lanchas’. Y le dije: ¿usted cordillerano con lanchas?, ¿esta loma aquí para arriba con lanchas? y me dijo: ‘sí, el turismo, alquilamos unas barquitas para que la gente se embarque por el río Barragán se van a La Vieja y la gente goza mucho.

¿Cómo les fue muchachos en esta temporada? Y me dijeron: ‘llovió mucho pero nos fue muy bien’.

En seguida llegó un hombre, un compatriota humilde, muy festivo, muy alegre, a regalarme una gaseosa y una bolsa de agua. Y le dije: vendémela, pero no me la regale, no te vas a varar’. Y dijo: ‘no, me fue muy bien esta temporada’ (Uribe, 2006b, § 2-6).

Esta anécdota de la interacción de Uribe Vélez con algunos pobladores ejemplifica la forma en que en su propia persona radica la inspiración de la confianza desde la consagración de su imagen como ser cercano. Su imagen presentará unos alcances que superaban las limitaciones naturales de su cuerpo humano, ya que aunque no podría estar en todas partes a la vez ni ir a todos los lugares del territorio nacional, era conocido por la mayoría de los colombianos y colombianas. Así, pues, aunque Uribe Vélez no fuera omnipresente, sí era popular gracias a sus constantes apariciones en televisión, como lo señalaba en septiembre de 2004 el, en aquel entonces, senador Antonio Navarro Wolf en una entrevista con la revista *Semana*: “*Semana*: Entonces, ¿por qué el presidente Uribe es tan popular? A.N.: Un reciente estudio de la Universidad de la Sabana demostró que el presidente Uribe ha tenido 1.240 horas de televisión” (“Tenemos que defendernos del lobo feroz”, 2004, pregunta 10).

Ahora bien, retomando el sentido del patrimonialismo, que se refiere al valor de la política como propiedad heredada que pone en juego unos imaginarios sociales en los que se soporta el reconocimiento de una clase política hegemónica, en la medida en que se les atribuye a ellos exclusivamente la potestad para tomar las decisiones que implican la administración de lo público, la imagen de Uribe Vélez, como generadora de seguridad e inspiradora de confianza, tiene lugar en el ámbito de estos imaginarios sociales que configuran la orientación heterónoma de la sociedad colombiana. Uribe, pues, encaja también en el patrimonialismo en este segundo sentido, puesto que como figura inspiradora de sentimientos de seguridad y confianza supone una potestad propia de un ser fuerte del cual se puede y se debe esperar protección.

En este sentido, el mecanismo de la confianza es la fe, lograda y garantizada por un presidente que se ha sabido ganar dicha confianza en cuanto que se hizo visible, presente; se le apareció al pueblo a través de su imagen de ser cercano que interactúa con la gente. Dicha cercanía e interacción generan seguridad e inspiran confianza porque el Presidente, además, resalta con su presencia el compromiso personal con la causa nacional de enfrentar y vencer el terrorismo; él, pues, está en el lugar de los hechos encarnando y encarando por su propia cuenta los problemas que aquejan al pueblo:

Mañana, con la ayuda de Dios, vamos a volver al parque de La Macarena, donde esta semana nos asesinaron 7 policías, vamos a volver al parque de La Macarena para que los erradicadores de droga, la Fuerza Pública allí presente, sientan que no están solos, que tenemos por ellos el afecto, la gratitud y toda la solidaridad y que en medio de revesas y de sacrificios, hay el propósito de derrotar la droga, que es el combustible del terrorismo (Uribe, 2006c, título: Pregunta a las FARC, § 22).

De esta manera la fe aumenta, puesto que los testimonios de un presidente que aparentemente está presente en todos los lugares y en todos los momentos, demuestran que está ahí para proteger a su pueblo. Esta fe, que como tal es opuesta a la razón, soporta un tipo de confianza que no es necesariamente la que surge en la modernidad, producto de la reflexividad generalizada (Giddens, 1994) que mencionábamos anteriormente. La confianza en la modernidad implicaría, en el ámbito de la cultura política, que los sujetos reflexionaran a la luz de distintos conocimientos e informaciones sobre los hechos que tuvieran lugar en el mundo social y en la dimensión política de este; es decir, si dicha reflexividad orientara las decisiones y, en general, la participación del sujeto político en una cultura política y democrática, en el sentido de la modernidad, fenómenos como el del patrimonialismo serían sometido al juicio crítico, lo que supondría que la política y, en esta misma vía, lo público, no serían considerados como una propiedad de una clase política hegemónica que ha devenido como tal en cuanto que los gobernados la reconocen de esta manera.

En una sociedad como la colombiana, de orientación heterónoma, la confianza respecto al patrimonialismo, en los dos sentidos en que lo hemos planteado, se constituye como el elemento que enlaza a los gobernantes con los gobernados. Sin embargo, dicha confianza se logra más bien a través de la fe, ya que, como diría Giddens “La confianza supone arrojarse a la entrega, implica una cualidad de fe irreductible” (1994, p. 31). Esta confianza se constituye así en sentimiento, que contrastaría con la capacidad y disposición reflexiva que se esperaría en una cultura política de corte moderno. Entonces, en el marco de esta tensión entre la premodernidad y la modernidad,

para que el proyecto de Estado-nación, nacido precisamente del ideal moderno, se realizase, sería necesario vencer al terrorismo, lo que remite a una necesidad de protección y de seguridad para recuperar la confianza, una confianza básica que no es producto de la racionalidad ni de la reflexividad, sino de la fe.

En este orden de ideas, podría inferirse que para que el Estado-nación se desarrolle en Colombia se necesita de la fe como soporte de la confianza, para lo cual Uribe, por intermedio de su imagen y de su *política de seguridad democrática*, representa al ser que ha heredado esta capacidad o don de recuperar o devolver la confianza, proeza suficiente para hacerse digno de fe. En este sentido, el patrimonialismo se valida en cuanto que transmisión hereditaria y ancestral, mítica y sacra de un don que solo es atribuible a seres superiores. De este modo, la cultura política del país, en versión del patrimonialismo, no se correlaciona con sujetos políticos reflexivos y deliberantes propios de la modernidad; implica, en cambio, hombres y mujeres de fe; de allí que el futuro del país dependa de la fe, de la espiritualidad, que es esa dimensión sacra de la que forma parte directamente el Presidente y a la cual invita a fortalecer.

Colombia, para salir adelante, necesita mucha fe, necesita profundizar los valores. Quienes tenemos responsabilidades públicas debemos revisarnos diariamente, debemos mantener una actitud autocrítica –que no es fácil porque somos muy dados a ocultarnos nuestros errores, a desconocernos–, debemos tratar de profundizar espiritualmente para poder acertar en la orientación de los destinos de esta Nación (Uribe, 2005f, § 2).

Así, a través de la cercanía del Presidente, de la seguridad y de la fe para recuperar la confianza, se pretende alcanzar la paz, esto es, mejorar la condición del Estado-nación colombiano. Siendo esta la vía recorrida con una orientación tradicional y premoderna, lo que se configura es una especie de búsqueda del retorno a un mundo esencial, a ese mundo sacro en el que los azares y las angustias de la modernidad están resueltos por la seguridad transmitida por ese ser superior. El patrimonialismo acá, en la figura de Uribe Vélez, significa detentar la posibilidad de propiciar dicho retorno en tanto que el Presidente pareciese ser originario de dicho mundo, puesto que

encarna sus virtudes, sus imaginarios; como se puede ver reflejado en sus encomendaciones a Dios para tener energía y claridad para continuar con su misión de lograr la paz para el país, lo que, en el plano imaginal, implicaría devolver la confianza básica.

¡Hay que estar listos para cualquier cosa compatriotas!, ¡hay que tener toda la diligencia, toda la energía, toda la determinación, toda la disposición, para enfrentar bandidos y toda la disposición para hacer la paz! A este Gobierno, gracias a Dios, no se le ha acabado ni le ha faltado energía ni para uno ni para otro. Estamos dispuestos a ambas cosas (Uribe, 2006c, título: Pregunta a las FARC, § 11).

Hay, pues, una unidad que se constituye entre el pueblo y el Presidente a partir de la identificación con la misión del retorno al mundo de la seguridad y de la confianza. Surge así una identidad en la unidad de los unos con los otros, de los gobernados con el gobernante, en el sentido de una causa común que a su vez se justifica por un origen común (tanto Uribe como una parte del pueblo colombiano han sufrido en carne propia la violencia). En el caso del Gobierno de Uribe, podrá decirse que su causa es la lucha contra el terrorismo, cuyo sentido corresponde al ideal del retorno a un mundo sagrado donde los vínculos son leyes que no requieren de contradicciones en cuanto que formamos parte de la misma cosa, estamos hechos por la misma sustancia, somos hijos del mismo padre, somos uno por tener el mismo origen.

En Colombia, lo repito hoy, no es posible ganar este desafío frente a los terroristas, si no hay una integración fuerza pública-ciudadanía. Esa integración la necesitamos y ahí se necesita que cada uno de ustedes sea un líder. Hay que convenir al campesino, al finquero, al comerciante, al industrial, al transportador, que cada uno tiene que ser un colaborador de la Fuerza Pública (Uribe, 2005i, § 13).

De esta manera, si nuestro lugar ya existe y de él nacimos y a él retornaremos, se configura cierta estabilidad en lo azaroso del destino humano, ante la inseguridad que, incluso en ese mundo estable, es generada por factores o *monstruos* nacidos en su seno. Lo diferente

se presenta como lo desconocido, que como tal representa amenaza, caos⁵⁰ que se insinúa. Cerrar las filas sobre lo establecido, reforzar las bases que le dan orden al mundo para evitar así que dicha insinuación se convierta en un movimiento que destruya lo que hay, supone asumir medidas.

Para los defensores del orden establecido sería impensable un mundo político plural y diverso (contaminado, impuro e inmoral), por ello se apuntalan en las tesis de la comunidad cristiana y del bien común, proponiendo reiteradamente “cruzadas de salvación nacional” para liberar a la sociedad de todo aquello que perturba el orden recibido. El miedo que produce la inseguridad y la búsqueda de certezas y de algo sólido es lo que abre las puertas a todo tipo de totalitarismos, de limpiezas sociales y de cacerías de brujas como las vividas en los últimos tiempos en Colombia (Uribe de Hincapié, 2001, p. 175).

Entonces, las características de la cultura política del país, la configuración del sujeto político, la vivencia de lo público, las representaciones políticas, se anudan a tradiciones culturales de larga duración, lo que implica que la interpretación y la comprensión de estas no es suficiente hacerlas desde las lecturas de la institucionalidad formal, desde la razón instrumental o desde las decisiones tomadas en torno a fines, a valores o intereses (Uribe de Hincapié, 2001). Esto entonces, traslada su lectura a una matriz sociocultural que implica lo afectivo, los deseos, miedos, esperanzas y frustraciones; es decir, en torno a imaginarios sociales que están en la raíz de los múltiples sentidos con los cuales los ciudadanos viven la política (Uribe de Hincapié, 2001).

50 Las mismas imágenes se siguen utilizando en nuestros días cuando se trata de formular los peligros que amenazan a un cierto tipo de civilización: se habla especialmente de “caos”, de “desorden”, de “tinieblas”, en las que se hundirá “nuestro mundo”. Todas estas expresiones significan la abolición de un Orden, de un Cosmos, de una estructura orgánica y la reinmersión en un estado fluido, amorfo; en una palabra: caótico. Prueba esto, a nuestro parecer, que las imágenes ejemplares perviven todavía en el lenguaje y en los clisés del hombre moderno. Algo de la concepción tradicional del Mundo perdura aún en su comportamiento, aunque no siempre se tenga conciencia de esta herencia inmemorial (Eliade, 1983, p. 31).

La ciudadanía sacra: el tiempo suspendido en un mundo con decorado moderno

Para continuar con este apartado, se hará una ampliación conceptual del término *ciudadanía sacra* a partir de los planteamientos de María Teresa Uribe. Con base en este concepto, se hará alusión a la tensión que se propuso en los apartados anteriores entre la premodernidad y la modernidad, y la que precisamente ha derivado en lo que la analista política en mención denomina *ciudadanía sacra* en el sentido de una "ciudadanía híbrida". Se tratará entonces de abordar esta tensión señalando las implicaciones de hablar de una ciudadanía sacra que, por definición de los dos conceptos que la componen, es contradictoria. Empecemos, pues, por desarrollar en primer lugar la sacralidad que da sentido a esta expresión tratando de dilucidar el lugar y la incidencia de lo sacro en la sociedad colombiana y, específicamente, en la cultura política del país.

La comprensión de las particularidades de la cultura política y del sujeto político en Colombia desde el punto de vista de una matriz sociocultural, desde los relatos imaginarios que la estructuran, debe partir de una cuestión dilemática y, como tal, determinante de la sociedad colombiana: la transición-tensión entre un orden tradicional y un orden moderno. El espíritu moderno arribó a la historia particular de Colombia a través de los próceres de la independencia, quienes inspirados principalmente en los ideales de la Revolución Francesa, de la declaración de los Derechos del Hombre y, en general, de toda la racionalidad humanista nacida de La Ilustración, idearon el proyecto de un Estado-nación en radical oposición al régimen absolutista de la Monarquía Española que detentaba el poder institucional. El mundo colonial se estructuraba significativamente a partir de los imaginarios sociales inspirados en los metarrelatos religiosos alrededor de los cuales los diferentes pueblos históricos fueron construyendo una identidad social, gracias a que estos regulaban la vida cotidiana y les daba sentido.

De aquí se colige el papel fundamental que tuvo la religión traída por los españoles⁵¹ para generar unidad e identidad como modo de

51 Trátese de roturar una tierra inculca o de conquistar y de ocupar un territorio ya habitado por "otros" seres humanos: la toma de posesión ritual debe en uno

legitimar su régimen. La ruptura con el régimen colonial, a partir de las independencias, no significó una transformación absoluta del mundo colonial o tradicional en el que vivían y encontraban sentido a sus realidades los pobladores del territorio colombiano. Mientras tanto, los intelectuales *blanqueados*, impregnados de espíritu moderno, creaban el Estado-nación buscando institucionalizar e imponer unas ideas y unos mecanismos políticos, sociales y económicos que dieran soporte y forma a este proyecto. Comenzaba, de este modo, la tensión entre un orden tradicional y un proyecto moderno de Estado-nación. Aquel orden tradicional, premoderno y sacralizado, implicaba estabilidad en cuanto a que los valores, las prácticas y las dinámicas sociales, las relaciones económicas y comerciales, los referentes normativos, éticos y políticos formaban parte de la cultura, del modo de ser de tales pobladores, que se enfrentaban a la asimilación de nuevos referentes que no representaban la perspectiva ni sentido histórico de su configuración identitaria como sociedad. Las propuestas encarnadas por este proyecto social, ético, jurídico, cultural y político del Estado-nación se referían a un tipo de sujeto que era el ciudadano, caracterizado por la libertad, la autonomía y la incidencia sobre lo público (Uribe de Hincapié, 2001).

El destino de este naciente Estado-nación, se debatía entre continuar en el marco de una existencia sacra, tradicional o transitar a una moderna regulada política y jurídicamente.

Esta tensión entre lo tradicional real y lo moderno imaginado desata un largo proceso, inconcluso aún por la *representación de lo público*, entre los defensores de un orden sacro y los

u otro caso repetir la cosmogonía. En la perspectiva de las sociedades arcaicas, todo lo que no es "nuestro mundo" no es todavía "mundo". No puede hacer uno "suyo" un territorio si no le crea de nuevo, es decir, si no le consagra. Este comportamiento religioso con respecto a las tierras desconocidas se prolongó, incluso en Occidente, hasta la aurora misma de los tiempos modernos. Los "conquistadores" españoles y portugueses tomaban posesión, en nombre de Jesucristo, de los territorios que habían descubierto y conquistado. La erección de la Cruz consagraba la comarca; equivalía, en cierto modo, a un *nuevo nacimiento*: "(...) Por Cristo, las cosas viejas han pasado; he aquí que todas las cosas se han hecho nuevas". (II *Corintios*, 5:17). El país recién descubierto quedaba "renovado", "recreado" por la Cruz (Eliade, 1983, p. 21).

impulsadores de un orden laico y secularizado que se expresa en las luchas Iglesia-Estado durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX. Tal confrontación entre lo tradicional y lo moderno tuvo una primera expresión política en la configuración de las dos corrientes partidistas: la liberal y la conservadora (Uribe de Hincapié, 2001, p. 167).

De esta manera, a través de los partidos no solo se llenó el vacío institucional que había entre el Estado-nación y el pueblo, sino que también estos se constituyeron en los herederos de dicha tensión, que para ellos se tradujo en dos perspectivas ética y políticas diferentes. Por esta razón, el dilema premodernidad-modernidad, se refleja en la oposición conservador-liberal en lo que se refiere a los proyectos de sociedad que cada uno representa. Lo liberal sería sinónimo de modernidad, pluralidad, libertades, derechos, racionalidad instrumental, y lo conservador, de continuidad del orden institucionalizado a partir de imaginarios católicos y otros derivados de la tradición colonial e hispánica, como la moral, las tradiciones y la importancia de la familia, entre otras. No obstante, dichas diferencias se expresaban solo en un plano ideal, pues en lo práctico, concretamente en lo que concierne a la representación, configuración e incidencia sobre lo público a través de los sujetos políticos, el horizonte político era provisto por la tradición de la religión católica; es decir, la identidad política del ciudadano equivalía, en esencia, no tanto a la identidad partidista, sino a la identidad religiosa. Así:

Lo común y lo colectivo, el dominio de lo propiamente público, se imbricó con lo sagrado, se confundió con él. Fue la cosmovisión religiosa la que estructuró tanto el principio cognoscitivo –el saber– como el principio normativo –las reglas morales–, frente a los cuales los mandatos y leyes del Estado, y el Estado mismo, debían subordinarse. Lo público y lo privado fueron esferas indiferenciadas y convergentes hacia ese centro estructurador y totalizante de lo sagrado que impregnaba con su lógica todo el sistema social (Uribe de Hincapié, 2001, p. 165).

Esta tensión-transición no significa que en Colombia su naturaleza política sea totalmente anacrónica o retardataria y que la modernidad no se haya vivenciado o sea un proceso postergado; más bien, se

trata de un proceso desigualmente desarrollado e híbrido (Uribe de Hincapié, 2001). En este sentido, dicha condición se resuelve desde las aperturas de dicha modernidad en la sociedad colombiana y como corolario de sus respectivos cierres o maneras de asimilarlo. Mientras que estas aperturas modernas implicaban un descentramiento de lo social, un proceso de secularización, el surgimiento de otros referentes territoriales (desarraigo urbano) y la aparición de procesos y prácticas sociales relacionados con la producción, el consumo y la comunicación de masas, como asimilación o cierre de tales cambios se presentan la aparición de lo público como una tierra de nadie, una secularización incompleta (de carácter mítico, mesiánico, imaginario y totalizante, que implica una sacralización de la política) y la ausencia de cultura política (Uribe de Hincapié, 2001).

Es por ello que:

(...) Pese a los procesos de secularización recientes a la consagración de la libertad de cultos en la nueva Constitución, en Colombia la religión católica siempre ocupó el espacio público y estuvo tan imbricada con la política que se confundió con ella, por ejemplo al jugar un papel destacado en la definición ideológica de las plataformas políticas de los partidos tradicionales (Uribe de Hincapié, 2001, p. 138).

Con Uribe Vélez, por ejemplo, como se identifica en sus discursos, las alusiones a diferentes referentes simbólicos de la religión católica en un Estado que se declara laico como el colombiano, no pasan inadvertidas si ellas constituyen una fuente de inspiración de su Gobierno: “Dijimos allá, que los votos de ellas, sus oración, sus privaciones, su abnegación, produzcan en Nuestro Señor y en María santísima, todas las reacciones para mirar siempre con benevolencia y ayudar al gran pueblo colombiano” (Uribe, 2005c, § 1). La relación política del Presidente con el pueblo, con base en estos referentes, estará mediada por imaginarios sociales de orden religioso que, como planteamos en el apartado anterior, soportan la fe como fuente de confianza que despeja cualquier manto de duda racional sobre Uribe y su Gobierno.

La gran mayoría de los colombianos somos gente sencilla que nos impresionamos fácilmente. Por eso es sensacional que el

Presidente aparezca en los consejos comunales y veredales con poncho, sombrero y ruana es una sensación. Y aun más que en su discurso incluya palabras como: "Dios quiera que podamos conseguir la platica, construir la escuelita, el puentecito, arreglar el pueblito...". Que utilice diminutivos e invoque la bendición de Dios, y diga "el señor los bendiga" ya lleva un gran terreno ganado en su popularidad. Es que en este país del sagrado corazón es fácil gobernar cuando se invoca el nombre de Dios porque toca los más finos sentimientos y creencias populares (Tamayo, 2005).

Colombia, pues, encarna el espíritu moderno pero de manera mestiza, ya que conjuga la ciudadanía como sinónimo de libertad y de derechos, propia de los tiempos modernos, con la sacralidad de los tiempos premodernos, en lo que se refiere a una especie de anhelo básico del ser, de sentir la seguridad y la confianza que se han perdido desde los días en que comenzó la transición de un mundo colonial de carácter sacro, a uno moderno que aún no se ha terminado de constituir.

De esta manera, en Colombia ha tenido lugar la configuración de esta ciudadanía sacra surgida del cruce entre la premodernidad y la modernidad, que a su vez se correlaciona con la existencia de una esfera pública débil y de una cultura política mínima (Uribe de Hincapié, 2001). Estos fenómenos políticos, pero a su vez culturales, tienen que ver incluso con cierto tipo de idiosincrasia del colombiano respecto a su manera de vivir en sociedad, de encarnar su *ethos* sociocultural.

Estas ciudadanía sacras contribuyen a otorgarle a la acción y a las prácticas políticas un cierto sentido teológico y trágico; de salvación del mundo y de cruzada contra el mal; de preservación de lo propio y de temor frente al otro, cultural o político, que pudiera significar alguna forma de cosmopolitismo o de pluralidad social (Uribe de Hincapié, 2001, p. 176).

Este sentido teológico y trágico es asimilado por el presidente Uribe según puede interpretarse en sus discursos, específicamente cuando hace suya la causa de todo un pueblo: "He procurado, asumir todas las responsabilidades políticas y en todos los momentos difíciles. He procurado que ustedes no se sientan solos" (Uribe, 2006a, § 27).

Lo anterior supone que si el referente de la ciudadanía sacra se halla bien arraigado en la mentalidad de muchos colombianos, a la manera de unos imaginarios sociales sobre los cuales se soportan las miradas que tienen de lo que acontece tanto en sus vidas personales, cotidianas, familiares, como en la vida pública del país y lo que tiene que ver con los asuntos de los cuales dependen las decisiones sobre sus condiciones materiales y sociales, la posibilidad de experimentar y pensar todo esto se remite al sentido detentado por unos referentes de orden religioso, de fe, de devoción, de certeza revelada por los libros sagrados o por los mensajeros de la palabra divina, sean estos los sacerdotes, los padres de familia y, porque no, algunos políticos que encajan en este modelo.

Vivimos, pues, en un Estado moderno basado en un sistema democrático de gobierno, en unas instituciones bien diferenciadas en sus estructuras y funciones; pero, aunque es este el marco de la existencia social y personal del pueblo colombiano, sus referentes, sus bases y sus imaginarios sociales no corresponden a este modelo, a esta forma o marco basado en unos ideales propios de la modernidad. En otras palabras, podría decirse que mientras que, en apariencia, Colombia es un Estado moderno, un país que ya vivió etapas a través de las cuales nació y se forjó, su mentalidad, su forma de ver y de experimentar el mundo dependen de los referentes de viejo arraigo que reposan en su corazón, en el corazón de su pueblo.

Este fenómeno de la ciudadanía sacra hunde sus raíces de sentido en la matriz cultural, en el marco de referencia o, más precisamente, en el metarrelato que condensa diferentes imaginarios que soportan la realidad de la sociedad colombiana. El mundo que allí se ha creado es un mundo sacro que, como tal, implica una perspectiva de la realidad desde la que se le concibe como un espacio en el que se hace presente el ser que conecta con un mundo perfecto, que es propio de seres supremos. En otras palabras: la ciudadanía sacra es en la medida en que hay un lugar al cual se está sujeto a través de un vínculo implicativo; se trata, pues, de ser ciudadano del mundo sagrado. La pregunta aquí es: ¿qué es lo sagrado?

Según hemos visto, lo sagrado es lo *real* por excelencia, y a la vez potencia, eficiencia, fuente de vida y de fecundidad. Lo que

caracteriza a las sociedades tradicionales es la oposición que tácitamente establecen entre su territorio habitado y el espacio desconocido e indeterminado que les circunda: el primero es el "Mundo" (con mayor precisión: "nuestro mundo"), el Cosmos; el resto ya no es un Cosmos, sino una especie de "otro mundo", un espacio extraño, caótico, poblado de larvas, de demonios, de "extranjeros" –asimilados, por lo demás, a demonios o a los fantasmas– (Eliade, 1983, p. 19).

Lo real es lo que está revestido de sacralidad, esto es, del establecimiento de un orden respecto a un caos, de la configuración de lo que es, de lo que no es, de la fundación del sentido respecto a un sinsentido. Lo sacro, a su vez, es una versión relatada sobre cómo apareció el mundo, sobre cómo del caos surgió el orden; de allí que devenga en mito, en historia revelada por los dioses, por lo propios creadores de la realidad (Eliade, 1983). El ser humano, en un orden sacro, tiene así un origen, un relato que lo cobija, que lo envuelve, que lo anuda para salvarlo del vacío de un caos siempre amenazante, sea esta la muerte o la desaparición de su mundo, del lugar al cual pertenece. Con ese mundo sacro como referente imaginal, el ciudadano colombiano, a pesar de esta condición moderna de *ciudadano*, tendrá un vínculo afectivo, una especie de conexión, de cordón umbilical que lo ata al mundo, que lo aterriza, que lo acentúa, lo subraya, lo anima. De este modo tiene un centro, un punto de conexión a través del cual se comunica con el creador, fuente de certeza y de sentido por el hecho de ser capaz de crearse a sí mismo y a todo lo demás, por ser dueño del tiempo, en cuanto que eterno, que habita en el antes –el nacimiento– y en el después –la muerte–.

Todo mundo es la obra de los dioses, pues, o ha sido creado directamente por los dioses, o consagrado y, por tanto, "cosmizado" por los hombres que reactualizan de un modo ritual el acto de la creación. En otros términos: el hombre religioso no puede vivir sino en un mundo sagrado, porque solo un mundo así participa del ser, *existe realmente*. Esta necesidad religiosa expresa una inextinguible sed ontológica. El hombre religioso está sediento de ser, el terror ante el "Caos"

que rodea su mundo habitado corresponde a su terror ante la nada (Eliade, 1983, p. 39).

La ciudadanía sacra, sin embargo, no supone la supervivencia del *hombre religioso* en el espíritu de ese sujeto político que es, aunque sí ciertos vestigios de su dimensión o constitución imaginaria. Como ciudadano, vive en un orden moderno, democrático, institucional, pero su modo de hacerlo está impregnado por tales vestigios, como si lo que aconteciese en su realidad fuese procesado o dotado de sentido por sus imaginarios, los cuales indican que en él prima un relato⁵² que remite a los tiempos cuando el mundo y él mismo participaban en conexión íntima y afectiva de lo real por excelencia: del tiempo y el espacio sacro. La pregunta es: ¿cómo se instituye lo sacro en el orden de lo real- contemporáneo de los acontecimientos? Esta pregunta tiene que ver específicamente con la relación entre el acontecimiento político de la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez, el ciudadano sacro y el mundo sacralizado, en contraste con lo que existe de moderno en la sociedad colombiana. No obstante, lo político y lo sacro antagonizan en la medida en que lo primero supone una esfera deliberativa entre sujetos que construyen su condición de humanos, mientras que, en lo segundo, la condición de humano es dada por el hecho de ser creados por un dios.

Se podría decir que es justamente a través de la política y la cultura que nos hacemos humanos en cuanto que nos reconocemos como iguales, posibilidad que no cabría en un orden sacro en el que todo ya está dado y es reflejo de lo divino que existe eternamente. Lo sacro,

52 Se podrá decir, a la manera de Ortiz-Oses (citado en Solares, 2002), que dicho relato opera aquí como sutura cultural y simbólica, con la cual este ciudadano sacro asimila y transforma la condición del sinsentido o del caos-abismo sin fondo (Castoriadis, 2001), a través de la creación de imaginarios con los que se instituye precisamente un mundo.

pues, sería del orden de la repetición⁵³ y lo político de lo posible⁵⁴. Podría decirse que, como tal, la condición de acontecimiento político queda subsumida en el orden de la repetición, de lo sacro, pues, como lo afirmó Otty Patiño en un chat sobre la reelección presidencial realizada por la revista *Semana*:

El momento de Colombia no es un momento político. Es un momento religioso. Eso hace difícil el debate. Ahora el problema es creer o no creer en Uribe (...) Porque lo que se está debatiendo no es la reelección sino la reelección de Uribe (Patiño, 2004a, comentario 4).

Según lo anterior, la legitimidad de Uribe y de su reelección es otorgada por la fe del creyente, que es el medio a través del cual se conecta de manera directa con la divinidad. De allí, pues, que no se discuta nada sobre él, ya que en el orden sacro la divinidad y sus obras son una demostración autoevidente de su ser en el mundo en el que habitan los seres humanos.

Recuerdo sobre esto que está diciendo Enrique, que Uribe no tiene gente que lo critique ni se haga autocrítica, y él tampoco la hace,

53 Desde cierto punto de vista, esta "salida" periódica del Tiempo histórico, y sobre todo las consecuencias que tiene para la existencia global del hombre religioso, puede parecer como un rechazo de la libertad creadora. Se trata, en suma, de un eterno retorno *in illo tempore*, a un pasado "mítico" que nada tiene de histórico. Se podría concluir que esta eterna repetición de los gestos ejemplares revelados por los dioses *ab origine* se opone a todo progreso humano y paraliza toda espontaneidad creadora. Tal conclusión está en parte justificada. En parte solamente, pues el hombre religioso, incluso el más "primitivo", no rechaza, por principio, el "progreso": lo acepta, pero confiriéndole un origen y una dimensión divina. Todo lo que, en la perspectiva moderna, nos parece que ha señalado "progresos" (de cualquier naturaleza: social, cultural, técnico, etc.) en comparación con una situación anterior, todo eso lo asumieron las diversas sociedades primitivas, en el transcurso de su larga historia, como nuevas revelaciones divinas (Eliade, 1983, p. 53).

54 A partir del momento en que surgen la filosofía y la política, la dimensión ilusoria de la religión aparece claramente. Se vuelve evidente que la sociedad y su institución no tienen fundamento trascendente, sino que la sociedad misma es la fuente de su ley. La autoinstitución de la sociedad (que siempre tuvo lugar, claro está) se vuelve explícita: nosotros hacemos nuestras leyes. A partir de entonces aparece el problema central de la democracia, el de su autolimitación. No hay ley divina, no hay norma extrasocial (Castoriadis, 2006b, p. 255).

que en estos días han publicado en *El Tiempo* dos entrevistas que me parecen asombrosas: una con el vicepresidente Francisco Santos y otra con el ministro del Interior y de Justicia, Sabas Pretelt. Y la verdad es que ninguno de los dos dice absolutamente nada, salvo que es necesario reelegir a Uribe y que no reelegir a Uribe sería una tontería, sin explicar por qué tampoco. "El país tiene por fin la oportunidad de tener un presidente como Uribe". Pero ¿qué es el presidente Uribe? No explican qué es el presidente Uribe: dicen: "Tenemos esa suerte, no podemos renunciar a él". Eso me recuerda muchísimo las cosas que se decían, por ejemplo, del generalísimo Rafael Leonidas Trujillo: "La República Dominicana tiene la suerte de tener de su lado a Dios y a Trujillo". Pero nadie explica por qué es una suerte que tengamos a Uribe, puede serlo o puede no serlo (Caballero, 2004, título: *La microgerencia empresarial*).

Y en este mismo sentido se puede agregar, a partir del chat realizado por la Revista *Semana* que se mencionó renglones atrás:

Señor Patiño, ¿a qué se refiere con el asunto de la fe? Otty Patiño: Yo soy columnista y cuando me permito dudar de alguna política de Uribe, los comentarios que recibo son muy agresivos, muy poco inteligentes, muy fanáticos. Eso es una característica de un periodo religioso (Patiño, 2004a, comentario 8).

La deliberación, el desacuerdo, la crítica, la oposición, elementos del sujeto político, como ya se mencionó, se tornan peligrosos en un régimen sacralizado o heterónimo en el que el poner en entredicho, de quien tiene la condición de servir como mediador entre el mundo del origen, el cosmos, el orden y lo real, tocan los más arraigados afectos y sentimientos de los *ciudadanos* de dicho mundo, que viven implícitamente en tal relato. Allí, pues, las conexiones son apasionadas, pues en dicha idealidad-realidad no hay distanciamiento, no hay ruptura, no hay espacio para el apaciguamiento; el amor y la furia circulan sin filtros, todo es un solo cuerpo interconectado por fibras sensibles de un espíritu que ha trazado los límites de lo que es respecto a lo que *no es*, y todo lo que *no es* será aquello que suene a negación del orden, de Dios.

No he escuchado ni leído todavía una voz de cordura desde la Casa de Nariño, alguien que pida calma en medio del apasionamiento. Ni siquiera un pronunciamiento para pedir que quienes defienden al Sr. Presidente atemperen sus pasiones aceptando que es posible vivir en un país con mayorías gobiernistas y minorías de oposición. El mismo Presidente parece haberse acostumbrado al placer erótico del aplauso y a la aberración democrática de creerse un mesías ¿Cómo explicar entonces la obsesión por cambiar la Constitución y llevarla como agua a su propio molino? (...) Muchos desearían el unanimismo como aplanadora, el aplauso incondicional como esparadrapo para la reflexión. A esos muchos, fanatizados por el efecto de frustraciones históricas, encandilados por liderazgos mesiánicos, nada les dicen sus gobernantes. Los quieren como huestes, no como individuos deliberantes (Collazos, 2004, § 5-7).

La negación del debate es la afirmación del orden existente pues en cuanto que autoevidente, no admite contradicción, ya que el orden, para ser orden, debe imponerse sobre el caos y, así como los dioses en los tiempos del origen del mundo debieron vencer al monstruo mítico portador de la destrucción, cada ciudadano en cuanto que hijo de Dios deberá vencer a cada insinuación monstruosa del caos para garantizar su existencia y la del mundo, repitiendo así los hechos del tiempo mitológico, del relato imaginario e implicativo. Así, el *ciudadano* participa *políticamente*, replicando la lucha del orden frente al caos, salvaguardando la democracia, o sea, el mejor Gobierno y el mejor gobernante que ha tenido Colombia.

El más macho de los presidentes que ha tenido Colombia tiene defensores de oficio que alimentan la cólera del gobiernismo a ultranza. Son aquellos que desearían eliminarnos para que la democracia del Presidente no tuviera obstáculos en su vertiginoso e irresistible ascenso hacia la perpetuidad constitucional (Collazos, 2004, § 4).

En este orden de ideas, podría decirse que Colombia no se encuentra en un tiempo político sino en un tiempo religioso, un tiempo de naturaleza cultural y psicológica, un tiempo que no ha transcurrido, un tiempo entendido como estado del ser, como una suerte de detenimiento o suspensión en una época pretérita en el

que se recrean precisamente esas imágenes míticas de dioses y de padres, que dan sentido a la existencia en sus diferentes ámbitos y manifestaciones. "(...) Como acabamos de ver, y como habremos de ver mejor aún en lo que sigue, ciertas imágenes tradicionales, ciertos vestigios de la conducta del hombre perduran aún en estado de "supervivencias" incluso en las sociedades más industrializadas" (Eliade, 1983, p. 32).

Podemos redondear diciendo que lo sacro encierra unos imaginarios sociales sobre el lugar de Dios, como referente principal de la existencia que da origen al mundo y que, a través de él o de sus manifestaciones, se puede recuperar la paz, en contraste con la angustia que genera la siempre amenazante insinuación del desorden, del caos; de allí que se tenga la impresión, como lo sugirió Otty Patiño (2004a) en el chat que se referenció, que el tiempo de Colombia sea un tiempo religioso. Estos imaginarios están implícitos en la cultura política del país pues en sí son el soporte imaginal o matriz socio-cultural que por mucho tiempo han servido de referentes para comprender el mundo de la vida y lo que allí acontece. Por tanto, les corresponde a tales imaginarios cierta vigencia de su sentido ante las circunstancias o condiciones sociales, económicas y políticas del mundo moderno, en la medida en que ellos permiten sortear la incertidumbre que de estas circunstancias se deriva.

En otras palabras, lo sacro es lo heterónimo en un mundo que supone autonomía, es decir, que exige del ser humano el reconocimiento de su propia humanidad arrojada al mundo y lo que ello significa: la responsabilidad de afrontar su propia existencia sin ninguna tabla de salvación o un dios que le dicte qué hacer, qué creer, qué pensar o cómo vivir. La política, entonces, es de los seres humanos para los seres humanos; por ende, no se trata de reconocer dioses o semidioses que hagan las veces de salvadores que devuelvan la confianza perdida, cuando el ser humano pudo darse cuenta que la realidad del mundo era producto de su mediación racional, emocional, afectiva, simbólica, y no una herencia de un reino original, preexistente y supremo.

La tensión entre lo premoderno y lo moderno, o de otro modo, entre la heteronomía y la autonomía en el ámbito de la cultura política del país, que deriva en una ciudadanía sacra, deviene entonces en una

lucha en la que otras imágenes de la sociedad, del ser humano y del tiempo, tratan de emerger para mostrar que lo que está en juego en la política no es el mantenimiento de un orden cultural, sustentado en la imagen de Dios, sino en la de un ser humano que puede y debe reconocer su responsabilidad y autonomía. La emergencia de tales imaginarios conllevaría a lo que podría ser considerada como la maduración democrática del régimen político del país, en concordancia con los preceptos modernos sobre los cuales se pensó el proyecto de Estado-nación en Colombia; sin embargo, en vista de este acontecimiento político y de lo que se pone en juego, la democracia colombiana da muestras de su inmadurez. A propósito, una de las respuestas de Camilo Sánchez, en entrevista publicada por la revista *Semana*:

Semana.com: Haciendo alusión a las palabras del ministro de Justicia Sabas Pretelt, ¿Se puede decir entonces que la democracia no está madura?

C.S.: Nuestra democracia está como un aguacate, la quieren madurar a punta de papel periódico. Nosotros tenemos claridad en cuanto a que Colombia no está en contra de un presidente, que el presidente Uribe puede que lo haga bien pero él no es el Mesías, no es el único que puede hacer las cosas correctamente. En este momento no existen las circunstancias para realizar esa reelección inmediata, pero tampoco estamos diciendo que el presidente Uribe no pueda participar en 2010 y que tenga una buena opción si hace un buen gobierno. El problema actual es que no estamos ni en la mitad del periodo. Me acuerdo que el presidente Pastrana iba, más o menos por esta época, con una audiencia altísima y gran apoyo de la ciudadanía, casi del 70 por ciento (Sánchez, 2004a, pregunta 5).

Es, pues, en este sentido que la reelección presidencial se sustenta en una orientación heterónoma que tiende a la sacralidad y a la recreación del mundo a partir de unos imaginarios sociales que así lo muestran. En esencia, desde la perspectiva imaginal, que se dilucidará en los siguientes apartados, lo que está en juego con la reelección es la promesa de vivir en función de una confianza básica, aquella que permite sortear la angustia del mundo moderno generada por

la ausencia de un ser fundamental que crea el orden y que Uribe ha pretendido devolver, en la medida en que con él se ha hecho presente o se han expresado en él las cualidades que definen a tal ser. Este estado sacro se corresponde con una disposición anímica o actitud opuesta a la que la ciudadanía moderna supondría: una especie de fanatismo en oposición a la racionalidad.

Este fanatismo, podría decirse, conlleva a una especie de tergiversación de la realidad social y política del país a partir de la cual, definida desde los imaginarios sociales del orden sacro imbricado en el orden político moderno, se crea el riesgo de hacer lectura de los problemas del país desconociendo los grandes logros para la vida social alcanzados en la modernidad. De esta forma, como lo señala el precandidato presidencial para el año 2006 por el Partido Liberal Enrique Gómez Méndez, se da que “(...) En el país, rechazado principalmente por culpa de las FARC, algunos han llegado a creer que incluso pueden sacrificarse el Estado de derecho, las libertades públicas, la inversión social, para acabar con ellas” (Méndez, 2004, pregunta 4).

Esta tensión de la ciudadanía sacra, que con Uribe parece inclinarse hacia la sacralidad del mundo y, por tanto, al fanatismo y a la fe como modos de comprender y orientarse en la realidad, tiene, por el otro extremo, por el lado de lo moderno representado por el ideal de la ciudadanía y de la cultura política en el sentido de la racionalidad y la reflexividad, a otros políticos que pueden reflejar la concepción de un Estado-nación y no de un mundo clausurado⁵⁵ y heterónomo como lo es el mundo tradicional que centra el tiempo, el espacio y el devenir humano en la voluntad de Dios y en su recreación.

55 La diferencia radical entre el mundo biológico y el mundo histórico-social es que en este último emerge la autonomía. Podemos hablar, como Varela de “autonomía” de lo viviente, pero esto es precisamente lo que llamamos –también con Varela– la “clausura”: lo viviente tiene sus propias leyes, y nada puede aparecer en su mundo que, de una manera u otra, no sea conforme a estas leyes desde el punto de vista cognitivo. La clausura implica entonces que el funcionamiento de este viviente, de este sujeto, de este sí mismo, y su correspondencia con lo que puede haber “afuera”, están gobernados por reglas, principios, leyes, que son dados de una vez por todas (Castoriadis, 2006b, p. 90).

El lanzamiento de Antanas como candidato presidencial es como un viento fresco que nos recuerda que hay otro país, independiente de los partidos tradicionales, libre de los fanatismos de derechas e izquierdas, que no quiere dejarse atrapar por las pesadillas violentas que nos abre la reelección (Patiño, 2004b, § 1).

Entonces, la ciudadanía sacra, esta ciudadanía híbrida recreada en la cultura política del país, implica una tensión y una lucha entre la sacralidad, que se halla a la base de la propia cultura como metarrelato religioso, y un mundo moderno de naturaleza descentrada, desfijada, racional y que suponen un ser humano autónomo y consciente de su capacidad creadora. El acontecimiento político de la reelección de Uribe saca a la luz esta tensión, lucha en la que está en juego el tipo de país y sociedad que los colombianos desean. La reelección, en la perspectiva del análisis y de la interpretación imaginal que se está haciendo, se relaciona con la perpetuación de un orden heterónimo, sacro, que se basa en unos imaginarios sociales determinados. Pero, del otro lado de esta tensión, hay también en el país y en esta cultura política una orientación hacia la autonomía, hacia la reivindicación y la consolidación de los ideales y los imaginarios que fundan la modernidad. A continuación, en el siguiente capítulo, se pretende dar cuenta de los imaginarios sociales que instituyen este relato sacro y heterónimo implicado en la cultura política del país y que, según se puede interpretar, están implícitos en el acontecimiento político de la reelección de Uribe Vélez.

TRASFONDO IMAGINAL

En la estela del prodigio mítico se fertilizan los mundos humanos con la espuma espiritual de los tiempos. Tibios, así nacen, crecen, perduran o cambian, prolongando aquel trazo líquido y efervescente que rompe la existencia, creando una herida de tiempo. Entre tanto, irrumpiendo con la fuerza de la intuición y de las imágenes reveladoras, la espuma de vida moja los pies de un coloso pensante que contempla el horizonte a las orillas del mar y de cara al sol en medio del silencio del vacío de la noche cósmica.

Con no otro destino que el de empaparse plenamente, sus certezas se limpian y refrescan revelando un poder inusitado en una suerte de traslucidez que permite apreciar y deleitarse con las conexiones sagradas del todo. Cada cosa y cada idea, mojada del espíritu que llena de sentido la existencia que se traza, implica una semilla que, a pesar de las ilusiones y apariencias pasajeras, germinará siempre en cada experiencia humana.

Así, lo mítico, con su sentido sacro, se presenta como referente en la experiencia del mundo, en las diferentes búsquedas individuales y colectivas, en las dificultades y crisis; en últimas, en todo lo que comprometa lo humano. El sentido sacro, entendido no como racionalidad religiosa, sino más bien como espíritu religioso, es religazón, reconexión espiritual, líquida, implicativa. Religarse, pues, no es con el dios, sino más bien con los dioses de las cosas, de las palabras, lo que sugiere que estas tienen un sentido enmarcado en un trasfondo de experiencia a manera de entretejido y de relaciones en función de imágenes y significados que dan continuidad y textura (espuma) a la incertidumbre y su correlato, el devenir humano...

Para la lectura de los siguientes apartados, propondremos una sumersión en el imaginario sacro, por tanto mítico y ancestral, que en su espumosa liquidez se difunde por los espacios de la sociedad instituyendo un referente de sentido que, a su vez, juega un papel determinante en la cultura política del país. Este trasfondo imaginal, como lo trataremos de evidenciar en los siguientes apartados, se compone de tres imaginarios: la tierra del padre como montaña, la jerarquía divina como soporte de unidad espiritual y Uribe como hijo del Padre, como héroe- guerrero, como mediador y como hermano.

La tierra del Padre es la montaña

Para comenzar, retomemos la idea de la ciudadanía sacra, afirmando que dicha condición implica que el sujeto que vive en esta dilemática situación, vive en una imagen de mundo implícita en su matriz o estructura sociocultural. Su tiempo es un tiempo sacro, o sea, de conexión con la eternidad en el sentido de lo que esta representa: la certeza de pertenecer a un orden en el que el sinsentido o el caos han sido conjurados. Tal imagen es un ideal, un anhelo, en cuanto

que no se le habita completamente, pero se está muy cerca de que así sea. La imposibilidad de que dicho orden advenga en su totalidad se debe a que en Colombia hay un problema que se lo impide según el presidente Uribe: el terrorismo. Y aunque se han hecho grandes avances, aún el caos se cierne sobre este mundo, o como dijo el propio Uribe Vélez: “Vamos ganando, pero no hemos ganado: La culebra está viva” (Uribe, 2005e, título: Derechos humanos, § 3).

El Dragón es la figura ejemplar del Monstruo marino, de la serpiente primordial, símbolo de las Aguas cósmicas, de las Tinieblas, de la Noche y de la Muerte; en una palabra: de lo amorfo y de lo virtual, de todo lo que no tiene aún una “forma”. El Dragón ha tenido que ser vencido y despedazado por el dios para que el Cosmos pudiera crearse (Eliade, 1983, p. 30).

En el tiempo del espíritu, el tiempo imaginal, ni cronológico ni histórico, se experimenta su transcurrir en la tensión entre el caos y el orden, puesto que en este se ponen en juego sentimientos tan determinantes como el miedo y la esperanza. En este tiempo Dios crea el mundo a partir del caos, venciendo el caos, imponiéndose sobre él; es un tiempo fundacional que se constituye en referente para sortear en la vida práctica el miedo y alimentar la esperanza, en cuanto que relato inspirador. Así pues, a partir del esquema caos-lucha-victoria-orden, acto inaugural y primero a partir del cual se comienza a entretejer el mundo, se puede comprender el impacto de Uribe y su Gobierno, y por tanto su reelección. Se podría, entonces, reemplazar cada uno de estos términos que componen este esquema que proponemos, a partir de la manifestación de distintas voces que reflejan el pensar y el sentir en esta dirección.

Respecto al caos, se puede replicar la percepción de muchos colombianos expresada en uno de los chats en el que se resalta el impacto de Uribe en contraste con el caos político y social que reinaba antes de su Gobierno: “La fe en Uribe nace de un desgobierno de ocho años. La ecuación es: Proceso 8.000 + zona de despeje, igual fe total en Uribe. Se me olvidaba sumarle a la ecuación la estupidez política de las FARC” (Patiño, 2004a, comentario 38). En cuanto al segundo término de este esquema, *lucha-victoria*, se retoman las palabras del presidente Uribe en uno de sus tantos discursos en los

que hace un llamado a la agresividad y a la autoridad, en el sentido de ir a la ofensiva en la lucha de la fuerza pública contra el terrorismo: “El país tiene un alivio interior por el heroísmo de ustedes que poco a poco va consolidando la paz” (Uribe, 2006e, § 1). Por su parte, la percepción de cierto renacimiento de la esperanza podría ser considerada como indicador del orden, en contraste con el caos percibido como consecuencia de las dificultades que no supieron resolver los Gobiernos anteriores y otras que se generaron en estos:

Pronto se vieron una mejoría sustantiva en los índices de seguridad, una meritocracia en marcha que prometía desterrar el clientelismo, reestructuraciones en empresas estatales, como Telecom y Ecopetrol –a las que por muchos años nadie se les había medido– y un primer paso para solucionar la crisis acumulada de las pensiones. También consiguió un mayor respaldo internacional para la lucha antiterrorista y consolidó la alianza con Estados Unidos para mantener el vigor de un Plan Colombia, que además de combatir el narcotráfico se había extendido a combatir la guerrilla. Como lo dijo esta revista en su momento, al finalizar el primer año del gobierno Uribe, había vuelto la esperanza (“Uribe, segundo tiempo”, 2004, § 2).

Así se creó el mundo y con base en este esquema lo relatan los mitos de diferentes culturas. El orden se diferencia del caos y se impone sobre él a través de la lucha y la victoria. Con el orden se establece un centro (Eliade, 1981) y a partir de este centro se van entretejiendo otros puntos con los cuales se va extendiendo el ámbito simbólico y espacial de tal mundo. Dado su origen a partir de la creación por parte de un dios, dicho mundo está revestido de sacralidad, por tanto en este mundo se está en contacto con ese dios. En lo que se refiere a la construcción como tal del mundo, de su configuración en el espacio como una entidad diferenciada que se constituye en punto de referencia, en centro, en ombligo, en fuente, en lugar-hogar, se puede decir que dicho despliegue obedece a una necesidad del ser de tener un punto o puntos de conexión, especialmente en el caso del hombre religioso.

Si en la ciudadanía sacra perviven ciertos vestigios del hombre religioso, de ese núcleo o centro aglutinante de sentido sacro, tales como el

deseo de retorno, de conexión, el miedo al caos y la reivindicación de este a través de la esperanza y la seguridad, podría inferirse que hay una necesidad de mundo, de pertenencia, de vínculo con un espacio mítico en cuanto que sagrado e imponente. Cabe recordar que los diferentes pueblos históricos que habitaron el territorio nacional en los tiempos de La Colonia (Uribe de Hincapié, 2001) construían sus identidades con base en los referentes de territorio; para ellos su mundo era su territorio que, a su vez, estaba revestido de sacralidad. La aparición del Estado-nación implicaba la transformación de los referentes identitarios y, por ende, de los referentes simbólicos a través de los cuales se significaba el territorio, los vínculos con este, con los otros y se configuraban prácticas culturales (Uribe de Hincapié, 2001). Suponía entonces el paso de la concepción sacra de la realidad, del mundo, de la cotidianidad, a una concepción profana⁵⁶.

En esta fractura fue importante la sutura cultural y simbólica que se consiguió a través de la religión católica, que logró generar unidad e identidad a partir de la vinculación y la pertenencia a un centro (Uribe de Hincapié, 2001) que, como tal, era inexistente en el orden republicano y democrático que nacía y que implicaba precisamente descentralizar el poder (que en aquel entonces era reconocido como propio de la Iglesia). Lo anterior se refleja en el modo en que los pueblos y las villas se organizaban espacialmente, que no obedecía simplemente a una disposición arquitectónica sino simbólica y, por tanto, imaginariamente, puesto que implicaba un orden ideal. Los pueblos y las villas se crearon y se organizaron a partir de un centro establecido por la edificación de los templos e iglesias, alrededor de los cuales se construyó el espacio público, pero siempre teniéndolos como punto de referencia.

Los pueblos y las villas crecieron con el tiempo y se convirtieron en centros urbanos con características modernas hasta llegar a ser, en muchos casos, las grandes ciudades que hoy existen en el país. La centralidad del espacio sagrado se difumina pero, a pesar de eso, persisten iglesias y templos que sirven como referentes espaciales,

56 "Lo 'profano' no es sino una nueva manifestación de la misma estructura constitutiva del hombre que, antes, se manifestaba con expresiones 'sagradas'" (Eliade, 1983, p. 7).

pero también simbólicos en cuanto que representan ese vínculo con lo sagrado. Los puntos de conexión con el tiempo sacro y con Dios existen en medio de este mundo moderno que encarnan las grandes ciudades, pero tales puntos, estos templos e iglesias, en cuanto que manifestación espacial y real de un orden eterno, son representaciones de una imagen con sentido, del mundo imaginario que se extiende e inunda la imaginación de los ciudadanos; de allí que aunque a dichos templos e iglesias se les destruya físicamente, sobrevivan arquetípicamente en el imaginario colectivo de los pueblos. En este sentido, se puede afirmar que el ser humano, tenga una mentalidad sacra o moderna, presenta la tendencia a anhelar, desear o necesitar un templo, un lugar sagrado o especial, un punto de conexión que lo llene de tranquilidad.

Esta sed ontológica se manifiesta de múltiples maneras (...) Hemos visto que el simbolismo del Centro del Mundo no solo "informa" a los países, las ciudades, los templos y los palacios, sino también a la más modesta habitación humana, a la tienda del cazador nómada, a la yurta de los pastores, a la casa de los cultivadores sedentarios (Eliade, 1983, p. 39).

La sed ontológica es un anhelo de seguridad y confianza que se alcanza a partir de la certeza de que hay alguien o algo al que se está ligado, a pesar de que ese algo o ese alguien no esté presente, condición que crea una sensación de soporte o de apoyo, de sentido de realidad. Es por esto que desde esta sed o anhelo se establece un centro en medio del universo, un centro que deviene en mundo, un mundo que es plagado de sentido en función de lo que en él existe y acontece, del drama o relato que anima su espíritu.

En otras palabras, no se trata solamente de una especie de punto geográfico en la inconmensurabilidad del universo; es el lugar del origen, del comienzo de los tiempos en el que lo humano se recrea y, por tanto, tiene sentido. Digamos, pues, que el centro, el lugar del ser, es imaginario; es un imaginario específico cuando adquiere una forma determinada y cuando alrededor de él se anudan otros imaginarios que componen una imagen de mundo: ¿cuál es ese centro, ese mundo imaginario al que se remite el ciudadano sacro?, ¿cómo es ese mundo en el que se vive en un tiempo suspendido en el que Uribe y su reelección son referentes? Ese centro se encarna en

la patria, expresión que el presidente Uribe utilizó con frecuencia y con mucho entusiasmo durante su Gobierno; una palabra que no se escuchó tanto en los tiempos recientes.

Amor a Colombia, muchachos subtenientes, porque cuando hay amor a Colombia las cosas difíciles se vuelven fáciles. Porque cuando hay amor a Colombia, las energías le pueden a la debilidad, el entusiasmo rebasa la pereza. Cuando hay amor a Colombia, no hay ninguna tentación de corrupción. Cuando hay amor a Colombia, y si todos aportamos amor a Colombia, la Patria sale adelante. ¡Adelante muchachos, por el bien de la Patria!" (Uribe, 2005h, § 50-53).

Todo esto, me hace pensar que la Patria la podemos sacar adelante, que sin descansar un momento como usted no ha descansado en su vida, que sin dejar de querer a la tierra y a nuestros coterráneos un momento, que con el corazón henchido permanentemente de patriotismo siempre acudirá a Dios a ayudar a que la tarea sea fecunda, con usted compartimos un sueño (Uribe, 2004h, § 15).

Las invitaciones de Uribe respecto a la *patria*: defenderla, sacarla adelante, protegerla, amarla, sumado a cierta valoración trascendental que supone el significado original de la palabra *patria*, permiten interpretar esta como el centro, el ombligo, el punto con el que está llamado a conectarse el ciudadano sacro. El Estado-nación como referente de identidad toma forma de *patria* con Uribe, gracias a la afinidad entre el imaginario que supone y la sed ontológica que anida en el corazón aún religioso de la ciudadanía sacra. Para ampliar esta interpretación, es necesario recordar la definición etimológica de la palabra *patria*: "País donde se ha nacido: latín *patria* (substantivo); patria (sentido implícito: país del padre de uno); de patria (adjetivo), femenino de *patrius* "de un padre, paterno", de patr-tema de *pater* 'padre'" (Gómez de Silva, 1998, p. 524). La *patria*, entonces, suele designar la tierra natal o adoptiva a la que un individuo se siente ligado por vínculos de diversa índole, como afectivos, culturales o históricos.

La patria es, pues, la tierra del Padre, ancestral, mítica. Si la patria es la tierra del Padre, y si toda esta realidad política se está construyendo

sobre un plano divino de unidad espiritual, tal patria se presenta como el lugar o espacio donde está imbricado o impregnado lo divino; en otras palabras, Colombia en cuanto *patria* es un lugar sagrado, mítico: un paraíso.

(...) Ahora venimos del Caño Cristales, de ver ese prodigio, esa belleza con que mi Dios dotó a Colombia. Uno de los promotores allá dice que el Caño Cristales es un río que se fugó del paraíso y se vino para Colombia. Pudimos ir allá gracias a ustedes" (Uribe, 2006e, § 3).

(...) Y cuando entra el avión al Quindío, creo que se ve el paisaje más bello del mundo. Este es el pedacito de cielo que mi Dios le regaló a Colombia, le provoca a uno quedarse sosteniendo y mirando este paisaje, este jardín y además – también– combinado por la laboriosidad de ustedes. ¡Cómo lo manejan de bien! (Uribe, 2006b, § 2).

Esta mañana pensaba yo en una palabrita clave salida del alma para saludar a mis compatriotas del Archipiélago y pensaba en la palabrita cariño. Tuve una fortuna esta mañana, pero una fortuna. Un grupo de niñitos semanalmente hace el recorrido a nado, entre Johnny Cay y San Andrés y me invitaron esta mañana. Les dije: pero vayan despacio. Vayan despacio que yo aprendí a nadar en el río Cauca y ahí voy despacio, pero ahí les llego, e hicimos ese recorrido. ¡Una preciosidad, una preciosidad! Me cruzaron el alma todas las emociones, todos los sentimientos por esta Patria. Patria tan bella, Patria tan diversa, Patria de tanto presente, de tanto futuro (Uribe, 2004a, § 10).

La patria es la tierra mítica, de los padres; en este sentido, de los creadores, o mejor, del creador, de Dios. Vivir en la patria es vivir en Dios, certeza a partir de la cual se construye identidad y unidad. Proteger y amar a la patria es proteger y amar a Dios; vivir con sentido, vinculado o conectado con la Patria en función de tales sentimientos. De igual manera, cuando el Presidente habla de patria, suele utilizar expresiones que suponen valores, virtudes, emociones, sentimientos, elementos que implican el sentir, la afectividad. Resulta, pues, que la patria, al igual que la *democracia*, deviene en sentimientos, valores

o virtudes. Así, la patria y la democracia dejan de ser entidades abstractas o incomprensibles para formar parte del ser íntimo de cada colombiano.

La Patria, decía un pensador inglés, es un pacto diario entre los que ya están en el cielo, los mayores, los niños y los que habrán de venir. Y esta Patria tan bella hay que conocerla, hay que vibrar por ella, hay que tener los accidentes de la geografía de Colombia metidos en las venas. Por ahí saquen una publicidad y entonces no digan que estaban en las lagunas, sino las sierras en las venas, las playas en las venas, los ríos en las venas, toda la geografía de la Patria, cada sitiecito hay que tenerlo en el álbum, en la mente y en las venas. Que corran en el torrente sanguíneo. ¿Estamos de acuerdo? Vibrar por Colombia (Uribe, 2004d, § 3).

Tenemos pues, en resumen, un presidente que recupera la palabra *patria* para hacerla prácticamente un símbolo de sus discursos, que genera identidad y unidad a partir de los sentimientos impregnados de sacralidad que se derivan de ella, que se transforman en parte íntima del ser de cada colombiano a tal punto de correr por sus venas.

Los sentimientos de *patria* impregnados de sacralidad, subsumen la democracia y la reconfiguran como una relación específica con el gobernante, no mediada por el sentido político sino por la fe, pues si la *patria* es el centro, el origen, todos somos iguales en cuanto que nacimos de la misma fuente. Así se replica del catolicismo su premisa fundamental: somos hijos de Dios, hechos a su imagen y semejanza; por tanto, el lazo fraterno es un lazo de identidad provisto por el origen común de carácter mítico que no admite contradicciones, puesto que la diferencia no existe si la igualdad es derivada de la procedencia de un ser supremo del cual todos forman parte por ser nacidos de su propio ser. Procedemos, pues, de Dios, del arquitecto de la vida, "(...) Entonces hay que decir en todas partes, decirlo tranquilamente, sin fanatismo pero con mucha convicción: 'muchachos cuidado, piensen en que el arquitecto perfectamente organizado es el creador y por algo él definió las cosas' (Uribe, 2005f, § 19).

En este orden de ideas, los ciudadanos forman parte integral de la *patria*, como si esta fuese una sola entidad animada por el ser que

le dio origen y que se reproduce en ella a través de sus hijos. Y es, precisamente, uno de ellos, el presidente Uribe, quien aparece como un ser de carne y hueso que emerge como punto de referencia de ese centro que es la *patria*, como una especie de materialización de ese orden sacro.

En los últimos meses, en medio de la desintegración de los partidos y de la pérdida de identidad política de los colombianos en general, se ha venido consolidando en el país un movimiento doctrinario, que cada día toma más fuerza. No se congregan bajo una bandera, ni siquiera los cobija una misma ideología ni creencia. No se uniforman, ni están carnetizados. No están agrupados en comités o federaciones. Mucho menos en sindicatos. Se los encuentra uno en los taxis y en las calles; en los restaurantes y en los cocteles; en las oficinas y en los supermercados; en las porterías o en los salones de los clubes. Los hay jóvenes y ancianos, hombres y mujeres. Se trata de los furibistas –furibundos uribistas–, cuyos más ilustres exponentes se encuentran en el Congreso, en misiones diplomáticas o en cargos del gobierno, y para quienes el 7 de agosto de 2002 fue el primer día de la creación, pues hasta entonces todo era oscuridad. Ellos juran que Álvaro Uribe es el enviado del cielo para sacar a sus compatriotas del desierto de la pobreza y quien después de abrirnos paso en medio del mar de la violencia, ha de llevarnos a la tierra prometida; pero eso sí, tras varias reelecciones. Él mismo lo insinuaba hace dos años, cuando decía: la patria necesita varios periodos de autoridad para frenar la acción de los violentos (Flores, 2004, § 1).

La *patria*, en cuanto imaginario de mundo sacro, ya existe y ha existido en su condición de mundo original; se trata entonces de retornar a ella, de conectarse o sintonizarse con ella a través de aquellos sentimientos que producen identidad y unidad de los unos con los otros, como hijos nacidos de aquella tierra paradisiaca e ideal. La misión de Uribe será la de llevar al pueblo de vuelta a través de su Gobierno, principalmente con la seguridad democrática, gracias a la cual se recuperara la confianza, renacerá la esperanza y se reestablecerá el orden que la culebra amenaza: “(...) Esta Patria ha sufrido muchos años, yo creo que las políticas de

seguridad en Colombia han sido no muchas y por corto tiempo. Por eso nuestra insistencia al pueblo colombiano es: ¡perseverancia con la política de seguridad!” (Uribe, 2005i, § 36).

Al contrario, si logramos, con nuestra acción, que la nueva generación al despertar, que la nueva generación al empezar los años de uso de razón, vea motivos de felicidad, de esperanza, de halago, esa nueva generación tendrá permanentemente un henchido sentimiento de *patria*, esa generación consolidará más esta Nación, esa generación trabajará con más ardentía para que esta Nación sea grande, equitativa, para que esta Nación sea rica y justa, para que esta Nación progrese en lo material y en lo espiritual (Uribe, 2004e, § 26).

En este sentido, la misión de Uribe es la de un héroe cuya condición le es propia en la medida en que es nacido del seno divino de la *patria*, de Dios. Sin embargo, a pesar de tener una procedencia divina, es un ser terrenal, un ser nacido en el mundo, condición que lo determina en cuanto que, haciendo un paralelo con la figura de Jesucristo, le ha correspondido sufrir las penurias de la vida humana. Uribe, como ya se mencionó en el primer capítulo, ha tenido que sufrir la violencia del mismo modo que una parte significativa del pueblo. Estas heridas compartidas, sumada al imaginario sacro del retorno a través de una figura salvadora, son, incluso, un referente cultural que influye en las decisiones políticas de un pueblo; un referente cultural que, además, no se limita a la cultura colombiana sino a otras culturas con las que esta comparte fronteras, un idioma, unas creencias, unos símbolos, un origen y un historia. Compararnos con estas culturas afines, funciona como mirarse a un espejo, como se hace cuando nos miramos a través de los ojos de los más cercanos.

Hartos de la corrupción y de la ineficacia de la vieja política y los viejos partidos, los venezolanos resolvieron elegir, hace más de cinco años, a un completo *outsider*, a un antipolítico, es más, a un exgolpista, el teniente coronel Hugo Chávez. El tipo, al oírlo, parecía un exaltado, y sus interminables peroratas dejaban intuir la personalidad de un megalómano, pero los pueblos a veces se ciegan cuando quieren creer que alguien será “el salvador de la *patria*”, una especie de Mesías que sanará todas las heridas.

Chávez tenía además otro atractivo fundamental. Un atractivo que, por genes y por cultura, seduce a muchos latinoamericanos: daba la impresión de ser un líder popular (que venía de abajo), y un hombre duro, que pondría orden en el despelote dejado por el Copei y los socialdemócratas. El gran mulato que destronaría a las castas blancas, y el militar de mano implacable que pondría orden en casa. Cierta retórica del resentimiento, la mezcla de verdades con mentiras en su discurso populista y la promesa de disciplina y autoridad militar sedujeron a los venezolanos (Abad, 2005, § 3).

Esta comparación nos habla de dos gobernantes, de dos países hermanos, en los que se evidencia una tendencia a comportarse como seres providenciales a quienes, según lo anterior, les ha correspondido la tarea de salvar a la *patria*, es decir, restablecer el orden. La misión heroica será la de reestablecer el orden y propiciar la unidad del mundo sacro a partir del orden que se configura al vencer el caos. Esta unidad en el orden implica que todos, sin excepción, como hermanos de *patria*, de un mismo origen, compartido con el Presidente que en este sentido es uno más, apunten hacia los mismos objetivos, como puede pensarse según las siguientes palabras del presidente Uribe:

Pongan la mano en un solo punto, organice a todo el mundo, a los Gobernadores, a los Gobernadores Indígenas, a los Mamos, al General Gómez Heredia y al Ejército: una foto poniendo la mano todo mundo en el mismo sitio, apuntando en la misma dirección. Esa tiene que ser Colombia, una confederación de solidaridad, todo el mundo apuntando en la misma dirección" (Uribe, 2004b, § 15).

La forma que adquiera el orden, según los objetivos particulares, toma como punto de referencia el anhelo de un *orden* en su sentido original y sacro como posibilidad de establecer una conexión con la fuente de sentido que es Dios, que calma ese anhelo de seguridad y de confianza básicas. En otras palabras, tras la búsqueda de cualquier orden estaría el deseo de calmar la angustia que produce el caos, para lo cual precisamente el héroe, como emanación de Dios busca repetir la obra divina de la creación (Campbell, 1972).

En este sentido, vencer la culebra y llevar de vuelta al pueblo a esa tierra prometida a través de la reconexión con la *patria*, significa, en

esencia, mediar en la culminación del ciclo eterno de la destrucción y de la vida. Dicho ciclo implica que Uribe aparezca en el mundo y que con él advenga la *patria* como símbolo que encarna la posibilidad de la esperanza y de la paz. En otras palabras, hay *patria* en la medida en que existe Uribe y hay Uribe en la medida en que existe la *patria*.

¿Cuál es la historia de este ciclo? ¿Cuál es el relato que recrea el ámbito de la *patria* antes de su advenimiento a estos tiempos modernos de la sociedad colombiana?

“Pero volviendo al cuento del paisano mío que alquila caballos, del paisano mío cordillerano y montañero como yo...” (Uribe, 2006b, § 14). Tendremos que decir que Uribe es un ser nacido de la montaña, específicamente en la *Capital de la Montaña*, en Medellín. Esto significa hablar de un legado antioqueño en el sentido de cierta impronta de una cultura virtuosa con unas marcadas cualidades, de las cuales Uribe da muestras a través de su orgullo antioqueño, exaltando con ello la antioqueñidad: una condición que hunde sus raíces en un pasado épico y virtuoso de hombres inteligentes, poetas, andariegos y laboriosos.

Hasta hace no muchos años, cuando leía en la obra de Robledo Ortiz, aquel poema ‘Siquiera se murieron los abuelos, hubo una Antioquia grande y altanera, un pueblo de hombres libres’, que siguen estrofas tan bellas, siempre conjugaba como el poeta en pasado, no pensé que tuviera el privilegio de conocer y de interactuar con algunos coterráneos de la estatura intelectual, ética, moral, del compromiso de realización por Antioquia que añoraba el poeta de la tierra.

Iván Restrepo Gómez, es de antología, es el sueño del poeta paisa, en carne y hueso, andariego por los caminos de esta montaña, siempre en actitud de servicio. Qué fortuna para los que hemos sido sus amigos, los beneficiarios de su tarea, los que en algún momento hemos tenido la posibilidad de acompañarlo en su lucha, haber conocido su ejemplo, su virtud, su abnegación, su antioqueñidad y su patriotismo (Uribe, 2004h, § 1).

El antioqueño fue el hombre que ayudó a construir esta *patria* a través de la colonización antioqueña, inspirada en la familia basada en

la fe católica, en el respeto solemne de los hijos hacia los padres, del papel consagrado de la mujer al hogar, de las costumbres y los valores conservadores, y, especialmente, del desarrollo del comercio (Uribe de Hincapié, 2001). Este pasado virtuoso se constituyó en el referente cultural de la antioqueñidad, del cual se han nutrido generaciones de hombres y mujeres que con este espíritu han hecho crecer a su región y también al país. El pasado virtuoso es, entonces, el tiempo de los antepasados, de los abuelos, representantes de una época ancestral, de hombres valientes, intelectuales y serviciales, estirpe que se refleja en muchos hombres y mujeres hoy en día. Se reconoce pues, un modelo de identidad implícito en el que se resaltan cualidades como la laboriosidad, el entusiasmo permanente, la iniciativa y la constancia.

En Antioquia, Antioquia ha tenido la fortuna de contar durante toda su existencia, con unas manos acrisoladas, dispuestas a servirla bien y en todos los momentos. La constancia, ha sido una norma fundamental de su vida, en el encuentro del suroeste nos enseñó que nada se consigue de media noche para el día, que nada llega por generación espontánea, pero que todo es posible, así sea poco a poco, con constancia, con dedicación, sin declives a las causas más nobles de nuestra comunidad (Uribe, 2004h, § 11).

Uribe, entonces, nacido en estas tierras, será portador de esta herencia, de un legado que supone este modelo de identidad, esta forma de ser. El antioqueño se caracterizará por estas cualidades y por haber ayudado a la fundación y expansión de la *patria* a través de la colonización antioqueña. Del antioqueño, en términos generales, podrá afirmarse que es un ser que vive en la montaña, es de la montaña y, además, cumplió un papel muy importante en la conquista de esta, en el vertimiento de su legado, en ese baño cultural que realizó a aquellas tierras difíciles que se extendían por la cordillera central de la geografía colombiana. En este sentido, la montaña, puede decirse, se constituye en un símbolo de la antioqueñidad puesto que adquiere un valor mítico, ya que en ella tienen lugar historias de orígenes, de fundaciones y de proezas heroicas.

Comencemos por un ejemplo que tiene el mérito de revelarnos de golpe la coherencia y la complejidad de semejante simbolismo: la

Montaña cósmica. Acabamos de ver que la montaña figura entre las imágenes que expresan el vínculo entre el Cielo y la Tierra; se cree, por tanto, que se halla en el Centro del Mundo. En efecto, en múltiples culturas se nos habla de montañas semejantes, míticas o reales, situadas en el Centro del Mundo: Meru en la India, Haraberezaiti en el Irán, la montaña mítica “Monte de los Países” en Mesopotamia, Gerizim en Palestina, denominada por otra parte “Ombbligo de la Tierra” (Eliade, 1983, p. 24).

Podría pensarse, entonces, en los antioqueños, a la luz del simbolismo de la montaña, como hijos de la montaña –montañeros–, o sea, descendientes directos de Dios, en conexión permanente con él, por lo que implica el imaginario de la altura de la montaña lindando con los cielos. El simbolismo de la montaña como lugar sagrado en la medida en que en ella existe la conexión con Dios, se relaciona con el imaginario de *patria*, ya que este implica un referente de lugar que, a su vez, implica lo sacro a través de figuras de orden ancestral. La *patria*, al igual que la montaña, son lugares a los que les subyace un sentido de conexión con aquellos de los que se hereda la vida, el mundo o hasta una misión. Visto así, si Uribe es montañero, antioqueño, portador de este legado de los abuelos fundadores de la *patria*, de estas cualidades⁵⁷ que resalta en sí mismo, cabe pensar en él como un hijo de la montaña cósmica, sagrada, de la tierra del Padre. Su misión, su destino, se remontará entonces al pasado inmediato de la historia de los orígenes de la nación, que cuenta sobre las proezas de los grandes líderes, historia que a su vez estará ligada al sentido mítico-heroico que implica un origen directo de la tierra sagrada, de la montaña que deviene en *patria*.

Quién lo creyera, antes de la Convención de Rionegro de 1863, en ese bello paraje de la cordillera central, se encontraron quienes se constituirían en esa Convención en grandes líderes de la vida nacional. Allí se encontraron Mosquera y Murillo Toro, allí avanzaron sobre la necesidad de tener un país federado, allí se tomó la decisión de que el Tolima se constituyera en un Estado

57 En el capítulo “La jerarquía divina: unidad espiritual y de virtudes” se hará mención de tales cualidades que el presidente Uribe resalta en sus discursos.

Federal. Qué iban a pensar ellos, que las nobles ideas por las que se debatían en aquella época de la Patria, décadas después estarían sustituidas por la presencia del terrorismo alimentado por la droga (Uribe, 2006c, título: Pregunta a las FARC, § 30).

Con base en lo antes expuesto, y tomando en cuenta las anteriores palabras del presidente Uribe, se abre la ampliación de la interpretación que venimos realizando en dos sentidos respecto a los imaginarios sociales implícitos en el acontecimiento político de la reelección presidencial de Uribe Vélez. Por un lado, es necesario en el esquema: Ciudadanía sacra-mundo sacro-patria-montaña, hacer referencia a la forma en que Uribe se implica en este imaginario en función de la reproducción de los legados o herencias, lo que supone referirnos a los ancestros y a la relación de él con estos. La implicación del legado, de la herencia, de la conexión con los ancestros en esa continuidad que se entrevé a través de dicha comunión entre lo sacro inmanente y lo sacro manifiesto o, de otra manera, entre lo sacro eterno y lo sacro materializado, lleva a plantar como condición de posibilidad para ello, un tipo de estructura que llamaremos *jerarquía divina*.

El otro sentido para comprender el acontecimiento político de la reelección, que amplía la perspectiva de los *imaginarios sociales*, se refiere al destino de Uribe, que en este marco de referencia adquiere tintes de heroísmo, como misión de lucha para devolver a la montaña, a la *patria*, su "pureza", su seguridad, su orden y su tranquilidad, que estarán dados a través de la erradicación del terrorismo. De este modo se concluye este apartado recalcando el sentido del imaginario social que se trató de evidenciar y que hace alusión, primero que todo, al referente de lugar como punto de conexión a través del cual el ser calma su sed ontológica al estar dicho lugar impregnado de Dios, por ser precisamente este el mundo que él creó a partir del caos.

Este lugar sagrado es la tierra del Padre pues es el lugar de origen en el que está implícito Dios, lo que le concede la propiedad de ser fuente de confianza. La conexión con esta tierra a través de la fe deviene en unos sentimientos y unas virtudes que sus hijos han de encarnar, generándose en ellos unidad e identidad. Esta tierra o lugar sagrado toma el nombre de *patria* por su condición de mundo originario, ancestral, y por suponer una conexión que es de fe pero también de

sentimientos y virtudes. En este sentido, la *patria* se relaciona con la montaña por el simbolismo de esta como tierra de los dioses, que se complementa con el significado particular de la *montaña* como lugar de origen de la cultura antioqueña de la que Uribe desciende y que se caracteriza por unas virtudes de las que él es portador y que supone un modelo de identidad.

La *patria-montaña* es, pues, el referente a partir del cual Uribe, según lo interpretado hasta acá, plantea su *política de seguridad democrática* en el sentido de un retorno a la tranquilidad, a la confianza, a la felicidad, lo que supone, desde la manera en que este imaginario orienta culturalmente, un tipo de relación entre el pueblo y Uribe, mediada por lo que la imagen de este representa en términos de su condición de gobernante, que deviene en imagen cercana pero impregnada de divinidad, a la que le corresponde el papel de propiciar la reivindicación de la confianza y la felicidad que, como dice él, su generación no ha conocido. De esta manera se asoman dos imaginarios más que complementan esta perspectiva imaginal, dos imaginarios que tiene que ver precisamente con lo que Uribe Vélez encarna.

Para ello, en el siguiente apartado, abordaremos la cuestión de la *jerarquía en la patria divina*, relacionándola con el sentido de lo espiritual como referente de identidad nacional a partir del imaginario de lo sacro. Y en el apartado final haremos alusión a la misión o destino heroico de Uribe y de los papeles o funciones que está llamado a desempeñar en toda esta trama imaginaria de sentido.

La jerarquía divina: unidad espiritual y de virtudes

No podemos empezar este Consejo Comunitario sin expresar todos nuestros sentimientos por la batalla que libra el Santo Padre por su salud. Yo no había tenido la oportunidad de conocer personalmente a un Santo Padre. Apenas el año pasado, cuando él me recibió en el Vaticano. Me acerqué al Santo Padre y me impresioné muchísimo, algo pasó en mi ser, me conmovió el alma, le vi unos ojitos azules y pequeños, una mirada penetrante al infinito, una espiritualidad sin límites, una firmeza.

¡Uy!, cuando salí dije: ¡cómo me gusta servirle! Le produce a uno un revolcón espiritual, un revolcón anímico. Bendito sea mi Dios. Todo el pueblo colombiano está unido hoy, espiritualmente, alrededor de esta batalla del Santo Padre por la vida (Uribe, 2005d, § 3).

En este fragmento de uno de los discursos del presidente Uribe, se resalta esta especie de reconocimiento a la figura del Santo Padre (el Papa) por varios aspectos que nos disponemos a mencionar. Para comenzar, llama la atención, a la luz de las palabras de Uribe, la forma en que la situación por la que atraviesa el Papa le resulta conmovedora, tanto que lo lleva a reflexionar sobre el servicio que le presta al representante de Dios en la tierra. En el sentido de esta reflexión se entrevé el valor que para él tiene la sacralidad de una figura que, para la religión católica, ocupa un lugar jerárquico en un orden que tiene en primer lugar a Dios y en niveles inferiores a los ángeles y a los santos.

El Santo Padre, conocido como el representante de Dios en la tierra, formará parte de este séquito de figuras sacras, condición que le permite compartir aspectos o cualidades propias de Dios y que el presidente Uribe, según lo expresan sus palabras, percibió de manera profunda. Estas cualidades: la espiritualidad, la firmeza, el servicio, resultan inspiradoras para alguien como el presidente Uribe que siente en lo íntimo de su ser "un revolcón anímico". Con relación a esta experiencia tan significativa que comparte él con el pueblo, en el marco de uno de sus consejos comunitarios celebrados los fines de semana y que es transmitido por el canal institucional, se deben destacar tres detalles.

Primero, el presidente Uribe comienza su intervención pública con la necesidad de expresar todos los sentimientos suyos y del pueblo frente a la batalla que libra el Papa por su salud; o sea que, antes de entrar a tocar los temas relacionados con la vida de la nación, comienza por lo que para él parece ser fundamental: la situación del máximo jerarca de la iglesia católica. Segundo, según lo cuenta Uribe, hasta ese momento no había tenido la oportunidad de conocer a un Santo Padre, una posibilidad que incluso para un presidente no es tan común; no sucede todos los días que se puede estar en presencia del Santo Padre, del representante de Dios en la tierra. Tercero, esta

experiencia tan exclusiva y tan conmovedora, es compartida con el pueblo, haciendo un llamado muy especial para que este se una espiritualmente alrededor de esta batalla.

Con base en estos tres detalles se proponen las siguientes afirmaciones: Para Uribe es fundamental la conexión con la religión y con Dios para la vida nacional; él es un privilegiado pues tuvo un contacto directo con el representante de Dios en la tierra y considera necesario que el pueblo se una espiritualmente alrededor de la figura del Santo Padre. De estas ideas, a su vez, se plantea la siguiente hipótesis: La conexión espiritual con Dios constituye una forma mediante la cual el pueblo se une a través de unos sentimientos y de unas cualidades que puede compartir, y, en esta unidad o conexión, el presidente Uribe es un mediador en la medida en que es el ser privilegiado que está en contacto directo con el Santo Padre.

Es decir, según lo dicho por Uribe, el pueblo está unido espiritualmente al Santo Padre en su lucha por su salud; no obstante, esta unidad no parece ser directa entre este y aquel, pues en tanto que Uribe es el portador de este mensaje, condición derivada de su privilegio de mirar al Santo Padre a los ojos⁵⁸, él es un mediador. Hay pues un orden jerárquico en el que Uribe pareciera ocupar un lugar, intermedio pero privilegiado, pues está entre el pueblo y lo divino, convirtiéndose así en un conector dotado de la capacidad de experimentar la gracia espiritual y revelarla a través de unas cualidades, una fuerza y una energía que, a su vez, le quiere imprimir al pueblo. Por consiguiente, Uribe como mediador se nutre de la fuerza espiritual de figuras superiores para poder transmitírselas a su pueblo.

58 "...Le vi unos ojitos azules y pequeños, una mirada penetrante al infinito, una espiritualidad sin límites..." (Uribe, 2005d, § 3). La mirada que penetra al infinito supone una especie de trascendencia pues ve y va más allá de los límites del mundo. Más allá del mundo supone lo misterioso, lo del orden de lo desconocido; por ende, a quien la mirada le permite sondear lo insondable, le corresponde una condición casi que de ser sobrenatural. En este sentido, al Santo Padre, a los ojos del presidente Uribe, es un ser trascendente, un ser conectado con el infinito cuya espiritualidad no tiene límites pues entre él y el orden de lo sacro no hay distancia ni diferencia, son animados por una conexión directa con Dios.

Yo le pido a mí Dios, cuando me acuesto por ahí, aburrido, le digo: no me vas a dejar amanecer amargado ni pesimista. Antenoche me fui donde el Milagroso de Buga a decirle: ayúdame a que no me vaya a amargar ni aburrir ni a volver escéptico con esta carga de artillería que tengo en contra, que yo me mantenga optimista, lleno de fervor por este país. Ese es el único camino (Uribe, 2006d, intervención 19).

Así, esta jerarquía supone que el pueblo colombiano está bajo la tutela de unas figuras *superiores* que están en capacidad de iluminar el camino y de darle ánimos a su jefe inmediato que, a pesar de esta investidura, es un ser de carne y hueso; es decir, es un ser humano como cualquier otro que está en el mismo plano de realidad del pueblo. Sostenido y nutrido por este orden, el pueblo puede tener esperanzas de cambio ya que, más allá de las limitaciones e incluso equivocaciones, existe una fuerza que es consustancial a un orden sacro; dicha fuerza está representada en la fe, la espiritualidad, el amor, el esfuerzo y la laboriosidad, inspiradas en Dios y apoyadas por la fuerza pública, o, como dice Uribe, "(...) Lo único para proteger a los colombianos, además de Dios, es la Fuerza Pública institucional y democrática de la Patria" (Uribe, 2005f, § 45).

Esta fuerza está representada a través de estas cualidades, dotes o virtudes, que serán características en el presidente Uribe y serán también los atributos con sentido sacro a través de los cuales el pueblo, según lo que se puede interpretar de las palabras de Uribe, se unirá y generará su identidad de *patria*. La fuente de dicha fuerza será, en primera instancia, Dios; pero, en la continuidad sacra de la jerarquía divina, figuras como la del Santo Padre, u otras ligadas directamente a este, tendrán dicha propiedad. De este modo, el Presidente encuentra inspiración desde los obispos:

Yo quiero agradecerle al Obispo Tute (sic), que nos de esa inyección de espiritualidad, nos recuerda esa necesidad del amor. Se lo agradezco inmensamente, porque, yo que soy un combatiente con estos pecados de esta carnita y estos huesos, recibo como una necesidad esta corriente de espiritualidad que fertiliza para nosotros en Colombia el Obispo Tutu (Uribe, 2005g, intervención 5).

Hasta en capellanes:

Los respeto mucho a ustedes, porque miro esta carnita y estos huesitos frágiles de la condición humana y eso me despierta mucho afecto por personas, por compatriotas de superior compromiso espiritual como son ustedes de quienes uno tiene que aprender, de quienes uno se tiene que inspirar. Pero, tengo que hablarles con mucha franqueza. A mí me emociona mucho acudir a este desayuno, ver su compromiso, su devoción, su compenetración espiritual, su amor por Colombia, su solidaridad con todos los colombianos y agradezco inmensamente su solidaridad con este ser humano que soy yo (Uribe, 2005f, § 10).

Esta jerarquía divina, que tiene lugar en un mundo sacro, refleja la divinidad de este orden imaginario que, específicamente, se estructura como *patria*, que, a su vez, se nutre de la imagen de la montaña cósmica, sagrada, umbilical. En otras palabras, la jerarquía divina es *divina* en la medida en que implica una conexión con lo sacro a partir de la cual se le da sentido a la relación de un gobernante con sus gobernados –entre Uribe y el pueblo– en la trama de una historia que los liga, en función de unas virtudes o principios que se derivan de esas cualidades que el Presidente ha mencionado a propósito de la inspiración que encuentra en estas figuras que componen dicha jerarquía.

De esta manera se genera identidad y unidad a partir de un ser creador que le dio origen a dicho mundo a través de una lucha para la cual se requirieron de virtudes como el amor, el esfuerzo constante, la iniciativa y la agresividad. Estos atributos, como ya se señaló, devienen en principios que, como tales, son los soportes de un orden o un mundo en el que el gobernante los encarna con suficiencia, de tal modo que representa o refleja al Dios creador, suscitando con ello la aceptación y el reconocimiento de su pueblo. Este fenómeno se evidencia claramente en las sociedades tradicionales en las que predomina el hombre religioso y la estructura de la sociedad se ordena a partir de los referentes culturales que definen el poder y su regulación.

En las sociedades tradicionales, los dominadores se han legitimado con la ayuda de mitos fundacionales que le han dado un carácter divino al origen del dominador, o con base en sistemas cosmológicos que diseñan imágenes del mundo fundamentadas en las religiones con pretensión universalista. Para estos tipos de dominación, la identidad colectiva –reguladora de la pertenencia de un sujeto a una sociedad o grupo estamental dado, así como de su diferenciación respecto de los otros- viene garantizada, bien porque los miembros remontan su procedencia a la figura de un antecesor común, o bien por la pertenencia compartida a una organización vinculada a lo parental, a un territorio, a una comunidad de creencia, de lengua o a una tradición histórica común, elementos *nacionalitarios* de que hablaba Edelberto Torres Rivas (Uribe de Hincapié, 2001 p. 42).

El reflejo del Dios creador se da a través de estas figuras que son también los referentes míticos de la fundación de una nación, aquellos ancestros legendarios que reflejan una labor heroica que dio origen a un nuevo mundo:

Los mitos fundacionales que han operado en Colombia como referente de identidad con la sociedad mayor, están indisolublemente asociados con los orígenes mismos del Estado y la nación; con la ruptura violenta, súbita y radical del orden colonial y con la manera particular como se institucionalizó el poder del criollismo (Uribe de Hincapié, 2001 p. 57).

Los próceres de la independencia son vistos como los fundadores de la *patria*, como aquellos que, desde la perspectiva mítica que da sentido sacro al mundo, derrotaron a la “culebra”, es decir al caos, creando un nuevo mundo, un nuevo orden, reeditando de esta manera la historia del origen del mundo, del cosmos, gracias al Dios creador.

Su tarea, vista a la luz de esta repetición, los emparenta con los dioses, pues son estos los creadores-fundadores del mundo como son los héroes de la independencia los fundadores-creadores de la *patria*. De allí, pues, que a través de los ancestros se busque fundar la identidad; pues, como dice Uribe de Hincapié (2001 p. 58), “(...) La imagen mítica de un ancestro común refuerza el sentido de la

identidad nacional, por eso los partidos tradicionales señalan sus orígenes precisamente en los padres fundadores del Estado". En este sentido, el Santo Padre, los obispos y los sacerdotes, pero también los ancestros antioqueños o los propios fundadores de la *patria*, son fuente de inspiración; unos por ser representantes de Dios en la tierra y otros por ser recreadores de la creación original. Tal es el caso de Bolívar quien, para el presidente Uribe, es fuente de sabiduría para su gestión, pero también para el pueblo como modelo de identidad por encarnar los ideales y las virtudes que alentaron la lucha para el nacimiento de la *patria*. "Todos los días hay dificultades, pero de las dificultades, como dijera bellamente El Libertador, hay que sacar trincheras de lucha y de victoria" (Uribe, 2006c, título: Pregunta a las FARC § 18).

(...) Todo eso tiene que estar regido por la equidad, y la equidad, como lo dijera bellamente El Libertador al promulgar la Constitución de Bolivia, es hija de la buena concepción de la ley y de la rigurosa aplicación de la ley (Uribe, 2005I, § 34).

Entonces, tenemos como imaginarios sociales la existencia de un mundo de carácter sacro que es la *patria*, que es simbolizada a través de la imagen de la montaña que tiene un sentido cósmico y mágico, pues se eleva hasta los cielos donde habitan los dioses. La montaña adquiere un mayor sentido en esta perspectiva ya que tiene que ver con la historia particular de la fundación de la patria colombiana y se relaciona también con el territorio donde nacieron, crecieron y desarrollaron su cultura los antepasados antioqueños del presidente Uribe. La *patria-montaña* es la tierra creada por los ancestros, los cuales encarnan a Dios en lo que se refiere a la labor de haber creado un mundo, o un cosmos, principalmente a través de luchas heroicas de independencia o de conquista, como lo fueron las gestas relacionadas con la independencia o con la colonización antioqueña. En este orden de ideas, puede plantearse que la jerarquía divina se compone de: Dios-Santo Padre (obispos, sacerdotes)-ancestros míticos (Bolívar)-Uribe-el pueblo.

Entre ellos hay una conexión que genera unidad e identidad, los elementos que componen dicha conexión son las virtudes o cualidades que constituyen una especie de principios que derivan en un modelo,

en una manera determinada de ser en consonancia con el imaginario de la *patria*. La conexión es de fraternidad, de unión, en la cual el Gobierno, el pueblo, las fuerzas armadas y hasta la oposición, sean hermanos en la medida en que unos y otros reconozcan, compartan y reflejen tales atributos. Esta matriz sociocultural, en la que todos tienen lugar, implica una unidad espiritual que anima unos ideales o virtudes que nacen de Dios, que las encarnó Bolívar y también las encarnan el Santo Padre y el Presidente y, por vía de este, su Gobierno, la fuerza pública y el pueblo.

La unidad espiritual que nutre estas virtudes da sentido a la existencia en cuanto que constituye una simplificación de la vida a partir de unos ejes rectores, es decir, unas reglas o leyes sagradas que todos debieran seguir en el marco de una unidad espiritual. Al respecto, podría decirse con el presidente Uribe, retomando un fragmento de uno de sus discursos, lo siguiente:

La vida de pronto exige simplificaciones. Una médica de gran profundidad espiritual, hace unos años, me decía que hay que tener palabras rectoras. Me hablaba ella de algunas palabras rectoras: disciplina, estudio, amor, transparencia. Palabras rectoras que hay que tenerlas permanentemente jalonando la existencia (Uribe, 2005I, § 35).

Estas palabras rectoras, reglas, virtudes o leyes espirituales, podrían resumirse en: autoridad, en contraste con debilidad; agresividad, que conduce a la generosidad y la transparencia; laboriosidad, como disciplina, como constancia, (trabajar, trabajar y trabajar), y amor, como bondad. En cuanto ejes, estas virtudes se han constituidos en principios que rigen las decisiones y las acciones de Uribe y su Gobierno, como se evidencia especialmente en su *política de seguridad democrática*, que conjuga la autoridad, la agresividad, la generosidad y la laboriosidad.

Le dije: ‘tienen todas las garantías de que no. Yo soy el conductor de unas Fuerzas Armadas que tienen que ir a la iniciativa, que tiene que trabajar con agresividad, pero con transparencia. Ustedes en cese de hostilidades los respetaremos totalmente, no recibirán una sola agresión militar de nuestra parte, no procederemos contra ustedes a la mansalva, no procederemos

traicioneramente'. Él se quedó en silencio, meditó y dijo: 'eso abre una buena posibilidad' (Uribe, 2005g, § 94).

Este Gobierno ha tenido como su bandera dicha política que, además de apostarle al papel protagónico de la fuerza pública desde su quehacer militar inspirado en las cualidades mencionadas anteriormente, se le ha querido imprimir otra cualidad como lo es la de la *generosidad*. Esta cualidad no debe confundirse con debilidad; la generosidad es complementaria de la autoridad, la cual es la esencia de la fuerza pública.

Quiero decir de manera muy elemental, ante esta Universidad: la autoridad es generadora de la seguridad, que es un valor democrático. La seguridad, como valor democrático, es constructora de respeto a la ley, de respeto a la pluralidad. El respeto a la Ley es el principio ético que permite enlazar un ciudadano con el otro y construir ese colectivo de comunidad o de Nación. Y cuando todos se sienten integrantes de ese colectivo, a partir del principio ético del respeto a la ley que se genera en la autoridad, se sienten, todos, obligados a la convivencia, a ser semillas de paz (Uribe, 2005ñ, título: Delito político, § 6).

La fuerza pública debe cumplir incluso con otras características, como la agresividad y la transparencia, además de tener la tarea encomendada por el propio Presidente de reflejar las cualidades mencionadas antes: la autoridad y la generosidad. La fuerza pública no es de Uribe, como él lo aclarará en repetidas ocasiones; es la fuerza pública de la Constitución que por ende es animada y llena de sentido democrático por la voluntad política.

He dicho: la Policía y el Ejército no son la Policía y el Ejército de Uribe ni del gobernante de turno, sino de la Constitución, para proteger a todos los colombianos, independientemente de que ellos les guste el Gobierno o sean opositores al Gobierno, independientemente de que sean campesinos, ciudadanos urbanos, que sean líderes gremiales, líderes sindicales. Y eso une la Nación" (Uribe, 2005e, título: Derechos humanos, § 16).

Esto significa que si la voluntad política anima la fuerza pública es porque responde a un deseo colectivo; a un deseo del pueblo que

se expresa como política, la que a su vez es interpretada y propuesta por el presidente Uribe.

De esta manera, la *política de seguridad democrática* es consecuencia de la interpretación que Uribe hace de los deseos del pueblo que son expresados, materializados e institucionalizados para fungir como espíritu de la fuerza militar. “Generales, oficiales, suboficiales y soldados, creo interpretar cabalmente el sentimiento del pueblo colombiano, al reiterar a ustedes toda la voluntad política para la derrota del terrorismo, para el rescate de la seguridad” (Uribe, 2005a, § 12). Así, fuerza pública y pueblo estarán unidos por los ideales de seguridad y confianza, corolarios de la paz, cuyo resultado solo será posible –según la interpretación de Uribe– a través de la autoridad, la agresividad, la transparencia y la generosidad. Se tiene pues, que la unidad espiritual se complementa con la unidad de la fuerza pública y el pueblo, a partir de la interpretación de los deseos de este último que hace el presidente Uribe que, además, convierte el deseo en voluntad política y esta última en acción.

Es muy importante que cada uno de ustedes proceda con gran liderazgo, un gran liderazgo no solamente para apoyar a sus superiores, para dirigir a sus subalternos, sino también un gran liderazgo para integrar la ciudadanía a la Fuerza Pública. En Colombia, lo repito hoy, no es posible ganar este desafío frente a los terroristas, si no hay una integración Fuerza Pública-ciudadanía. Esa integración la necesitamos y ahí se necesita que cada uno de ustedes sea un líder. Hay que convenir al campesino, al finquero, al comerciante, al industrial, al transportador, que cada uno tiene que ser un colaborador de la Fuerza Pública (Uribe, 2005i, § 12).

A través de esta política de seguridad democrática se va entretejiendo, entonces, la unidad espiritual que conecta al pueblo con su gobernante en función de estos principios, una unidad que se expresa en la relación entre fuerza pública y la ciudadanía en la búsqueda del objetivo de devolver la tranquilidad a *la patria*. Este imaginario de unidad, inspirado por las “palabras rectoras que jalonan la existencia”, se complementa con una virtud o ley más: el amor. Por

un lado, pues, se tiene que la unidad espiritual precisa de virtudes que se asocian con la lucha y la victoria en aras de establecer un orden (autoridad, agresividad, constancia, generosidad), y, por otro lado, aparece una virtud que se asocia con el vínculo en su sentido afectivo.

Estos dos grandes soportes de la unidad espiritual, a través de la cual la *patria* se encarna con su sentido sacro, se complementan en el ámbito de esta matriz sociocultural. En otras palabras, el imaginario de amor como se interpreta en Uribe, podría decirse que valida o dota de sentido el imaginario de la lucha, pues es un amor de carácter fraternal en el que todos compartimos una condición de igualdad (no de pluralidad⁵⁹) a la luz de la cual se comparte un mismo propósito esencial y se concibe un medio legítimo para ello, en la medida en que conviene a todos.

La sociedad colombiana tiene que ser una sociedad sin exclusiones pero sin odios, necesita un permanente debate, ese debate tiene que ser fraterno. El antagonismo del debate también necesita un poco de *cariño*.

Qué importante para esta Patria la diversidad. Esta mañana, mientras hacíamos ese recorrido a nado entre Johnny Cay y San Andrés pensaba en la diversidad de la Patria y me cruzaba por la mente Nariño. Decía: mire, nosotros en estas aguas y existe otra región de la Patria totalmente diferente, bella también, Nariño. Y me cruzaba por el alma el Amazonas y Antioquia, de donde soy oriundo y la Sabana Cundiboyacense y la gran masa urbana de Bogotá y el Valle del Cauca. Me cruzaban todas las regiones

59 "La libertad tiene que ver, pues, con pluralidad, la cual es entendida como elemento constitutivo de la condición humana. Pero para Arendt pluralidad no es idéntica a simple alteridad (*otherness*); pluralidad tiene que ver con distinción, tiene que ver con lo que se muestra a través de la acción y del discurso. Con las cosas compartimos la alteridad –la curiosa calidad de *alteritas* que posee todo lo que es–, pero la distinción es propia de la acción humana. En la medida que pluralidad significa distinción, es posible la revelación –en el medio público– de la individualidad de cada uno, de la identidad (*whoness*). La acción como *initium* no es el comienzo de algo, sino de alguien: con las palabras y la acción nos insertamos en el mundo humano. Desde esta perspectiva, la política introduciría una ruptura en relación con cualquier modalidad simplemente social de vida: la pluralidad de los seres humanos, en un mundo que constituyen en común, no es asimilable a la unidad homogénea del género humano" (Arendt, 2003 p. 20).

de la Patria, la Orinoquía. Esta es una Patria llena de diversidad. Esa diversidad es una gran ventaja, hay que manejarla con cariño (Uribe, 2004a, § 10).

Ahora bien, para ampliar esta idea del *cariño*, es necesario explorar el imaginario del amor en esta perspectiva, para lo que se propone la lectura del siguiente poema del presidente Uribe, publicado por la revista *Soho* en el mes de abril de 2004, y que la revista *Semana* retomó en una de sus publicaciones:

Aprendamos un verso, porque un verso nos enseña: A amar el amor,/ olvidar el olvido,/ no odiar el odio,/ hacer esperanzas de nostalgia,/ sublimar la tristeza,/ aprender a alegrarnos del bien del prójimo,/ ver del fuego la luz y no las cenizas,/ pasar por alto la tormenta para admirar el arco iris,/entender que el verano fortifica la semilla./ Un verso nos enseña a salir con entusiasmo a trabajar para brindar por el verso aprendido (“Presidente y poeta”, 2004, § 1).

A propósito de este minipoema, en una columna de opinión de El Tiempo escrita por Oscar Domínguez el 24 de abril de 2004, se dice lo siguiente:

En su minipoema, el imposible poeta Uribe nos invita cándidamente a memorizar un verso, porque un verso nos enseña a amar el amor, olvidar el olvido, no odiar el odio, hacer esperanza de nostalgia. Un verso –explica con terquedad liberal que parece sacada del Libro Rojo de Mao– nos enseña a salir con entusiasmo a trabajar para brindar con el verso aprendido. Uribe, tan memorioso como Funes, el personaje de Borges, se sabe versos como arroz. Para recitarlos y trabajarlos necesitaría tres mandatos constitucionales (Domínguez, 2004, § 7).

Esta apreciación de las palabras nacidas de la inspiración del presidente Uribe, sugiere que en ellas hay ciertas revelaciones que son difíciles de diferenciar en medio de sus habituales discursos políticos. O sea, estas palabras de Uribe, al parecer, están cargadas de sentidos que solo pueden ser develados desde las hendiduras que abre la poesía en medio del lenguaje de las apariencias. Estas palabras de tinte

poético, estos versos provenientes de las fibras más sensibles de Uribe Vélez, hablan, quizás, en cuanto que despreocupadas de cualquier pragmatismo o lógica, en un sentido distinto o en una sintonía de otro sentido. Podría ser que, a través de estos versos, se revelara la sensibilidad más íntima de un hombre que se delata en sus cavilaciones desnudas, expresando en estas precisas palabras sus pensamientos y sentimientos más esenciales.

Si detrás de estas palabras yacen sus pensamientos y sentimientos esenciales, puede suponerse la presencia de una perspectiva sobre el ser, sobre la vida, sobre la realidad, y, a la luz de estas, lo que en esencia lo anima para ser él en todos sus ámbitos, incluyendo, claro está, el de gobernante. Es así como, desde la interpretación señalada renglones atrás, se puede concluir que Uribe, con cierta obstinación, "nos enseña a salir con entusiasmo a trabajar para brindar con el verso aprendido". Surgen así varios interrogantes: ¿cuál o qué es en sí este verso que Uribe coloca en la base de sus invitaciones?, ¿para qué aprender un verso; por qué invitar antes a memorizarlo?, ¿cuál o qué es ese amor que hay que amar, ese odio que no hay que odiar?, ¿cuál o qué es la esperanza que nace de la nostalgia (cuál o qué nostalgia)?, ¿cuál o qué es el bien del prójimo?, ¿qué luz hay que mirar del fuego, que cenizas hay que ignorar?, ¿qué tormenta hay que olvidar?, ¿qué hace al arco iris, arco iris?, ¿cuál o de qué es la semilla que el verano fortifica?, ¿cuál es el verano?, ¿qué hace al verano, verano?

Podría decirse, en un intento de analizar este verso aprendido que propone Uribe, que en este se plantean una serie de acciones que tienen un objeto o destino particular: amar (el amor), olvidar (el olvido), no odiar (el odio), hacer esperanzas (de nostalgia), sublimar (la tristeza), aprender (a alegrarnos del bien del prójimo), ver del fuego (la luz y no las cenizas), pasar por alto (la tormenta para admirar el arco iris), entender (que el verano fortifica la semilla). Dada esta estructura, el minipoema de Uribe es una suma de alternativas precisando en cada una de ellas una elección marcada por la cualidad positiva, clara y optimista. Este verso, además, tiene que formar parte constitutiva del ser, tiene que estar aprendido ("aprendamos un verso, porque un verso nos enseña..."), grabado en la memoria como lo están, por ejemplo, las oraciones (el *Padre nuestro*, el *Credo*, el *Ave María*).

El verso que se debe memorizar es prácticamente un mandato para la vida ¿Qué se debe entonces incorporar de manera esencial al ser? En esencia: "amar el amor"; lo que significa que, de antemano, ya hay un amor que posibilita amar ese amor; de lo contrario no existiría dicha posibilidad ¿Y con qué amor se ama ese amor? con el amor del que se dispone; lo que supone que el amor es inherente, natural; hay un solo amor ¿Y qué amor es ese? Un amor que permite olvidar el olvido, no odiar el odio, hacer esperanzas de nostalgia, sublimar la tristeza, aprender a alegrarse del bien del prójimo; en fin, es un amor optimista, transformador, propositivo y bondadoso.

Este amor, no obstante, visto desde la estructura de este minipoema que propone una serie de elecciones, supone que es determinado y rígido, cuya actividad, además, está dada hacia una transformación casi que urgida, directa y automática en lo contrario (no hay términos medios, ni giros ni colores ni posibilidades imprevistas); es, por tanto, un amor contundente, digno de emular, por consiguiente: didáctico ("Aprendamos un verso, porque un verso nos enseña... Un verso nos enseña a salir con entusiasmo a trabajar para brindar por el verso aprendido"). Las cualidades de este amor lo definen y lo diferencian de otros tipos de amor: es un amor inherente, dado, es activo pero determinado, rígido, contundente, didáctico, es un amor ejemplar, inspiración de optimismo y de bondad, es un amor que se corresponde especialmente en este último sentido con el amor cristiano.

El Dios neotestamentario se define fundamentalmente como Bien o Bondad difusiva. A partir de aquí, el franciscanismo realiza una síntesis entre (neo) platonismo y su Dios-bien y el cristianismo agustiniano y su Dios-bondad, de modo que la divinidad ya no se concibe formalmente como el Ser Puro (*esse purum*), sino cuasi materialmente como la Bondad misma (*Ipsum Bonum*), pasando así del concepto abstracto a su concepción vital (Ortiz-Osés, 2003, p. 93).

En este sentido, a la luz de este minipoema, amor es bondad; por tanto, la invitación que se hace es a que aprendamos un verso sobre el amor-bondad. Ahora bien, ¿De quién o de dónde nace o proviene este amor-bondad? Si es este el amor del cristianismo, podría suponerse que este amor, que es inherente a sí mismo, es Dios. Su

inherencia, su esencialidad le implica un origen de la nada, no de otro ser y mucho menos de la unión que da vida entre lo femenino y lo masculino. Si este Dios se concibe desde el cristianismo, podría decirse que al Dios al que nos referimos es el Dios de una religión patriarcal, lo que significa, según Ortiz-Osés (2003), que este Dios inherente, esencial y eterno es Padre nacido de sí mismo, de su exclusiva masculinidad; es decir, no concibe ni requiere de lo femenino como condición para ser.

Entonces, el verso que se debe aprender es un mandato, es un requerimiento para el ser que versa sobre el amor nacido del Dios-Padre, un amor necesario para vivir de manera determinada por la bondad que, en cuanto amor, da unidad y sentido a la existencia que el presidente Uribe, presupone, deben llevar todos los colombianos. En este orden de ideas, el imaginario de la jerarquía divina implica un relación de continuidad entre Dios, el Santo Padre, los ancestros (Bolívar, los fundadores de la *patria* y los abuelos antioqueños) y Uribe; una relación que, a su vez, se soporta en el legado que se reproduce por esta especie de línea genealógica en la que resaltan sentimientos y virtudes, que determinan una manera de ser acorde con el mundo imaginal del cual forman parte Uribe y el resto de la jerarquía divina. Esta continuidad deviene en unidad en la medida en que la posibilidad de conexión del pueblo con los representantes de la Patria-Montaña (mundo divino, cosmos, fuente de confianza básica) radica en la encarnación de las virtudes, tales como la laboriosidad, la seguridad, la constancia, la autoridad, la generosidad y la solidaridad (cooperación). De esta manera, dicha unidad implica un sentido espiritual en cuanto que estas virtudes son propias y originarias de estos referentes de la tierra sacra. Además de estas virtudes, hay un imaginario social que, en concordancia con esta unida espiritual, nutre los sentimientos de identidad y de conexión con la Patria-montaña; este imaginario es el amor.

Este imaginario proviene específicamente del imaginario de amor cristiano que es un amor-bondad, que a su vez deriva en un supuesto amor fraterno en la medida en que excluye el odio como consecuencia de la aceptación de la igualdad, determinada por el origen común de un misma fuente, que es sacra y patriarcal. En otras palabras, este

imaginario del amor supone hacer el bien que significa, a su vez, relacionarnos sin odio y en veneración al Dios-Padre y no como sujetos diferentes y autónomos, pues por encima de cada uno está la *patria*, como centro de todo, y, por ende, como fuente de sentido. De esta manera, la unidad espiritual de la *patria-montaña* se sella con el amor fraterno que coloca al pueblo, a Uribe y a toda la tradición y legado divino, en concordancia, en sintonía, lo que a la postre podrá posibilitar “salir con entusiasmo a trabajar para brindar por el verso aprendido”.

Uribe: hijo del Padre –¿héroe?–, mediador y ¿hermano?

A lo largo de estos capítulos se ha develado un mundo imaginal en el que hunde sus raíces Uribe y su reelección. En este mundo, Uribe ocupa un lugar primordial en cuanto que su figura encarna un imaginario. Este mundo, que es la *patria*, tierra del Padre creador, fue puesta en escena por Uribe a través de sus palabras y sus discursos, y, como se ha planteado con las interpretaciones que se han hecho hasta aquí, dicho imaginario implica, a su vez, un imaginario de unidad espiritual mediada a través de unas leyes espirituales o virtudes que al mismo tiempo generan identidad. En esencia, tales leyes son la lucha y el amor en función del orden, que significa ausencia de caos, que, concretamente en el caso de Colombia, es superación del terrorismo según la tesis del presidente Uribe respecto al “verdadero” problema que tiene el país.

En esta trama, el imaginario de Uribe toma varios matices. Como bien se ha expresado, Uribe se enmarca en una especie de genealogía de seres divinos y heroicos, lo que le hace portador de un legado en lo que se refiere a una misión para la cual, además, ha heredado unas virtudes. Uribe es, en el marco de la jerarquía divina, un descendiente directo de Dios por estar facultado para restablecer el orden, tal y como lo hizo Dios al vencer al dragón o a la serpiente marina. En este sentido, el hijo de Dios es una encarnación de él que deviene en héroe. En esta lectura en clave mítica se sugiere que, al igual que su padre, el hijo también debe enfrentar un dragón o un monstruo y que para ello cuenta con unos dones o virtudes que lo cualifican como ser diferente. Además, pasa por ciertos periplos a lo largo de su vida a través de los cuales va alcanzando sabiduría y cada vez mayor capacidad de ser consciente de sí mismo y del mundo.

El héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva; el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos (Campbell, 1972, p. 25).

Pensar en los héroes, en este sentido, implica no asumirlos solamente como guerreros, pues se componen también de otras facetas que revelan una travesía hacia la transformación de su ser (Pearson, 1992). La concepción psicológica nos dirá que ser héroe es vivir la vida cada día para apropiarse más de ella, para desarrollar la conciencia. Pero, en esta dirección, podremos decir, con Neumann (2004), que desde una perspectiva psicocultural y profunda a propósito del mito del héroe, es posible reconstruir la filogénesis de la conciencia del ego, con base en la fenomenología del mito, lo que nos indica que se trata del desarrollo de la conciencia humana en general como especie. El heroísmo, pues, es una metáfora que nos habla de la lucha del ser humano por transformar al mundo, a sí mismo y a los otros, para lo cual recorre un camino de aprendizaje y de experiencias significativas.

En este sentido, Uribe tiene un matiz de héroe aunque, desde el punto de vista de Pearson, podría decirse que es un héroe que se concentra en una sola faceta o arquetipo o imaginario: en la faceta de guerrero. Cabe precisar que el mito de héroe nos habla del proceso de transformación de la conciencia humana que implica la integración de sus diversas facetas, representadas estas, en la perspectiva de Pearson (1992), por doce arquetipos. Estos doce arquetipos representan este viaje de transformación en el que cada uno de ellos otorga un don que amplía la conciencia humana. Tres son las grandes etapas de dicho recorrido en las que se ubican estos doce arquetipos. Estas etapas implican un trayecto desde un nivel menor de conciencia a uno mayor o más integrado.

La primera etapa es la preparación; la segunda, el periplo, y, la tercera, el retorno. Psicológicamente hablando, la primera corresponde a la formación del ego cuya función es la adaptación al mundo, la segunda corresponde al despertar del alma en cuanto búsqueda de motivaciones auténticas y trascendentales para vivir, y la tercera tiene que ver con la integración del ego y el alma en una nueva conciencia

denominada *sí mismo*. Los arquetipos se ubican en cada una de estas etapas según el papel que cumplen o el don que otorgan para completar cada una de estas y poder continuar el viaje; estos son: inocente, huérfano, guerrero y bienhechor. Los de la etapa del periplo son: buscador, amante, creador y destructor. Y los de la etapa del retorno: gobernante, sabio, mago y bufón.

Desde esta perspectiva, entonces, el héroe implica diferentes facetas y dones representados por cada uno de estos arquetipos en el marco de un viaje de transformación de la conciencia humana; un proceso que viven tanto los individuos como las propias culturas. Así, pues, a pesar de que la imagen de Uribe se relacione con el imaginario del héroe en el mundo imaginal que hemos evidenciado, la faceta, arquetipo o imaginario que más refleja es la del guerrero, como podrá inferirse a partir de una de sus expresiones en uno de sus discursos y que mencionamos en el capítulo dedicado a su imagen: "(...) Con las circunstancias de tener debajo de este vestido de civil, un corazón de soldado y de policía" (Uribe, 2005a, § 75).

En este orden de ideas, la justificación de la aceptación del guerrero por parte de una sociedad como la colombiana, en los términos de esta interpretación del mito del héroe, se deberá a la caracterización de un pueblo que para el mismo Uribe es estoico y heroico.

Señoras y señores:

¡Acudo a la Fundación Universitaria San Pablo CEU con inmensa gratitud!

Esta medalla la llevaré toda la vida como un reconocimiento a la heroica lucha del pueblo colombiano por fortalecer su democracia, por derrotar tantos años de terrorismo.

Me comprometo, en mi condición elemental de luchador de la democracia, a estar a la altura de los merecimientos del pueblo estoico de Colombia, pero es muy superior a mis personales condiciones (Uribe, 2005 ñ, § 1-3).

De esta manera, el pueblo colombiano, además de heroico, es visto por Uribe como estoico. Ser estoico es ser fuerte, sereno ante

la desgracia (actitud estoica ante la muerte), es mostrar fortaleza y dominio sobre sí mismo, especialmente ante las desgracias y las dificultades. Significa, además, un camino a la felicidad, la cual, según esta doctrina, se consigue por medio de la virtud y de el sacrificio de los bienes. Tiene también un correlato religioso: los estoicos amaban y creían en un dios omnipotente, rector de un mundo que había creado de sí mismo. Los colombianos, según Uribe, son personas, con base en estos dos atributos, valerosas, fuertes, virtuosas y sacrificadas, que buscan la paz y la felicidad a través del camino recto y del amor a un solo y omnipotente Dios.

Estas cualidades o atributos, que se extraen de la descripción que hace el Presidente de su pueblo, retratan solo un aspecto del heroísmo –en sentido mítico y arquetipal– que corresponde en gran medida a la visión de un pueblo por mucho tiempo inocente (no veía la pusilanimidad de Gobiernos anteriores), doliente, huérfano (no confiaba en sus gobernantes) y que, con Uribe, ha despertado a una faceta que se resalta muy bien en su propia figura: la de ser guerrero.

¿Qué pasó en el Caguán? Toda la buena fe del Gobierno colombiano de entonces, la guerrilla nunca tuvo allí intención seria de negociar. Eso lo aprovecharon, simplemente, como una ventaja para poder avanzar. Avanzaron en droga, avanzaron en armamento, abusaron y maltrataron más al pueblo colombiano. Aplicaron aquel principio que tomó Marx de Maquiavelo: “cuando tu enemigo tenga un gesto de generosidad contigo, no lo tomes como un gesto de generosidad sino como una debilidad y golpéalo” (Uribe, 2005j, título: La extradición no es obstáculo para procesos de paz, § 18).

En esta Patria nuestra, también se creyó que ese valor democrático que es la seguridad se excluía con los otros valores democráticos, como las libertades, la tolerancia, el respeto al pluralismo, a la libertad de prensa; aquí se desorientó muchas generaciones, se les dijo: para que ustedes sean activistas de la democracia, tienen que ser tolerantes con los violentos, qué desorientación (Uribe, 2005h, § 17).

La política de la seguridad democrática, en este orden de ideas, será consustancial a un presidente que representa el deseo guerrerista

de un pueblo que se sentía huérfano. Y, por si fuera poco, Uribe agrega a su discurso de la seguridad el elemento de la generosidad, mostrando o reflejando no solo su carácter de guerrero, sino también de protector. Siguiendo con esta interpretación, se resalta acá la condición heroica de la lucha contra el terrorismo en la que Uribe es una especie de artífice, un facilitador, un orientador, de una lucha que ha emprendido a partir de los sentimientos y deseos que ha sabido interpretar y que ha llevado al plano de la acción a través de la fuerza pública, movilizado por lo que él llama voluntad política. Así, este pueblo estoico que se ha enfrentado a las adversidades, entre las cuáles las principales son la del terrorismo y la violencia, y lo que estas han generado, desempleo, pobreza, inseguridad, es heroico también porque ha depositado en su héroe, divino y humano, la tarea representada por la política de seguridad democrática inspirada en los ideales de seguridad y confianza, y de alcanzar la paz.

Ahora este reto de la Patria necesita que nosotros nos volquemos sobre los ciudadanos, a pedir su cooperación; que en todas partes, masivamente, la ciudadanía se declare cooperante eficaz de la Fuerza Pública, para que esa alianza, que el Estado social, que el valor de la solidaridad incorporó a nuestra Constitución, demanda, exige y facilita, que es la alianza entre la ciudadanía y la Fuerza Pública, le garantice a Colombia, que rápidamente se encuentre con ese Estado de felicidad que surge del disfrute de la seguridad, que es un valor de la democracia (Uribe, 2005a, § 20).

El pueblo, pues, ha encontrado un mediador entre lo divino y lo mundano que se revela al mundo como héroe-guerrero-protector con un plan fraterno basado en la seguridad, la autoridad y la generosidad para restablecer el orden, e inspirado en el amor cristiano para consolidar un imaginario de unidad e identidad en el sentido de la conexión con un referente supraordenador como lo sería Dios. Y el arma con la cual Uribe va a llevar a cabo este plan fraterno en beneficio del pueblo con relación al establecimiento de su unidad espiritual con la Patria es la ya nombrada *política de seguridad democrática*:

Esta política de Seguridad Democrática, ejercida a lo largo de estos 4 años, para bien de la libertad de prensa, de la protección de los periodistas, para bien de la protección de los líderes sindicales, para

bien de la protección de los alcaldes, de los luchadores políticos, esta política debemos entenderla no solamente como una política que se estanca en el rescate de la seguridad, sino un gran camino de reconciliación (Uribe, 2006c, título: Pregunta a las FARC, § 21).

Uribe es, pues, el hijo de Dios en la tierra que, como mediador entre este orden sacro y el pueblo, está facultado para dos actividades: animar al pueblo, impregnarlo, inyectarlo de fuerza y de amor, e interpretar sus deseos y sentimientos para traducirlos en hechos a través de la voluntad política. Animar el pueblo e interpretarlo suponen otro matiz del imaginario que encarna el presidente Uribe, este es, el de *hermano*. Este imaginario será propio de la imagen de Uribe por dos razones principalmente: porque al tener una historia en común con el pueblo es uno más de ellos, es igual a los demás, y por profesar un amor cristiano basado en la bondad –amaras al prójimo como a ti mismo–. Pero, específicamente, Uribe representa un hermano mayor, pues, con base en el amor cristiano, protege y brinda seguridad, a cambio de que –se interpreta de esta manera– sea reconocido como fuente de inspiración, como hijo inmediato de Dios.

Que el Presidente de la República asuma las mayores responsabilidades en momentos tan difíciles como el incidente con la hermana República de Venezuela cuando se capturó al señor Granda. Procuré que ustedes no se sintieran solos, que sintieran que el Presidente de la República, su Comandante constitucional, era quien asumía –como en efecto ocurrió– la voluntad política (Uribe, 2006a, § 27).

De este modo, su imaginario de *hermano* va tomando forma, significando con ello la posibilidad de investirse de nobles cualidades que lo diferencian de los otros y que le permiten detentar el poder gracias a la visibilización de Dios a través de él como su hijo, y a la vez del distanciamiento de su Padre y de la cercanía con el pueblo, lo que le adjudica una condición de hermano mayor con un sentido divino. Así, mientras que Dios este en los cielos, o en lo alto de la montaña, su hijo puede gobernar en su nombre acá en la tierra. No obstante, su fuente de *poder*, de energía y de esperanza es Dios, pues cuando tambalea como humano él está ahí para darle la fuerza; su optimismo nace de él. Dicho

optimismo y su trabajo constante, su laboriosidad, no solo lo revitalizan, sino que además constituyen el camino para ayudar a sus hermanos.

Es un Gobierno que está limitado por ley, por los recursos, un Gobierno bastante avanzado, que tiene que cumplir el Plan de Desarrollo, que se mueve en una situación de déficit fiscal, que todavía dista bastante de superarse, que no pude decir a todo que sí, pero trabajando, diría yo, en una constante de ejecutar y de visionar ininterrumpidamente, con dedicación, con lo que decían las mamás: la constancia vence lo que la dicha no alcanza, yo creo que podemos ir superando problemas, visionando el futuro de la Patria, y ejecutando soluciones gradualmente (Uribe, 2005c, § 13).

Uribe, pues, es un hermano mayor que está implicado en un imaginario de sociedad fraterna a la luz del imaginario de la *patria* como unidad espiritual, donde aquellos que se desenvuelven en esta trama comparten y se rigen por unas leyes *espirituales* que determinan su existencia, otorgándoles una identidad:

Haciendo un análisis de segmentación, los colombianos se pueden dividir en tres grupos ante la gestión de Uribe: un primer grupo, concentrado en la clase alta, aprueba al Presidente en todo y representa cerca de 36 por ciento de la población. Un segundo grupo, con más peso en la clase baja, lo aprueba en todo menos en el manejo de la economía; este grupo representa el 37 por ciento. Un tercer grupo (27 por ciento) no aprueba casi nada la gestión del presidente Uribe; este grupo está más definido por la clase media. El segundo grupo todavía tiene un buen concepto de Uribe por lo que ha logrado en seguridad, pero entre ellos la imagen del Presidente tiene ya fisuras por sus regulares resultados en economía. Este grupo es fundamental en el futuro del país porque es el que va a desequilibrar la balanza con respecto a la posible reelección (Londoño, 2004, § 5).

Los hermanos uribistas sustentarán su imagen de sociedad patriarcal en la imagen de Uribe como hijo-hermano que, en tanto que héroe, limitado a la imagen de guerrero que ofrece seguridad, buscan aliviar su angustia de caos a partir de las virtudes ya mencionadas, a través de las cuales se le da orden al mundo encarnando la imagen de

patria. Pero, a pesar de que en esta perspectiva de tal matriz fratriarcal se supondría el desarrollo de virtudes como lo es la autonomía y la emancipación frente al yugo paterno, considerando la jerarquía divina nacida de la tierra del Padre, podría decirse que la lógica relacional que en ella domina es la patriarcal, como se interpretó, por ejemplo, en el tipo de amor que radica en el “corazón” de Uribe. Según Ortiz-Oses:

El Hijo en su relación vertical con la Madre o el Padre es el arquetipo de la mitología filial; el Hijo en su relación con los otros (hijos) es el arquetipo de la mitología fratriarcal, en la que predominan no la dependencia sino la autonomía de la Hermandad en sentido intersubjetivo o interpersonal (Solares, 2001, p. 44).

Por consiguiente, el imaginario que aquí se devela no es el de un orden fratriarcal que supondría el reconocimiento de la diferencia y, por tanto, la configuración de la pluralidad en el sentido de la distinción del otro como legítimo y no como un ser hecho de la misma sustancia⁶⁰ (divina). La fraternidad, en sentido estricto, supondría una igualdad de condiciones que corresponde a una construcción en medio de la diferencia y del consenso, no a partir de una posición privilegiada desde la cual se establezca una diferenciación a partir de una jerarquización en la que, en este caso, el Presidente, pasando por encima del orden constitucional, saca ventaja de su posición de poder, lo que, ante la posibilidad de la reelección, suponía para los posibles candidatos una desventaja, pues las reglas de juego no podrían ser justas si quien las establece es uno de los que va a participar de la contienda:

¿Cómo se puede competir de manera justa sin normatividad vigente sobre financiamiento de campañas, participación política de los funcionarios públicos, espacios en los medios masivos de comunicación para la oposición y aquellos derechos y garantías que deben ser establecidos por haberse cambiado en forma intempestiva las reglas del juego a favor de una de las partes? ¿Lo que quieren es una pelea de tigre con burro amarrado, o si no por qué permitieron que se hundiera esta semana el Estatuto de la Oposición? (Sánchez, 2004,c § 2).

⁶⁰ La política no es una sustancia que precede al ser, la política es una condición que se construye en la pluralidad (Arendt, 2003).

Con Uribe, pues, se configura un imaginario social que simula una mediación de lo fraterno cuando, en última instancia, lo que se instaura o se fortalece es la visión patriarcal del mundo en la que él es hijo del Padre que viene a “salvar” el mundo, lo que significaría reivindicar este orden patriarcal como ideal para vivir humanamente. En este sentido, podemos decir, con Ortiz-Oses, a propósito del mito del patriarcado como referente para el desarrollo de perspectivas similares⁶¹ en la historia de otros pueblos, lo siguiente:

Debemos concitar en este apartado al confucionismo, esa religiosidad política fundada por Confucio (s. VI a. C) y basada en una ética del perfeccionamiento humano. En ella destaca soberanamente la piedad filial como fidelidad no solo al padre sino a sus representaciones: la familia, la patria y el deber moral para con el/llo superior (Solares, 2001 p. 43).

A la luz de estas interpretaciones, podría afirmarse que salvar la *patria*, lograr la paz, significa restablecer o imponer este orden patriarcal para lo cual es condición necesaria que el pueblo encarne dicho orden. Esta encarnación implicaría repetir, también, la encarnación de Uribe de lo patriarcal, de lo patrimonial, a partir de las virtudes que expresan y dan forma a tales lógicas y que se relacionan con las representaciones que proponía Confucio en su perspectiva político-religiosa. En esta matriz o mundo imaginario, cabe suponer y esperar la venida de una especie de mesías, la aparición del Padre en este mundo, en este plano de realidad mundano, para alcanzar la salvación, la paz; o, incluso, si ya vino al mundo, que se prolongue su instancia hasta que se alcance la tierra prometida.

61 En todas partes, sin que importe cuál sea la esfera de los intereses (religiosa, política o personal), los actos verdaderamente creadores están representados como aquellos que derivan de una especie de muerte con respecto al mundo y lo que sucede en el intervalo de la inexistencia del héroe, hasta que regresa como quien vuelve a nacer, engrandecido y lleno de fuerza creadora, hasta que es aceptado unánimemente por la especie humana. Por consiguiente, nos ocuparemos de seguir una multitud de figuras heroicas a través de las etapas clásicas de la aventura universal, con objeto de revisar las revelaciones eternas. Esto nos ayudará a entender no solo el significado de las imágenes vigentes en la vida contemporánea, sino la unicidad del espíritu humano en sus aspiraciones, poderes, vicisitudes y sabiduría (Campbell, 1959, p. 28).

Armando Benedetti

- Estoy de acuerdo, porque no ha habido un solo país que no se haya desarrollado cultural, política y económicamente sin la continuidad.

AGM

- Continuidad también son las dictaduras!

Otty Patiño

- El problema es que Uribe no es un proyecto. Para mucha gente es un hombre providencial, un profeta ("Chat sobre la reelección", 2004, comentarios 15-17).

De esta manera, en un orden imaginario sacro-patriarcal, que constituye una perspectiva política-religiosa basada en una ética rectora de la existencia, se niega la posibilidad de crear nuevos imaginarios sociales en función de la autonomía fraterna, política, democrática, que permita desarrollar una visión diferente de la sociedad en la que tenga lugar y sentido la democracia; en la que se reconozca la diferencia como condición de la pluralidad a partir de la cual se construye el mundo. Esto supondría una perspectiva o matriz sociocultural que no se rija por relatos de héroes-guerreros que se basan en la negación del otro, sino mejor, por relatos que impliquen al otro. En este sentido, podría decirse con Ortiz-Osés:

Mientras que la auténtica democracia se basa en una mitología cómplice o de la co-implicidad política, la democracia espuria vive en vacío o vaciado simbólico por cuanto cree haber superado ya toda mitología del héroe que, con su purista razón-espada, ataja el mal concentrado en el monstruo dracontiano, recayendo así en un ingenuo/bárbaro dualismo consistente en identificarse con el bien proyectando el mal en el/lo otro sin posibilidad de (re) mediación entre los opuestos –democracia dimidida– (2003, p. 57):

Entonces, el imaginario que anima la imagen de Uribe Vélez en el marco del metarrelato, compuesto por los imaginarios identificados, es, en un primer sentido, la de un mediador en la unidad espiritual

y de virtudes soportadas en la jerarquía divina que tiene lugar en la *patria-montaña*. Como mediador, supone una doble condición: por una parte, una condición terrenal, popular, cotidiana, en cuanto que tiene una historia humana de sufrimiento como la de muchos de sus compatriotas, y por compartir un mismo plano de realidad en la medida en que su imagen es la de un ser cercano, la de un ser de carne y hueso; y, por otra parte, una condición divina, dada su conexión con las figuras ancestrales y supremas de esta jerarquía gracias a que encarna las virtudes que de ellos son características.

Sin embargo, el imaginario de *hermano* es específicamente el imaginario de un hermano mayor, ya que no es un simple ser de carne y hueso como los otros; es un ser al que le ha sido dado un poder y una misión: hacer que las nuevas generaciones conozcan la paz, o sea, recuperar la confianza básica que su generación, incluyéndole a él, perdieron. Como hermano mayor, entonces, que protege y brinda seguridad a sus hermanos, hace suya una causa y una misión propia de un héroe, que como tal, tiene una procedencia divina, puesto que, como lo dicta el mito del héroe, es este quien emana de Dios para recrear el proceso de transformación del caos en orden (Campbell, 1972). Sin embargo, dadas las características de su forma de ser y de la concepción que tiene del pueblo como pueblo heroico y estoico, pero que en el fondo es débil a la manera de un huérfano al cual le ha faltado alguien que le indique el camino al paraíso perdido, el heroísmo de Uribe se concentra en el imaginario del guerrero.

En este sentido, al reflexionar sobre la orientación política que emana del ser de Uribe y el modelo que él representa a partir de estos imaginarios sociales, aparece un imaginario central como lo es el del *patriarcalismo*, que alimenta un *guerrerismo* como modo de resolver y subsanar las dificultades, en el marco de un mundo moderno que supone sujetos y sociedades autónomas capaces del diálogo de opuestos, en cuanto que salida a los conflictos y a las angustias propias de la condición humana y que se expresan en múltiples problemáticas sociales e individuales.

A modo de cierre, se quiere hacer notar que, de un acontecimiento de carácter político se llegó a asuntos propios del ser en su condición básica y elemental; en otras palabras, lo que pudo comprenderse es que

con la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez estaba en juego un asunto de suma importancia para el ser: la confianza básica. En cuanto que del orden de lo imaginal, dicha confianza tiene que ver con un anhelo o sed ontológica de conexión, de retorno a un estado fusional en el que la angustia no existe en la medida en que no hay separación del otro. En este sentido, lo que Uribe y su reelección representaron fue la posibilidad de recuperar dicha confianza en cuanto que este supo encarnar el imaginario de hermano, mediador, héroe e hijo del Padre, y de este modo restablecer la conexión con ese centro mítico, ancestral y sacro, con aquella fuente externa que es Dios.

Cabe aclarar que, para llegar a estas comprensiones a través del proceso interpretativo de reimplicación, fue necesario ir configurando la estructura o matriz sociocultural como base imaginal del sentido de esta versión del acontecimiento político de la reelección a la luz de sus implicaciones afectivas, emocionales y simbólicas. Esta estructuración se realizó a través de la construcción de un metarrelato con el que se le dio textura y forma a la trama que daba sentido a este acontecimiento. Esta trama configurada en el relato se soporta sobre tres pilares que son los imaginarios sociales propuestos y que, en su globalidad o integración, reflejan ese referente imaginal. En otras palabras, para comprender el imaginario de Uribe como mediador, hermano, héroe e hijo del Padre, era preciso partir del imaginario social de la jerarquía divina y este, a su vez, del imaginario de la tierra del Padre como montaña.

Sin embargo, para llegar a dicha trama, fue necesario advertir la existencia de este campo de sentido a partir de una categoría como lo era la de ciudadanía sacra que tenía que ver, a su vez, con la configuración de la cultura política del país en la tensión entre la premodernidad y la modernidad, o en la tensión entre la heteronomía y la autonomía. Adicional a esto, el camino se allanó desde un principio con la particularidad de este acontecimiento: no se trataba de una reelección de cualquier expresidente ni en cualquier otro momento posterior al periodo presidencial, se trataba de la posibilidad de reelegir de manera inmediata a Álvaro Uribe Vélez.

Dicha particularidad precisa aproximarse a lo que fue la propuesta política y a las acciones de Uribe Vélez y a lo que alrededor de ellas

clamaban diferentes voces, unas a favor, otras en contra y otras neutrales. De este camino, de lo inmediato, de lo dicho, consignado en los artículos de prensa y en los discursos e intervenciones públicas del Presidente, se pasó a lo implícito en ellos: al ámbito de los imaginarios sociales. Se encontró, a partir de esta lógica interpretativa que es propia de la sociedad colombiana, un tipo de ciudadanía sacra o híbrida en la que se entremezclan las propiedades del mundo moderno, con los referentes de sentido del mundo tradicional de carácter sacro.

Esto significa que, específicamente, ante la angustia que genera la modernidad, opera una mediación simbólica soportada en los imaginarios sociales propios de un orden sacro, lo que sugiere que la sociedad colombiana es una sociedad de orientación heterónoma, esto es, que se rige por metarrelatos de sentido, externos a ella, como son los relatos de la religión en los que se soporta la ley, la moral, las costumbres, relacionadas con una figura central y dadora de sentido como es Dios. No obstante, se reconoce también que en el país ha existido la emergencia de la autonomía, del sujeto político de corte moderno con el que se reconoce la importancia de un régimen democrático que se fundamente en la Constitución y, por tanto, en la perspectiva de las libertades y de los derechos sociales y políticos.

En esta lógica, Uribe representa un orden heterónimo, sacro, patriarcal, desde el que llama a la unidad fundamentada en virtudes tales como la seguridad y el amor, a través de las cuales se posibilita alcanzar la confianza perdida; por tanto, en este sentido, la reelección supuso un alargamiento, una prolongación indefinida de la presencia de este hermano, mediador, héroe-guerrero, hijo del Padre, con el fin de mantener dicha confianza, aunque ello suponga la vigencia de una sociedad soportada en unos imaginarios sociales propios del patriarcalismo, del guerrerismo y de lo sacro. La reelección, en este sentido, implicaría que en la realidad y en lo imaginal persistiese el riesgo, la amenaza del caos para justificar la presencia que garantiza la seguridad y la confianza. En otras palabras, el pueblo y su democracia no podrían madurar ni hacerse autónomas, menos aun cuando esos peligros requieren de un guerrero sobrenatural, de un gobernante con corazón de soldado y de policía, que sepa conjurar los peligros de una culebra que todavía está viva.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abad, H. (marzo 7 de 2004). La tentación mesiánica. *Semana*, Opinión. Recuperado de: <http://www.semana.com/opinion/articulo/la-tentacion-mesianica/63922-3>
- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2003). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arias, C. y Barreto, I. (2009). Consumo ideológico: creencias sobre la política de seguridad democrática e imagen del presidente Álvaro Uribe Vélez. *UniversitasPsychologica*, 8(3), 749-760. Bogotá, D. C.: Pontificia Universidad Javeriana.
- Arias, E. (febrero 12 de 2006). El inderrotable. *Semana* [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/on-line/articulo/el-inderrotable/75602-3>
- Bachelard, G. (2006). *La poética del espacio*. Bogotá, D. C.: Fondo de Cultura Económica.
- Basail, A., Landázuri, G. y Baeza, M. A. (2008). *Imaginario sociales latinoamericanos: construcción histórica y cultural*. México, D. F.: Editorial Instituto Politécnico Nacional.
- Buendía, H. (mayo 2 de 2004). Uribe el politiquero. *Semana*, Opinión [Versión en línea] Recuperado de: <http://www.semana.com/opinion/articulo/uribe-politiquero/65250-3>
- Caballero, A. (mayo 9 de 2004). El diálogo. *Semana*, Nación [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/nacion/articulo/el-dialogo/65362-3>
- Caballero, A. (febrero 12 de 2006). Se Salvó la patria. *Semana*, Opinión [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/opinion/articulo/se-salvo-patria/75634-3>

- Calle, A. (2007). *Palabras de pan duro*. Manizales: Hoyos Editores.
- Campbell, J. (1972). *El héroe de las mil caras*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2001). *Figuras de lo pensable (encrucijadas del laberinto VI)*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2006a). *Ciudadanos sin brújula*. México, D. F.: Ediciones Coyoacán.
- Castoriadis, C. (2006b). *Una sociedad a la deriva*. Buenos Aires: Katz.
- Castro, J. (2005). *Postdata a la reelección*. Bogotá, D. C.: Foro Nacional por Colombia.
- Chat sobre reelección (diciembre 5 de 2004). *Semana* [foro en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/on-line/articulo/chat-sobre-reeleccion/69657-3>
- Collazos, O. (mayo 20 de 2004). El uribismo residual. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1575974>
- Colombia: Uribe reitera condiciones para diálogos de paz (2005). Recuperado de *Reliefweb* [publicación en línea]: <http://reliefweb.int/report/colombia/colombia-uribe-reitera-condiciones-para-dialogos-de-paz>
- Colombia (1991). *Constitución Política de Colombia 1991*. Documento en línea recuperado de PoliticalDatabase of the Americas, Georgetown University: <http://pdba.georgetown.edu/Constitutions/Colombia/colombia91.pdf>
- Congreso Visible (junio 13 de 2004). Las inconsistencias de Uribe. *Semana*, Opinión [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/opinion/articulo/las-inconsistencias-uribe/66179-3>
- Cortázar, J. (1991). *Historia de Cronopios y de Famas*. Madrid: Santillana.
- Domínguez, O. (4 de abril de 2004). El poeta Uribe. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1539509>

- Durand, G. (1993). De la mitocrítica al mitoanálisis. Barcelona: Anthropos.
- Duzán, M. J. (abril 19 de 2004). Dónde está el Uribe del 2002. *El Tiempo*, Temas de día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1553257>
- Eastman, J. M. (junio 7 de 2004). Sí a la reelección. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1535315>
- Eliade, M. (1983). *Lo sagrado y lo profundo*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Estudiante UIS (diciembre 5 de 2004). Chat sobre la reelección. *Semana* [comentario en un foro en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/on-line/articulo/chat-sobre-reeleccion/69657-3>
- Flores, V. (mayo 23 de 2004). Los Furibistas. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1563700>
- Foucault, M. (1999). Estética, ética y hermenéutica. En A, Gabilondo (Ed.) *Obras esenciales* (Vol. 3). Barcelona: Paidós.
- Galindo, C. (enero 27 de 2006). Neopopulismo en Colombia: el caso del Gobierno de Álvaro Uribe Vélez. *Revista de Ciencia Sociales Flacso*, (27) 147-162.
- Galvis, M., Hoskins, G., y Masías, R. (2005). Modelos de decisión electoral y perfiles de votante en Colombia: elecciones presidenciales 2002. *Análisis Político*, (55), pp. 60-74.
- Giddens, A. (1994). *Modernidad e identidad del yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Giraldo, L. (mayo 9 de 2004). El diálogo. *Semana*, Nación. [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/nacion/articulo/el-dialogo/65362-3>

- Gómez de Silva, G. (1985). *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México, D. F.: Fondo de Cultura económica.
- Gómez, H. (octubre 10 de 2004). Tira y afloje. *Semana*, Opinión [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/opinion/articulo/tira-afloje/68755-3>
- Gómez, J. C. (2005). Del régimen de comunicación política del presidente de Colombia Álvaro Uribe Vélez. *Palabra Clave*, 8(2) [publicación en línea] recuperada de: <http://palabraclave.unisabana.edu.co/index.php/palabraclave/article/view/146>
- Gómez, S. (marzo 26 de 2004). Pregunta de reelección es para el Congreso. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea] Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1586978>
- Gus (octubre 3 de 2004). Uribe: ¿Presidente o candidato? *Semana* [comentario en un foro en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/on-line/articulo/uribe-presidente-candidato/68474-3>
- Hernández-Mora, S. (abril 25 de 2004). De columnistas mamones y presidentes respondones. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1537436>
- Hormaza, A. L. (abril 18 de 2004). Reelección sobre la mesa. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1552774>
- <http://www.elespectador.com/> (2009-2015). *Waybackmachine: internet archive*. http://web.archive.org/web/*/http://www.elespectador.com/
- ¿Imparable? (junio 6 de 2006). *Semana*, Portada [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/portada/articulo/imparable/66080-3>
- Jung, C. G. (2007). *Dos escritos sobre psicología analítica*. Madrid: Trotta.

- Kerényi, K., Neumann, E., Scholem, G. y Hillman, J. (1994). *Arquetipos y símbolos colectivos: Círculo Eranos I*. Barcelona: Anthropos.
- Lazzarato, M. (2003). *Lucha, acontecimiento, media* [versión en línea]. Recuperado de: http://www.republicart.net/disc/representations/lazzarato01_es.htm
- Londoño, J. (diciembre 19 de 2004). Los vaivenes de la opinión. *Semana*, Nación [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/nacion/articulo/los-vaivenes-opinion/70028-3>
- Los efectos de la reelección sobre la legislatura (junio 20 de 2004). *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1511655>
- Mano a mano (julio 17 de 2004). *Semana*, Nación [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/nacion/articulo/mano-mano/66982-3>
- Martínez, A. (agosto 8 de 2004). Capotear los intereses mediáticos. *Semana*, Cartas [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/cartas/articulo/capotear-intereses-mediaticos/67379-3>
- Mayr, F. (1994). Hermenéutica del lenguaje y aplicación simbólica. En: K. Kerényi et al. (Coord.) *Arquetipos y símbolos colectivos: Círculo Eranos I* (pp. 317-381). Barcelona: Anthropos.
- Méndez, A. (junio 13 de 2004). Gómez Méndez: hay que volver a la oposición a secas. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1525926>
- Neumann, E., Eliade, M., Durand, G., Hawai, H. y Zuckerkandl, V. (2004). *Los dioses ocultos: Círculo Eranos II*. Barcelona: Anthropos.
- Ochoa, L. M. (abril 17 de 2004). La reelección del periodo siguiente. *El Tiempo*, Temas de día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1553979>
- Ortiz-Osés, A. (1996). *La diosa madre*. Madrid: Trotta.

- Ortiz-Osés, A. (2003). *Amor y sentido: una hermenéutica simbólica*. Barcelona: Anthropos.
- Patiño, O. (abril 25 de 2004a). Se abrió el debate. *Semana* [comentario en un foro en línea] Recuperado de: <http://www.semana.com/on-line/articulo/se-abrio-debate/65056-3>
- Patiño, O. (mayo 23 de 2004b). La batalla del 2006. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1569743>
- Pearson, C. (1992). *Despertando los héroes interiores*. Barcelona: Mirach.
- Petro, G. (diciembre 5 de 2004). Chat sobre reelección. *Semana* [comentario en un foro en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/on-line/articulo/chat-sobre-reeleccion/69657-3>
- Por qué el sí a la reelección (abril 20 de 2004). *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1570122>
- Presidente y poeta (abril 4 de 2004). *Semana*, Confidenciales [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/confidenciales/articulo/presidente-poeta/64527-3>
- Rivera, R. (abril 25 de 2004). Se abrió el debate. *Semana* [comentario en un foro en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/on-line/articulo/se-abrio-debate/65056-3>
- Rueda, M. I. (septiembre 24 de 2004). José Obdulio. *Semana* [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/opinion/articulo/jose-obdulio/68363-3>
- Samper, D. (abril 21 de 2004a). Reelección: está lista la empanada. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1544775>
- Samper, D. (mayo 19 de 2004b). Aplanadora Institucional. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1578498>

- Sánchez, C. (abril 25 de 2004a). Perdimos un presidente y ganamos un candidato. *Semana*, [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/on-line/articulo/perdimos-presidente-ganamos-candidato/65066-3>
- Sánchez, C. (noviembre 28 de 2004b). Que Uribe no es el Gobierno. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1592149>
- Sánchez, C. (diciembre 17 de 2004c). Reelección sin garantías: dictadura democrática. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1562023>
- Sánchez, J. A. (junio 15 de 2004). Reelección, con los votos listos. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1523960>
- Se abrió el debate (abril 25 de 2004). *Semana* [un foro en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/on-line/articulo/se-abrio-debate/65056-3>
- Sièyes, E. J. (s.f.) ¿Qué es el tercer estado? [documento en línea] . Recuperado de Dr. Barrios Gonzáles [sitio web]: <https://borisbarriosgonzalez.files.wordpress.com/2011/09/sieyes-que-es-el-tercer-estado.pdf>
- Silva, M. (abril 11 de 2004). El extraño juego de la reelección. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1568164>
- Solares, B. (Coord). (2001). *Los lenguajes del símbolo*. México, D. F.: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-CRIM (UNAM).
- Solares, B. (2002). *El Dios andrógino: la hermenéutica simbólica de Andrés Ortiz- Osés*. México, D. F.: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-CRIM (UNAM).
- Solares, B. (2007). *Madre terrible: la diosa en la religión del México antiguo*. Barcelona: Anthropos.

- Strauss A. y Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa: técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Taminiaux, J. (1994). Acontecimiento, mundo y juicio según Hannah Arendt. En C. Hilb (comp.), *el resplandor de lo público: En torno a Hannah Arendt* (pp. 133-180). Caracas: Nueva Sociedad.
- Tamayo, C. A. (mayo 1 de 2005). Uribe: un paisa habilidoso bien asesorado. *Semana*, Noticias [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/noticias/articulo/uribe-paisa-habilidoso-bien-asesorado/72397-3>
- Tenemos que defendernos del lobo feroz (septiembre 12 de 2004). *Semana*, Nación [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/nacion/articulo/tenemos-defendernos-del-lobo-feroz/68052-3>
- Ungar, E. (diciembre 19 de 2004). La reelección: una costosa decisión. *Semana* [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/on-line/articulo/la-reeleccion-costosa-decision/69995-3>
- Uribe, A. (2004a). *Consejo Comunal de Gobierno # 58: marzo 13 de 2004 (San Andrés – Archipiélago de San Andrés y Providencia)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2004/marzo/cc_sanandres.htm
- Uribe, A. (2004b). *Consejo Comunal de Gobierno # 67: junio 12 de 2004 (Nabusimake-Sierra Nevada de Santa Marta-Magdalena)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/discursos/discursos2004/junio/cc_sierranevada_stamarta.htm
- Uribe, A. (2004c). *Hay que acabar el narcotráfico en San Andrés y Providencia: Uribe (marzo 13 de 2004)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010. http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/sne/2004/marzo/13/04132004.htm
- Uribe, A. (2004d). *Lanzamiento del álbum “Vive Colombia, viaja por ella”: agosto 19 de 2004, (Bogotá-Cundinamarca)*. Recuperado

- del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/discursos/discursos2004/agosto/19_08_06.htm
- Uribe, A. (2004e). *Lanzamiento de la revista 'Criminalidad' de la Policía Nacional: julio 09 de 2004 (Bogotá-Cundinamarca)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/discursos/discursos2004/julio/lanzamiento.htm
- Uribe, A. (2004f). *Palabras del presidente Uribe en el nudo de paramillo*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010. http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/discursos/brigada11.htm
- Uribe, A. (2004g). *Palabras del presidente Uribe durante ascensos en la Policía*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010. http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/sne/2004/diciembre/02/09022004.htm
- Uribe, A. (2004h). *Palabras del Presidente durante el XVIII Encuentro de Dirigentes del Suroeste Antioqueño*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/sne/2004/diciembre/11/12112004.htm
- Uribe, A. (2005a). *Celebración del día del Ejército Nacional: agosto 2 de 2005 (Tolemaida, Melgar-Tolima)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010. <http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2005/agosto/ejercito.htm>
- Uribe, A. (2005b). *Clausura de la jornada de reflexión nacional: constitución, justicia y paz frente al proyecto de ley "justicia y paz": junio 2 de 2005 (Bogotá-Cundinamarca)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2005/junio/jornada_reflexion.htm
- Uribe, A. (2005c). *Consejo Comunal de Gobierno # 86: enero 22 de 2005 (Málaga-Santander)*. Recuperado del Sitio de archivo de

la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/discursos/discursos2005/enero/cc_malaga.htm

Uribe, A. (2005d). *Consejo Comunal de Gobierno # 91: abril 2 de 2005 (Manizales-Caldas)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2005/abril/cc_manizales.htm

Uribe, A. (2005e). *Consejo Comunal de Gobierno # 109 Temático-Turismo: agosto 27 de 2005 (Cartagena de Indias-Bolívar)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010. http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2005/agosto/cc_cartagena.htm

Uribe, A. (2005f). *Desayuno anual de la Fraternidad Ministerial Cristiana: febrero 22 de 2005 (Bogotá-Cundinamarca)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/discursos/discursos2005/febrero/fraternidad_cristiana.htm

Uribe, A. (2005g). *Diálogo entre el Presidente y el premio Nobel de paz, Desmond Tutu: febrero 12 de 2005 (Bogotá – Cundinamarca)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010. http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2005/febrero/dialogos_depaz.htm

Uribe, A. (2005h). *Discurso del presidente Uribe en graduación de oficiales en Bogotá*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010. http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/sne/2005/diciembre/02/12022005.htm

Uribe, A. (2005i). *Encuentro con sargentos mayores de las Fuerzas Militares: junio 25 de 2005 (Bogotá – Cundinamarca)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/discursos/discursos2005/junio/encuentro.htm

Uribe, A. (2005j). *Foro ¿Amenaza terrorista o conflicto interno?: abril 26 de 2005 (Chía – Cundinamarca)*. Recuperado del Sitio de

- archivo de la Presidencia 2002-2010. http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2005/abril/conflicto_interno.htm
- Uribe, A. (2005k). *Lanzamiento del documento 'Colombia 2019': agosto 7 de 2005 (Bogotá-Cundinamarca)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: <http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2005/agosto/plan2019.htm>
- Uribe, A. (2005l). *Palabras del presidente Uribe al clausurar Diplomado de Ciencias Jurídicas para periodistas*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/sne/2005/enero/25/20252005.htm
- Uribe, A. (2005m). *Palabras del presidente Uribe ante la SIP*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010. http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/sne/2005/marzo/13/01132005.htm
- Uribe, A. (2005n) *Palabras del Presidente en el Día Nacional de la Juventud*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010. http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/sne/2005/julio/05/04052005.htm
- Uribe, A. (2005ñ). *Presidente recibe la 'Medalla de Oro' de la Universidad de San Pablo –CEU, de España: julio 12 de 2005 (Madrid – España)*. Recuperado del sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2005/julio/universidad_sanpablo.htm
- Uribe, A. (2006a). *Ceremonia de ascenso del general Mario Montoya como comandante del Ejército Nacional: febrero 22 de 2006 (Bogotá-Cundinamarca)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/discursos/discursos2006/febrero/transmisionmando.htm
- Uribe, A. (2006b). *Consejo Comunal de Gobierno # 122: enero 14 de 2006 (Barragán – Quindío)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2006/enero/cc_barragan_quindio.htm

- Uribe, A. (2006c). *Consejo Comunal de Gobierno # 125: Temático-Región del Tequendama: febrero 11 de 2006 (La Mesa – Cundinamarca)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/discursos/discursos2006/febrero/cc_lamesa.htm
- Uribe, A. (2006d). *Debate del documento “Visión Colombia 2019” –Huila: enero 31 de 2006 (Neiva-Huila)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/discursos/discursos2006/enero/vision_colombia.htm
- Uribe, A. (2006e). *Mensaje a los soldados de la fuerza de despliegue rápido: enero 23 de 2006 (La Macarena-Meta)*. Recuperado del Sitio de archivo de la Presidencia 2002-2010: <http://historico.presidencia.gov.co/discursos/discursos2006/enero/erradicacion1.htm>
- Uribe de Hincapié, M. T. (2001). *Nación, ciudadano y soberano*. Medellín: Corporación Región.
- Uribe, segundo tiempo (enero 8 de 2004). *Semana, Nación* [versión en línea] Recuperado de: <http://www.semana.com/nacion/articulo/uribe-segundo-tiempo/79153-3>
- Vidal, M. (junio 27 de 2004). Mockus pone dilema: ajustarle la constitución al Presidente o que él se ajuste a ella. *El Tiempo*, Temas del día [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1589729>
- Vélez, A. C. (enero-mayo de 2007). Análisis de una postura editorial: el caso de la reelección del presidente colombiano Álvaro Uribe Vélez. *CONfines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política* 3(5).
- Vanegas, J. J. (agosto 8 de 2004). Innumerables beneficios. *Semana, Cartas* [versión en línea]. Recuperado de: <http://www.semana.com/cartas/articulo/innumerables-beneficios/67380-3>